



**CUESTION HISTORICA**

---

---

**EL ASESINATO**

DEL

**Gran Mariscal de Ayacucho**

(INDICE DE UN LIBRO)

POR

*N. A. González*

ECUATORIANO

---

**SEGUNDA EDICION**

---

**TOMO II**

---

**QUITO**

---

Tipografía de la Escuela de Artes y Oficios

**1906**



## DOS PALABRAS



**D**EJAMOS suspensa nuestra narración en el primer tomo, porque era preciso que el momentáneo triunfo alcanzado por los falsificadores de la Historia, cerrándonos las puertas de los diarios de Lima, durara lo que la rosa de Malherbe: el espacio fugaz . . . . no de una mañana, como dice el poeta, sino de una de sus noches de orgía de poder.

Resiéntese, por eso, el primer tomo, como se resentirá este segundo, sobre todo en el lenguaje, de la precipitación con que ha sido escrito é impreso.

No faltará quien diga que ese lenguaje, violento á las veces, no es

el del historiador; pero, aparte de que Macaulay, Hume, Michelet, Luis Blanc y Edgard Quinet emplean el mismo tono, duro é hiriente para todo lo que las leyes naturales y sociales condenan; tal lenguaje es exigido en las presentes circunstancias por la propia dignidad del escritor. Están en el poder, en nuestra patria, los hijos de Flores; cuentan con toda clase de elementos para anonadar al desgraciado proscripto, que escribe esta obra robando horas al sueño reparador y preciosos momentos á su duro trabajo cotidiano. Ser, pues, en tal situación, moderados, equivaldría á parecer cobardes.

Alguien, después de leído el primer tomo de esta obra, nos ha dicho que los sucesos están demasiado recientes, para que pueda haber imparcialidad en nuestras apreciaciones.

Contestaríamos con el notable historiador centro-americano don Lo-

renzo Montúfar, quien es de opinión que precisamente los contemporáneos están en mejores aptitudes para escribir la Historia, por cuanto han sido y son testigos de los acontecimientos y actores en ellos muchas veces; contestaríamos con el señor Montúfar, decimos, si no viéramos que toda explicación, en este caso, es inútil.

Nosotros, en efecto, somos ya la posteridad para el General Flores, que murió hace más de veinte años. Podemos, pues, ser jueces, y cumplimos con un sagrado deber poniendo en claro hechos innumerables que el egoísmo ó la infamia han intentado desnaturalizar de todos modos.

Ya está la obra en circulación; ya nos han consolado las frases de adhesión de muchos hombres notables, de no pocos jóvenes y de algunos de esos mismos diarios; de la amargura que dejó en nuestra alma el proceder de quienes están llama-

dos, más que nadie, á vulgarizar la verdad, si quieren ejercer dignamente el apostolado de la Prensa.

Digimos en el capítulo final del primer opúsculo, que la obra constaría de tres tomos y tenemos que rectificar esa afirmación: serán cuatro, cinco ó seis; pues mientras más se estudia la época espantosa que analizamos, mientras más se consultan los libros que sobre ella se han escrito, mayores datos, más innegables pruebas, documentos más fehacientes se encuentran, que ponen de manifiesto los crímenes horribles de Flores, crímenes que sirven de antecedentes en el monstruoso proceso de la vida pública de ese infame genízaro del mal.

Es necesario acumular esos antecedentes, que han de servir luego de circunstancias agravantes; bien así como pintar la noble figura de Sucre, con todo el amor, el respeto, la veneración profunda, con que los pintores del Renacimiento y de los

siglos XVI y XVII pintaban las imágenes sagradas.

Prometimos probar que Flores fué el asesino de Sucre, y lo probaremos de modo tal, que no sólo no quede duda alguna en el ánimo de los imparciales, sino que los herederos de ese hombre funesto para nuestra patria y para el continente entero, no puedan levantar nunca su odiosa figura del charco de lodo y sangre en que la dejemos hundida para siempre.

Muchas personas «sensatas», muchas de esas personas que hacen consistir la sensatez en callar cuando debe hablarse, nos han aconsejado que suspendamos nuestra obra; porque los hijos, los herederos y partidarios de Flores, cuentan con elementos para anonadarnos, puesto que disponen del poder y de toda clase de recursos, como dejamos dicho más arriba.

A esos les contestamos con Eche-  
garay:

«Tanto peor para las personas “sensatas”. Si el ser “sensato” es ser egoísta y cobarde, desprecio á los “sensatos”, y todavía no me desprecio á mí.»

Desde que comenzamos nuestra carrera de escritores públicos, nos «roe el corazón un deseo insaciable de saber» como dice, refiriéndose á Prometeo, don Diego Saavedra Faxardo.—Rocafuerte, Moncayo, Montalvo, he ahí nuestros maestros y nuestros guías. «La enseñanza mejora á los buenos, dice el mismo Saavedra, y hace buenos á los malos. Por eso salió tan gran gobernador Trajano, porque á su buen natural se le arrimó la industria y dirección de Plutarco, su maestro». En el fondo de todo corazón humano hay propensión al bien. Dejad que nos aprovechemos de la que existe en el nuestro, para cumplir una obra de justicia, tanto más, cuanto que, á causa de infames falsificaciones de la Historia respecto

de Flores,—«tenemos hasta hoy por virtudes los vicios, queriendo que la ambición, sea grandeza de ánimo; la crueldad, justicia; la prodigalidad (con el producto de robos y saqueos), liberalidad; la temeridad, valor; sin que la prudencia llegue á discernir lo honesto de lo malo y lo útil de lo dañoso» (1); y ni siquiera nos tomanos el trabajo de averiguar si lo que los interesados nos dicen es ó no verdad. Ah! El patriotismo y los principios morales mandan otra cosa. El patriotismo manda combatir á los enemigos jurados del suelo natal; y esos principios ordenan que se persiga á los verdugos de la humanidad, en nombre de la Virtud escarnecida y de la Verdad violada, como tímidas vírgenes, de cuya inocencia se abusa y cuyo pudor no se respeta, cuando la diosa infernal de la Lujuria encien-

---

(1) Saavedra Faxardo.

de las pasiones y despierta los vicios en el corazón de hombre malo.

Cumpliendo, pues, un gran deber, continuaremos y completaremos esta obra; que si «Nerón fue, según Gracián, excecrable portento, anfibio entre hombre y fiera», Flores fue tan vil como Nerón y cometió para nosotros el más monstruoso de los atentados: deshonar la patria en que nacimos, á esa patria que amamos tanto como amamos la memoria de nuestra madre, las canas de nuestro anciano padre y las gracias de nuestros tiernos hijos. Y, digámoslo de una vez, nosotros conceptuaríamos un crimen, crimen horrible, casi un parricidio, puesto que se trata de salvar el buen nombre de la patria, tener la verdad en la mano y no arrojarla sangrienta y palpitante al rostro de los malvados.

Lima, 14 de Julio de 1889.

N. A. González.

# ANTECEDENTES



## SUCRE Y OLAÑETA



Nuestro primer tomo termina cuando se inician los preparativos para la batalla de Tarqui.

Antes de continuar, nos es necesario volver atrás y buscar en el año 1825 al General Sucre.

Desde fines del año anterior, y después de la capitulación de Ayacucho, el General español Pedro Antonio Olañeta, dominaba con 5.000 soldados en los departamentos del Alto Perú. El Libertador dispuso que el General Sucre dirigiera las operaciones, que era necesario emprender para el asalto decisivo del último baluarte de la monarquía en América.

El 1.º de Enero de 1825 oficia Sucre al doblemente faccioso General Olañeta y envía de comisionado al Teniente

Coronel Antonio Elizalde, á ese distinguido jefe, á quien había de llamar Flores, andando el tiempo, «demagogo incógnito de la canalla, es decir de la plebe», olvidando que él, Flores, había salido de esa canalla, de esa plebe de Puerto Cabello, y se había elevado á fuerza de infamias y de intrigas; en tanto que Elizalde había ganado honrada y valerosamente todos sus ascensos.

Elizalde debía invitar al jefe realista á un sometimiento fraternal. Por si sus proposiciones humanitarias no fueran aceptadas, ordenó Sucre la movilización de dos fuertes divisiones del ejército, al mando de los Generales Lara y Córdoba, y él mismo dejó el 19 de ese mes de Enero, el Cuzco, donde tenía establecido su cuartel general; y se dirigió al Sur, decidido á tomar la ofensiva.

Olañeta esperaba recibir prontamente auxilios de España, que debía traer el anunciado nuevo Virrey, Baron de Froles; y, con el objeto de ganar tiempo, firmó un armisticio de cuatro meses, con el Comisionado Comandante Antonio Elizalde.

Pero Sucre interceptó algunas comunicaciones, que el mismo Olañeta dirigía al Comandante del navío español

*Asia* y á otro de los capitulados en Ayacucho. Esas comunicaciones pusieron de manifiesto el pérfido y doble proceder del jefe realista. Sucre, entonces, desaprueba el armisticio concedido por el Ayudante General del ejército patriota, Elizalde; fija el 8 de Febrero [1825] para romper las hostilidades.

Continuó, pues, avanzando el ejército expedicionario. Y vaya en seguida la narración de un hecho histórico muy poco conocido, que trae en sus «Recuerdos del tiempo heroico» el señor Comandante José María Rey de Castro. Al cruzar el «Desaguadero» dijo al Gran Mariscal uno de los individuos de su comitiva:

—General, ha pasado usted el Rubicón!

—Pero, cuánta diferencia! respondió el vencedor de Ayacucho. Yo no diviso allí el puñal de Bruto; veo, sí, á nuestros hermanos, esperando con los brazos abiertos al ejército que les lleva la paz y la libertad, entre olivos y laureles.

¡Noble, generoso, grande, magnánimo, valiente, virtuosísimo, Sucre, no creía en la infamia de los hombres! Y ese candor cuasi infantil, de una alma superior, que engañaba con frecuencia

al héroe de Pichincha, le llevó al sacrificio más tarde.

Cierto que no murió como César el romano por haberse alzado con las libertades públicas y pretendido cambiar su corona de laureles con la diadema de oro de los Emperadores; cierto que su asesino no puede ser comparado á Bruto, en medio de cuya triste ingratitude se divisa el rayo de luz de una nobilísima aspiración de gloria y libertad; pero no es menos cierto que el brillo de sus virtudes y la fama de su nombre, habían de despertar odio, envidia, rencor en el ánimo de uno de esos descendientes del cobarde Barrère á quien Macaulay nos pinta con la pluma de Tácito en sus «Estudios Biográficos».

Sucre, exento de toda ambición, hombre que debió haber nacido en la Grecia de Aristides, no podía ni aun soñar en que el porvenir escondiera, en sus negras entrañas, á ese fantasma sangriento que se llama Flores.

Algunos ciudadanos de la futura República boliviana, fueron á incorporarse al ejército libertador; y otros, como el doctor Casimiro Olañeta,—sobrino del caudillo realista de ese apellido,—y el joven oficial José Agustín

Ballivián, que luego fué Presidente de Bolivia,—llegaron con noticias de los esfuerzos que hacían los patriotas en el interior del país en favor de la Independencia. Que en Bolivia, como en todo el Continente había prendido la semilla de la libertad hacía mucho tiempo y era llegada la hora de cosechar los frutos de las ideas que esas semillas encerraban.

El jefe realista tenía su cuartel general en la Paz; y al saber la aproximación del ejército independiente, emprendió su retirada hacia Potosí. El pueblo paceño recibió á sus libertadores con verdadero entusiasmo. Sucre, especialmente, fué objeto de grandes ovaciones, dictadas por la gratitud, que es la primera y más pura de las virtudes que anidan en los corazones de los hombres y de los pueblos hourados.

En la Paz decretó el Gran Mariscal, con fecha 9 de Febrero, la formación de una Asamblea, para que determinara sobre la suerte de los departamentos del Alto Perú; después de lo cual siguió su movimiento de avance.

Olañeta, que llegó á figurarse, cegado por la ambición, que podía hacer el papel del General Monteverde en Venezuela; desconcertado por las medi-

das de Sucre y por su superioridad militar, ocurrió á medios depravados para deshacerse de su invencible, poderoso rival. Comisionó, con tal objeto, á un Capitán realista llamado Pablo Ecles, quien se presentó en Oruro, como más tarde Apolinar Morillo, en Pasto; con la diferencia de que Ecles se arrepintió de su proyectado crimen y se delató él mismo, mostrando los documentos que comprobaban, sin que hubiera lugar á duda, que había sido escogido para cometerlo. Y el segundo (Morillo) sólo confesó su participación en el asesinato del Gran Mariscal, diez años después de haberlo ejecutado.

El diabólico plan ideado por Olañeta era terrible. Ecles debía envenenar á Sucre y á todo su Estado Mayor con chocolate que llevaba al efecto preparado.

«Al llegar á esta villa (Oruro) me he encontrado con una novedad,—dice Sucre en una comunicación que el 16 de Marzo dirigió á Olañeta.—El Capitán suizo, Ecles, ha presentado cuatro cartas de US. para don Francisco Ostria, don Miguel Cevallos, don Manuel Arguedas y don Hipólito Maldonado, todas escritas de letra de US. y rubricadas de su mano; ellas contienen unas

Ecles ciertas cantidades de dinero, para una comisión importante, de que venía encargado. (1) Ecles ha declarado que la comisión era para asesinar me y matar al General Lanza, y ha presentado el veneno que U.S. le dió para el efecto, que es una composición de opio y arsénico (2) añadiendo que otro agente de U.S. que anda por Cocha-

---

(1) No resistimos á la tentación de recordar aquí, que el ejemplo de Olañeta fué seguido en 1885 por don José María Plácido Caamaño. En una de sus cartas á don Modesto Jaramillo, Gobernador entonces de Guayaquil, recomendándole á Julio Pinzón, le ordena entregue á éste una cantidad para el desempeño de la comisión que Pinzón llevaba á Centro América, (la de asesinar al General Eloy Alfaro.) Véase nuestro opúsculo titulado «Cáines de oficio» y publicado en esta capital, en 1886.—La escuela, como se ve, ha dejado aprovechados discípulos. Pinzón, como Ecles, pensó en vender su secreto; sólo si que Alfaro, como Sucre, no quiso comprárselo, y lo trató como hombres de esa calaña merecen ser tratados. (N. A. G.)

(2) Ya que hemos hablado del atentado frustrado de Pinzón en 1885, contra el General Alfaro, que es hoy para los herederos de Flores, lo que para Flores era Sucre: un estorbo, una pesadilla, la sombra de Baucuo; no es demás que recordemos aquí dos tentativas más de asesinato, de que han querido hacer víctima al General Alfaro, los herederos y discípulos de la «escuela de vicios y depravación» que dejó establecida ese infame Flores en el Ecuador.

La primera se remonta á 1884. Un día recibió la familia de Alfaro un hermoso castillo de bizcochuelos, con un recado muy atento, de parte de la Sra. Manuela A. de la Guardia, respetable matro-

bamba, tiene la misma comisión, con el premio de dieciseis mil pesos al que la Ejecute. Apenas puedo persuadirme que un hombre como U.S. que se

---

na panameña. La Sra. del General así que el mensajero dejó el regalo, mandó devolver el azafate que lo contenía y la rica servilleta con que había ido cubierto. Pero la Sra. de la Guardia contestó en el acto que ella no había enviado ningún obsequio y que debía haber una equivocación en el asunto. Asustada la digna esposa del General Alfaro, el cual no estaba en aquel momento en su casa, mandó al punto arrojar á una acequia que pasaba por el patio, el misterioso castillo, con lo que no pudo analizar el regalo y saberse la verdad. Pero el caso es que ninguna de las personas amigas de la familia Alfaro, había mandado el obsequio; lo que hace pensar fundadamente que los enemigos del progreso estaban mezclados en ese pastel.

En otra ocasión, después de Jaramijó, se remitió al General Alfaro en nombre de un caballero, una piedra ó ladrillo de hielo, en circunstancias que en Panamá sólo existía ese artículo en reducida cantidad y para el gasto únicamente del hospital, por haberse perdido el que algunos buques conducían de los Estados Unidos. El General Alfaro justamente admirado de recibir un regalo de parte de una persona á quien no conocía, suplicó al Sr. Ramón R. Vallarino que averiguara quién era esa persona, entregándole una tarjeta que con el hielo habían dejado en su casa. El Sr. Vallarino logró encontrar á un individuo del mismo nombre y apellido, comerciante al por menor de Centro América en Panamá, quien le aseguró que nunca había pensado en enviar semejante obsequio al General Alfaro, á quien sólo conocía de nombre.—El hielo, en las largas horas trascurridas de la averiguación, se había derretido casi por completo: lo que quedaba de la piedra, siguió el camino del pastel de masa, y quedaron burlados, una vez más, los planes de ese Troppman infernal del crimen que nos tocó

jaeta de principios morales y religiosos, pueda pensar en un atentado tan horrible, (1) que no está contado ni entre los horrores de los españoles en la revolución de América. Tal crimen no cabe sino en un corazón corrompido y malvado, (2) y hablando sinceramente, no habría creído á U.S. capaz de él» . . . .

Los patriotas se ponían en movimiento en todo el país, para auxiliar al ejército independiente. La campaña del Alto Perú, fue, pues, una marcha triunfal.

Olañeta continuó su retirada para el Sur, conforme avanzaba el ejército de los libres, y abandonó Potosí, que fué ocupado por los independientes el 30 de Marzo. El 1.º de Abril sucumbió

---

por primer mandatario, cuya alma parece haberse reencarnado en sus herederos. La circunstancia de hallarse en revolución la ciudad, sitiada por el General Aizpuru, impidió que se averiguara el asunto por completo, pues no se podía ni siquiera salir á la calle.

(1) También los hombres que han atentado tantas veces contra la vida del General Alfaro, hacen creer al pueblo que son defensores de la moral y de la religión.

(2) Sucre, tan moderado siempre, escribiría hoy esas palabras mismas si viviera, y si conociera los proyectos criminales de aquellos que han hecho del infortunado Ecuador su patrimonio. . . . !

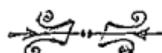
el General Olañeta violentamente, de un tiro que le disparó uno de sus propios soldados, en la acción de Tumusla, y con este inesperado acontecimiento, el último ejército realista que existió en América, se desbandó casi sin combatir. Los dispersos se acogieron á la conceida nagnanimidad del General Sucre. En los primeros días de Abril, no existía en los vastos dominios que habían gobernado los Virreyes del Perú y de la Plata, ni un solo hombre armado, que defendiera los intereses de la monarquía de Fernando VII. El establecimiento de la República en el continente era una realidad. Los males de las víctimas, sacrificadas durante largos años de lucha, estaban satisfechos.

El iris colombiano, que flotó por primera vez en la cumbre del Avila, brillaba ahora en la cima del Potosí. La libertad estaba conseguida. El nombre inmortal de Bolívar repercutía de monte en monte y de pueblo en pueblo, como el trueno que llena con su majestad terrible el espacio.

Y la Justicia se preparaba á pedir á la Historia, que al lado de ese nombre que significa grandeza escribiera, con caracteres de oro el de Sucre, que sig-

nifica virtud, magnanimidad y ele-  
mencia.

La Historia oyó la voz de su severa  
hermana y escribió ese nombre, que las  
generaciones sucesivas repiten con or-  
gullo infinito, cuando se trata de sus  
glorias, y con dolor inmenso, cuando  
se recuerda el dramático fin del héroe  
que supo ilustrarlo con sus inenarrables  
hazañas.



# Colombianos y Argentinos

## **BOLIVAR Y LA MAR**



La República Argentina había destacado una división de su ejército, al mando del bizarro General Arenales, para auxiliar el levantamiento de los pueblos del Alto Perú. En Potosí diéronse el abrazo de hermanos Sucre y Arenales, y colombianos y argentinos fraternizaron con entusiasmo, como que en ambos países rayó, simultáneamente, la aurora del gran día de la independencia americana. Los dos pueblos habían hecho ingentes sacrificios, ambos habían enviado sus soldados allí donde sus hermanos más débiles necesitaban amparo y protección.

Colombianos y argentinos hicieron su entrada triunfal en Chuquisaca, ó la

Plata, el 22 de Abril de 1825, donde fueron dignamente festejados, como era de esperarse.

Terminadas las operaciones militares, Sucre, que había sido nombrado por el Libertador Jefe Supremo de los departamentos del Alto Perú, se dedicó á organizar, asiduamente, todos los ramos de la administración pública. El soldado cuya espada tanto había brillado en los combates, demostró que era también un gran hombre de Estado.

Esto no debe maravillar á los que saben que «en los ilustres y gloriosos capitanes y emperadores del mundo, el estudio y la guerra han conservado la vecindad, y la arte militar se ha confederado con la lección: no ha desdeñado en tales ánimos la espada á la pluma», como dice D. Francisco de Quevedo, en el discurso VIII de su «Historia y vida de Marco Bruto», agregando luego: «Docto símbolo de esta verdad es la saeta: con la pluma, vuela el hierro que ha de herir. Por muchos sean exemplo Alexandro el Grande y Julio César. Alexandro oyendo la «Iliada» de Homero, se armaba el ánimo y el corazón: sabía que sin esta defensa, en el cuerpo, la loriga, el escudo y la celada, eran peso moles-

to y una confesión resplandeciente y grabada del temor del espíritu: cuerpo que no le arma su corazón, las armas le esconden, mas no le arman. Quien va desnudo de sí, y armado de hierro es hombre con armas, cuando ellas son armas sin hombre: si vive es por ignorado; si muere es por impedido, pues si no huye es de embarazado y no de cobarde; de estos mueren más con sus armas que con las de los enemigos. Fácilmente los conoce la muerte en las batallas, y con elección justiciera los halla entre los aventurados y generosos. Muchas veces fué herido Alexandro desarmado, donde infinitos de los suyos eran muertos debajo de sus armas, Julio César peleaba y escribía: esto es hacer y decir: en igual precio estuvo su estudio y su vida: nadando con un brazo, sacó sus «Comentarios» en el otro».

Instalóse en Chuquisaca la Asamblea que el General Sucre había convocado en la Paz, y se instaló en un día memorable: el 5 de Julio de 1825, aniversario décimo cuarto de la independencia de Venezuela. Sucre, delicado y noble siempre, salió de la capital con el ejército, para que los diputados pudieran deliberar sobre la suerte del país

libertado sin el más remoto asomo de presión extraña.

Los representantes del pueblo pusieron las bases del nuevo edificio republicano. El 6 de Agosto hicieron la declaración de la independencia, recordando, sin duda, que en ese día memorable había vencido Bolívar en Junín. El 14 dieron una ley por la cual se estableció la nueva *República de Bolívar*, que después cambió su nombre con el de Bolivia. Nombraron Presidente al Libertador, quien debía ejercer el cargo mientras residiera en la recién fundada República, y Sucre fué encargado, entre tanto, del mando.

El 6 de Octubre se disolvió la Asamblea, convocando un Congreso Constituyente para el 25 de Mayo de 1826, ante el cual debía Bolívar presentar un proyecto de Constitución. 4.000 hombres de las tropas colombianas volvieron á sus lares. El Libertador preparaba ya el plan de marchar con 7 ú 8.000 soldados por el istmo de Panamá á libertar á Cuba, plan que desgraciadamente no llegó á ejecutarse. El vencedor de Ayacucho sentó sus reales en la Paz, á cuya ciudad llegó el 25 de Julio, colmado por la gratitud de los pueblos, que nunca se equivocan en sus

afectos espontáneos. El hombre á quien el pueblo ama y respeta,—pero de veras y no en actas arrancadas por la fuerza ó forjadas por la intriga,—es porque merece ese amor y ese respeto.

¿Y quién dijera que esa popularidad tan noble y gallardamente adquirida, le había de acarrear enemigos mortales como Flores, que sentían su pequeñez, conocían su insignificancia y odiaban al hombre superior que, sin pretenderlo y por sólo el esfuerzo de sus virtudes, había sabido colocarse tan alto? Dice Capmany en su «Teatro histórico crítico de la elocuencia española», refiriéndose á uno de los mejores ingenios de los siglos XVI y XVII: «Encendida ya esta guerra de emulación, no le podía faltar á tan ilustre varón, para que lo fuese por todos respetos, la fortuna que corrieron casi todos los mayores hombres del mundo, de comprar, muy á costa suya, la excelencia sobre los demás». Lo mismo podemos repetir del desgraciado Mariscal de Ayacucho.

Habiendo el General Bolívar resuelto visitar el Sur, se encaminó al «Desaguadero». El 18 de Agosto hizo su entrada solemne en la ciudad de la Paz, donde permaneció hasta el 21 de Sep-

tiembre, en cuyo día emprendió la marcha para el interior. El viaje de aquel que era llamado con razón Padre de la Patria, fué una ovación estrepitosa y continua: los habitantes, en masa, rivalizaron por significarle su gratitud y demostrar la admiración profunda que sentían por el Mesías redentor de nuestros pueblos.

En Potosí recibió oficialmente á los Plenipotenciarios argentinos, General Carlos Alvear y Dr. Díaz Vélez, enviados para saludarle y poner en sus manos un decreto del Congreso bonaerense, por el que la patria de San Martín reconocía el derecho del Alto Perú para disponer libremente de su suerte futura, como nación independiente y soberana.

Al finalizar el siglo XVIII, la Audiencia de Charcas, como se llamaba á las provincias del Alto Perú, formaba parte integrante del Verreinato de Buenos Aires. Después de 1809, esa Audiencia fué dividida entre el Perú y la Argentina; situación anómala á la que puso fin Sucre, convocando la Asamblea general que hemos mencionado ya. Sobre todo lo relativo á la hoy República boliviana y á sus territorios y linderos, da exactas y minuciosas no-

ticias la obra que actualmente publica en «La Nación» de Lima, el señor Dr. D. José Casimiro Ulloa, notable facultativo y periodista peruano.

El 31 de Octubre llegó el Libertador á Chuquisaca, seguido de inmensa comitiva, en la que descollaba la simpática figura del Gran Mariscal de Ayacucho.

No es demás que recordemos aquí un acto de patriótica honradez de Bolívar. En Chuquisaca el apoderado de una sociedad comercial inglesa, propuso al Libertador, dar al Gobierno dos y medio millones de pesos, con tal que se le concediera privilegio para explotar las ricas minas del país. El Tesoro Público estaba exhausto; pero Bolívar, con esa clara visión del porvenir, que le distinguía, rechazó la tentadora oferta (y decimos tentadora, dadas la época y la situación fiscal del Gobierno).

Esas mismas gestiones escollaron después en la probidad del General Sucre, á quien se hicieron, asimismo, halagadoras propuestas.

No parece sino que este hombre ilustre hubiera tenido siempre presentes los sabios consejos del P. Nieremberg, cuando dice en su precioso libro titulado «Obrás y Dias ó Manual de señoras

y Príncipes”: “. . . se ha de advertir la pureza y alteza del fin con que se han de coronar las obras de virtud . . . Hase de obrar siempre por motivo virtuoso; porque si se tuere nuestra vista, aunque en lo de fuera tenga la obra lustre de virtud, en su corazón será vicio. No se ha de obrar bien por respetos ajenos del bien, no por codicia, no por deleite, no por ambición” . . . . .

Si en lugar de esos dos hombres, superiores en todo, hubiera sido Flores allí el gobernante, el ex-Gobernador de Pasto, el detentador de propiedades ajenas, habría aceptado, sin vacilar, el negocio. Y la suerte de Bolivia hubiera sido tan desastrosa, como lo fué la del Ecuador con su *primer Presidente*, con ese á quien llaman sus hijos y los ruines ignorantes que viven de un sueldo, “Padre y fundador de la República”. ¡Padre! cierto; padre de una generación de hombres sin conciencia, que han vivido á costa de la Nación y que han asesinado á miles de ciudadanos útiles á la patria. ¿Fundador! cierto también: fundador de una “escuela de vicios y depravación”, si hemos de atenernos á lo que pasa á nuestra vista en el Ecuador.

Flores hizo uso del poder omnímodo, que invistió casi sin interrupción durante largos años, en ese pobre país, ejerciendo todo género de peculados y haciéndose reo de monstruosos crímenes.

A este respecto, véase lo que dice el señor Rocafuerte en uno de sus «opúsculos»:

«Este primitivo rebelde á la causa americana, este sirviente de los españoles, ¿no es el mismo Flores que después aduló con tanta villanía y bajeza al Libertador, hasta que por su influjo logró que le hicieran Prefecto general de los departamentos del Sur? ¿No fué ese Prefecto Flores quien clavó el puñal de la traición en el seno de su patria, Colombia? ¿No se condujo con la mayor ingratitud con el Libertador? Lo que realmente ha hecho este independiente á empellones, este traidor á su patria, Colombia, este ingrato á su protector, Bolívar, ha sido:—Comprar con el fruto de sus depredaciones las haciendas de la Elvira, la Chima, el mo. No de la Chima, la Campiña, el Chisibú y Guápulo: construir un gran palacio que los ecuatorianos llaman el palacio del <sup>de</sup>lobo; enviar agentes á París á expensas de la Nación á comprar

muebles de un lujo extraordinario; comerciar en sales; hacer el contrabando de trigos de Chile; propagar su sistema de cubiletes, de perfidias y traiciones: —artebatar al Ecuador su nacionalidad; —convertirlo en patrimonio suyo . . . . . oprimirlo, vejarlo y robarlo impunemente . . . . . —Sobre la tumba del General Sucre, y por una escala teñida de sangre, y renegrida con todos los crímenes de perfidia, rapiña y usurpación, asaltar la silla presidencial, agarrarse de ella con dientes, manos y pies, y no soltarla, sino como la sanguijuela de Horacio, repleta de sangre . . . . *nisi plena cruoris*. «Esta voraz sanguijuela os chupará toda la sangre, ¡oh pueblo del Ecuador! si tardáis más tiempo en arrancarla de vuestro seno y arrojarla con indignación á las playas del Puerto Cabello, de donde salió para vuestro tormento, y para transformarse en verdugo de vuestra Independencia, y asesino de vuestra Libertad».

Esas terribles, pero verídicas palabras, parecen arrancadas del estudio de nuestro autor favorito, Macaulay, sobre ese monstruo del averno que se llamó Barrére, á quien un nuevo Dante colocará algún día en todos y cada uno de los *círculos infernales*, eternamente

abrazado á Flores, digno héroe de una nueva «Divina Comedia», que será pintado como el cantor de Florencia pinta al Conde Ugolino: royendo las calaveras de sus innumerables víctimas.

En Chuquisaca festejaron los libertadores el primer aniversario de la batalla de Ayacucho.

El 1º de Enero de 1826 expidió Bolívar una proclama de despedida al pueblo; dijo adiós el mismo día á los Plenipotenciarios argentinos, quienes volvieron á su patria llevando en el corazón gratos, indelebles recuerdos de la brillante y fraternal recepción que se les había hecho.

Partió Bolívar el 10 de Enero de Chuquisaca y llegó á Lima un mes después, justamente el 10 de Febrero.

En medio de las manifestaciones de entusiasmo y cariño, de que fué objeto en Lima, expresó vivos deseos de separarse del mando y lo dijo así en el discurso que pronunció en el antiguo palacio de los Virreyes, después del *Te Deum*, que se cantó en su honor. He aquí sus propias textuales palabras:

— «Sería un ultraje al Perú, al consejo de gobierno, á la mejor administración compuesta de hombres ilustres, de la flor de los ciudadanos, al ven-

cedor de Ayacucho, al gran ciudadano, al mejor guerrero, al insigne Gran Mariscal La Mar, que yo ocupase esta silla en que debe él sentarse por tantos y tan sagrados títulos. Sí, yo lo coloco en ella».

Sorprendido y emocionado La Mar, «varón severo, y tal que reprendía los vicios ajenos con la virtud propia y no con palabras», como dice Quevedo de Marco Bruto, en la obra ya citada, en páginas anteriores, contestó al punto:

—«Mientras he tenido aliento patrio, yo me he sacrificado gustoso por el Perú. Yo he tenido el honor de ser un soldado á las órdenes de V. E.; esta es la gloria que me ha cabido en la contienda, la única á que podía aspirar, inmensa para mi corazón, porque nada más grande para mí, que el timbre de la obediencia al héroe del Nuevo Mundo, pero yo carezco de salud y aptitudes para regir pueblos. La extenuación de mi rostro es un testimonio de mi trabajada complexión, que empezó á padecer en este mismo salón. En adelante; si algún día mis fuerzas me avisasen que estoy en capacidad de hacer algún servicio . . . Pero yo, ahora, no puedo . . . . .»

Bolívar replicó vivamente:

—«A la representación nacional toca juzgar sólo vuestras excusas. General, yo no he hecho sino colocaros donde vuestros eminentes sacrificios, el honor nacional y mi deber, os creen llamado». (1)

¡Que hombres y que tiempos!

De ellos podría repetirse con el poeta:

«Nuestros padres, con ánimo sereno, buscaron en los campos de pelea algo fecundo, provechoso y bueno . . . .»



---

(1) «Recuerdos del tiempo heroico» por José María Rey de Castro. Guayaquil, Imprenta de Calvo y Compañía.

# SUCRE EN BOLIVIA



## I

Sucre continuó ejerciendo el mando supremo en el Alto Perú, donde puso de manifiesto sus grandes dotes de administrador y donde trabajó sin descanso por la prosperidad de aquellos departamentos, dictando medidas benéficas sobre instrucción, decretando la supresión de conventos y el establecimiento de Bancos, y prestando la más eficaz protección á la industria y en especial al ramo de minería.

En muchísimos casos, su vehemente deseo de hacer el bien y las decisiones

que al respecto adoptó, pusieron á prueba la energía y rectitud de su carácter; pero siempre salió puro y victorioso de la prueba; pues de él mejor que de nadie puede repetirse lo que dice Quedo, en el discurso XV de su «Historia y vida de Marco Bruto», que esta es la tercera vez que en breve espacio citamos, á saber: que «su inclinación era al estudio perpetuo, su entendimiento juicioso, y su voluntad siempre enamorada de lo lícito y siempre obediente á lo mejor».

Júzguese de la magnitud de la labor de Sucre, por el siguiente episodio acaecido en Chuquisaca.

Para formar del Alto Perú una nación independiente, exponía el Libertador que el país carecía de fácil comunicación con la costa.

—«No teniendo puertos de mar, replicó una respetable corporación eclesiástica, en un acuerdo, estamos libres de que vengan herejes á pervertir nuestra religión y costumbres».

Bolívar sin darse por entendido de la monstruosidad de semejante modo de pensar, habló de adjudicar el puerto de Arica á la nueva República.

—«No queremos comunicación con los herejes», volvieron á decir los indi-

viduos á quienes hemos aludido, llenos de santa cólera y unción.

Con todas esas poderosas resistencias tuvo Sucre que luchar.

El Libertador pensó entonces en perfeccionar su obra por medio de una vasta confederación; pero no se lo permitieron los acontecimientos.

Quería formar una gran nación que comenzara en el Avila y terminara en el Potosí; y como esa gran nación no podía ser regida por un gobierno central, concibió la idea de descentralizar la administración, creando siete pequeños estados confederados, que tendrían por capitales á Caracas, Bogotá, Cartagena, Quito, Lima, Arequipa y Chuquisaca. Grandioso era el plan y digno de Bolívar.

Demás de esto, poniéndolo por obra, complacía á los pueblos, que le pedían un gobierno estable y basado en la voluntad general.

El 25 de Mayo, (otro aniversario célebre en América y gloriosísimo para Buenos Aires,) se instala en Chuquisaca la Asamblea Constituyente. Resigna ante ella el Gran Mariscal el mando que hasta entonces había ejercido á satisfacción de todos los habitantes del país. En la respuesta que dió á su

mensaje el Presidente del Congreso, díjole á Sucre, entre otras, las notables palabras que á continuación copiamos, y que honran sobre modo al Abel de Colombia:

«Es acaso la primera vez que un Gran Capitán, cubierto de laureles, pisando trofeos militares, lleno de gloria y con un poder inmenso, ha respetado los principios de la legitimidad, conduciendo al pueblo hacia el goce de una libertad racional. Desde que empezásteis á mandar en la República boliviana, se presenta en la Historia esta nueva nación, como el documento justificativo de que es posible la formación de las sociedades, sin pasar atravesando torrentes de sangre, para llegar al término de organizarse» . . . . .

«A la antigua escandalosa dilapidación de los fondos nacionales, ha sucedido la más rara economía. El Congreso se halla impuesto de que el ejército está pagado; que á ningún empleado se le debe; y que á los prestamistas se les ha satisfecho escrupulosamente. El crédito público empieza á establecerse sobre las bases sólidas de justicia, buena fé y observancia de los pactos.

«Ninguna nación se halla menos grava-

da que la boliviana, porque el gobierno, entre mil atenciones, ha cuidado muy particularmente del importante ramo de Hacienda (\*)

«La administración de justicia, salvaguardia del ciudadano, se resentía entre nosotros, de los errores y confusión de los códigos antiguos. No era posible en un año, dictar en este ramo leyes de conformidad con las luces del siglo en que vivimos; mas la ley de procedimientos ó formas judiciales, es una de las mejores que pueden sancionarse. Se han creado tribunales de primera, segunda y tercera instancia, independientes unos de otros y la ley de responsabilidad ha quitado el arbitrio judicial, ese terrible arbitrio, que hacía de los simples ejecutores de la ley, unos verdaderos mágicos, que de un mismo vaso presentaban vertiendo diferentes colores, conforme á sus intereses, según la opinión de un gran filósofo. El poder judicial se halla organizado en gran parte» . . . . .

---

(\*) En el Ecuador, donde desde 1828 puede decirse que gobernó Flores, no se llevaron ni siquiera los libros respectivos en las oficinas fiscales, hasta 1836 ó 1837, cuando mandaba el Sr. Rocafuerte, quien tuvo que dar un decreto especial ordenándolo así. (N. del A.)

Al día siguiente el Congreso Constituyente expidió la siguiente ley:

*El Congreso General Constituyente de la República Boliviana;*

Ha decretado la siguiente

### LEY

Artículo 1°. El Poder Ejecutivo de la República se encarga al Gran Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre.

Art. 2°. Este poder lo obtendrá hasta que el Congreso sancione la Constitución, la publique y mande observar.

Art. 3°. Los límites y facultades en el Ejecutivo se designarán por una ley particular; y entre tanto lo ejercerá el Gran Mariscal con las facultades que hasta ahora.

Comuníquese á los Prefectos de Departamentos para su publicación, circulación y cumplimiento.

Dado en la Sala de Sesiones en Chuquisaca, á 26 de Mayo de 1826.—*Casimiro Olañeta*, Presidente.—*Manuel Molina*, diputado secretario—*José Ignacio Sanginés*, diputado secretario.

El Mariscal Sucre renunció en el ac-

to, y para darle fuerza á su negativa expresó que era extranjero con rara y singular modestia. (1)

Pero compelido el Gran Mariscal á aceptar la Presidencia, se rinde al fin. Léase la siguiente nota, que pinta, una vez más, el grande carácter y la virtud inmensa de aquel corazón magnánimo y liberal:

«*Al Excmo. Sr. Presidente del Congreso.*

Señor:

«Cuando el Congreso Constituyente ha llevado sus confianzas por mi amor á Bolivia, hasta enviar una diputación de su seno, á ponerme en la alternativa de aceptar el mando de la República ó suspender sus sesiones y que sordos á mis ruegos y reflexiones han insistido en ella; he creído entre mis deberes, como americano, impedir una deliberación que mancharía el decoro.

---

(1) Flores, para poder ser Presidente del Ecuador, hizo expedir un decreto á la Convención de Riobamba, en el que se le declaraba *ecuatoriano de nacimiento*, habiendo nacido en Puerto Cabello (Venezuela). Más tarde, cuando se imaginó que podía perpetuarse en el mando como Francia en el Paraguay, se hizo conceder por la Universidad de Quito, que se prestó á esa indigna farza el título de doctor! (N. del A.)

nacional; prestándome á aceptar el desempeño del Poder Ejecutivo, por sólo el tiempo que dilate el Libertador en volver á este país. Cuento, para esto, con que el Gobierno de Colombia, amigo sincero de estos pueblos, me lo apruebe.

«La Comisión del Congreso se habrá dignado exponer á la' representación nacional, cuánto ha sido el conflicto á que me ha reducido, porque declararé siempre, que alistado desde mi infancia en las filas que han combatido por la Independencia, no he aprendido sino los deberes de un militar, y por consiguiente voy á colocarme entre muchos errores, al emprender una nueva carrera en el gobierno de los pueblos. Así, pues, cuanto puedo ofrecer á la República y á sus representantes, es una buena intención en el ejercicio del poder supremo, una profunda obediencia á las leyes y una contracción constante, para desempeñar mi inmensa deuda á Bolivia cuando deposita en mí sus confianzas, y la dirección que en sus destinos le dé el Congreso Constituyente.

Acepte etc. etc.

Chuquisaca, á 27 de Mayo de 1826.

*Antonio José de Sucre.*

Tomó Sucre posesión de la presidencia interina el 28 de Mayo. Rayó en frenesí el justo entusiasmo del pueblo de Bolivia al ver en el solio al virtuoso Mariscal, que no había derramado ni una sola gota de sangre inocente en el cadalso, que no había afligido con exacciones á los habitantes, que tan desinteresado se mostraba en todos los actos de su pura y severa vida pública.

Por este mismo tiempo cometía Flores los horrores de Pasto, que hemos relatado ligeramente en el primer tomo de esta obra, y sobre los que daremos amplísimos detalles, en la edición completa que de ella hagamos en el Ecuador.

Durante varios días hubo verdadero delirio en las clases populares y fiestas públicas espontáneas en toda la Nación.

El 22 de Junio se instalaba, entre tanto, en Panamá, el Congreso Americano que Bolívar el Grande había convocado. Esa augusta Asamblea la compusieron los esclarecidos ciudadanos Pedro Gual y Pedro Briceño Méndez, Plenipotenciarios por Colombia; Antonio Larrázabal y Pedro Molina Flores, por la América Central; Manuel de Vidaurre y Manuel Pérez de Tudela, por

el Perú; José Domínguez y José Mariano Michilena, por México. El Gobierno de Chile, deseoso de que su Ministro fuera investido de la mayor autoridad posible, reservó al Congreso el nombramiento de su Plenipotenciario, por lo que no llegó á tiempo. La Argentina no envió su representante, porque el Congreso de 1825 había expedido ya, en esa República, una ley, sentando las bases para una gran confederación latino-americana.

Las conferencias del primer Congreso Americano, terminaron el 15 de Julio; se acordó en ellas un pacto de alianza ofensiva, y defensiva y que el Congreso continuara funcionando en Tacubaya, ciudad mexicana, donde se acordarían las bases definitivas para la confederación de las Repúblicas hermanas. Por desgracia, como ya hemos dicho, el Congreso no volvió á reunirse y la magna idea de Bolívar quedó sin realizarse.

Entre tanto el Congreso de Bolivia había investido á Sucre de facultades omnímodas, que el Presidente rechazó, «reclamando una ley, que determinara las facultades y atribuciones del Poder Ejecutivo».

La nueva nación fué reconocida por

el Perú en nota de 25 de Mayo de 1826, de la que tomamos el párrafo siguiente, en el que se habla de la Constitución boliviana, que había de ser origen de tan graves males.

Habla Bolívar, y dice:

.....  
«Cuando tuve la dicha de visitar esa tierra afortunada, los representantes del pueblo me honraron, pidiéndome un proyecto de Constitución. Bien sabía que esta empresa era muy ardua y superior á mis fuerzas; pero ¿qué rehusaré yo á ese Estado? He bosquejado el que me tomo la libertad de enviaros, con una alocución á los legisladores. Os ruego, grande y buen amigo, (1) presentéis al Congreso este débil trabajo, que ofrezco á los ciudadanos de Bolivia, como un homenaje de mi gratitud y una prueba de mi respeto». . . . .

.....  
«Bolívar»

«Por S. E. el Libertador Presidente, el Secretario General.

*José Gabriel Pérez.* (2)

---

(1) La nota era dirigida al Presidente Sucre. (N. del A.)

(2) Una de las víctimas de Flores, más tarde. (N. del A.)

En sesión de 15 de Junio, el Congreso dió lectura al proyecto de Constitución, que los pueblos habían pedido al Libertador, cuando visitó el Alto Perú, y lo tomó en consideración.

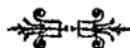
Un insensato, un miserable, de nombre Agustín Morales Matos, militar de malas costumbres, que estaba mal avenido con el ordenado régimen que imperaba desde el establecimiento del nuevo Gobierno, intentó asesinar á Sucre. Capturado por un asistente del Mariscal en el momento de ir á ejecutar el crimen, fué juzgado y condenado á muerte; pero ante los ruegos de la madre del desgraciado, suspendió el Presidente la ejecución de la sentencia; conmutó al reo la pena por la de confinamiento, y en el lugar á donde fué enviado á purgar su delito, auxilió al criminal con recursos de todo género, hasta decretar su absoluto perdón.

¿En qué ocasión procedió Flores del mismo modo? Jamás!

Catulle Méndez, dice en una de sus espirituales baladas, que, en el día de la Creación, Dios picó un dedo á un ángel, para teñir con su sangre las mejillas y los labios de la mujer. Parodiando aquella poética y bellísima me-

táfora, podríamos nosotros decir, que Lucifer al caer del Cielo se rompió la frente contra una roca, y que con la sangre que vertió de la herida y del fango en que hundió las plantas, amasó con sus propias manos el cuerpo de Flores, al cual trasmitió su alma entera, complaciéndose en su obra.

Constituída definitivamente la nación boliviana, nombró como primer Presidente constitucional al Mariscal Sucre, quien sólo quiso aceptar hasta la instalación del próximo Congreso, que debía efectuarse dos años después, en Agosto de 1828.



## Continuación del anterior



### II

No faltan, por desgracia, malos elementos en las grandes transformaciones políticas.

Salaverry, el poeta peruano, dijo en una magnífica composición dedicada al Mariscal Castilla, después de muerto el viejo soldado, que "el casco de su caballo de batalla había levantado mucho polvo social, entre basuras." Un poeta de la época que aquí retratamos habría podido decir lo mismo, refiriéndose á Sucre. Su severa administración política, su rigidez de costumbres, su inflexible respeto á las leyes, no podían avenirse bien con la corrupción de algunos hombres, que se habían

lanzado en la revolución americana soñando con fáciles honores y con medrar de todos modos, á la sombra de jefes tan ilustres como Sucre. El vencedor de Pichincha y Ayacucho, por su parte, no lo consintió: de allí el odio que logró inspirar á algunas almas ruines como la de Flores.

Después de la tentativa de asesinato del Comandante Morales Matos, se verificó el motín del 4 de Noviembre de 1826 en Cochabamba, obra del oficial Domingo Matute. Este sedujo el escuadrón de granaderos, fuerte de 200 plazas, y encontrándose sin más apoyo, adoptó el partido de fugar con los suyos para la provincia argentina de Salta, donde fué socorrido como emigrado y aun se le dió alguna colocación. Pero habiendo abusado de la hospitalidad en el destino que desempeñaba, fué mandado fusilar por el Gobernador de esa provincia, General Arenales.

El 25 de Diciembre de 1826, se amotinó también la guarnición colombiana que se encontraba en la Paz, por efecto de manejos ocultos de ciertos emisarios, empeñados en malear el ejército. Figura en esta fúnebre tragedia, como caudillo, el obscuro sargento Pedro Guerra.

Hallábase formada en la plaza principal una parte de la tropa que se había rebelado, cuando se le presentó el Comandante de la caballería colombiana, Felipe Braun; la arengó, afeándole su conducta, y dijo en un arranque de patriótico entusiasmo: — “¿Dónde está el honor colombiano?” Los soldados al punto le obedecen y se ponen á sus órdenes. Con esta base, el bizarro Braun, ataca el resto de los sublevados, quienes se baten en retirada, hasta hacer alto en la fuerte posición del cementerio de San Roque, donde fueron arrollados, escapando unos pocos en dirección al “Desaguadero”. Así quedó aparentemente, restablecido el orden.

Este Braun es el mismo jefe que más tarde, en el Azuay, había, con su denodada actitud, de contener á Flores, cuando el hombre de Puerto Cabello, trató de rechazar abiertamente al Gran Mariscal Sucre, para no entregarle el mando del ejército, durante el conflicto Perú-Colombiano.

Las malas pasiones continuaron en Bolivia en su trabajo de zapa. En la mañana del 18 de Abril de 1827, tuvo conocimiento el Presidente Sucre de que el cuartel se había sublevado. Man-

dó el Gran Mariscal á su edecán, el Comandante José Escolástico Andrade á cerciorarse de lo que ocurría. Rechazado Andrade, y habiendo salvado de un modo casual, dió parte de la triste realidad del suceso. Sucre monta á caballo; se dirige al cuartel; penetra en él y arenga á los soldados. Mas un grupo de estos, que se hallaban ébrios, hace una descarga á la voz de «¡fuego!» dada por el sargento rebelde Cainzo. Cae el Comandante Escalona, otro de los edecanes de Sucre, y el vencedor de Ayacucho es herido ligeramente en la cabeza y de un modo grave en el brazo derecho, en ese brazo que manejó la espada siempre con tanta honra y tanta gloria para la América del Sur. El caballo que el Mariscal montaba, herido también y espantado, sale desbocado del cuartel; el General no podía manejarlo, á causa de la fractura del brazo derecho, por lo que corrió inmenso peligro; pero uno de sus asistentes logró detener en su furiosa carrera al noble corcel, con lo que salvó la vida al ilustre jinete.

Ese inmoral motín fué encabezado por varios sargentos, no colombianos, quienes engañaron á cincuenta y ocho granaderos, y, embriagándolos, logra-

ron arrastrarlos á consumar el atentado.

El Pueblo entero miró con indignación el inicuo movimiento, que quedó reducido, por fortuna, al cuartel; pero los instigadores ocultos de esos crímenes, entre quienes figuraba el mismo Dr. Casimiro Olañeta, que tanto coadyuvó, con hechos y palabras, á detener en Bolivia al Gran Mariscal, creyendo sumamente graves las heridas de Sucre, se pusieron á la cabeza del infame motín.

El Mariscal, entre tanto, yacía prostrado en el lecho del dolor, en palacio: rodeábanle los Ministros de Estado. El Presidente del Consejo, dió lectura á una nota que dirigía, ordenando la marcha sobre la Capital de las tropas colombianas que aun existían en Bolivia.

—«Rompa Ud. esa nota, ordenó el General Sucre; los auxiliares de Colombia no están aquí para defender mi persona, y sólo se emplearán cuando peligre la independencia ó se conmueva toda la República. Esto no es sino puramente doméstico, y bastan las tropas nacionales. Puede Ud. limitarse á eso sólo». (1)

---

(1) «Recuerdos del tiempo heroico» por José M<sup>a</sup> Rey de Castro, pág. 240.

Jamás se comportó Flores con esa nobleza. Al contrario; en esos desventurados departamentos del Sur de Colombia, mantuvo tropas auxiliares y llamó otras en su apoyo, buscando alianzas cuando veía vacilante su poder personal.

Los ministros del General Sucre fueron tomados presos. El Mariscal salvó la vida en medio de aquella horrible catástrofe, gracias á su valerosa energía moral, que á pesar de los dolores físicos, no le abandonó ni un solo momento.

La escasa guarnición de Potosí, dirigida por el General José Miguel Lanza y el Coronel López, al tener conocimiento del infame motín de Chuquisaca, se puso en marcha sobre la capital. Los sublevados habían engrosado sus fuerzas con criminales y reclutas, y al tener noticia de que las tropas leales al Gobierno se aproximaban, salieron á su encuentro, desoyendo las palabras de paz y conciliación que Sucre, el magnánimo, el generoso Sucre les dirigía.

En la Recoleta se trabó el combate el 22 de Abril. Triunfaron los defensores de la justicia; pero la libertad y la gloria perdieron allí al noble General Lanza y al Comandante Balaguer.

Huyeron los culpables en todas direcciones.

¡Con la vida del ínclito Sucre salvó Bolivia su honra! Si Sucre hubiera muerto allí, obscuramente, por mano de miserables ébrios, la República creada por Bolívar sería hoy, entre los pueblos, lo que es Flores entre los individuos!

¡Gloria eterna, pues, á aquellos que pelearon ese día por el honor y por la patria!

El Presidente, para atender á su curación resignó el mando en el Consejo de Ministros.

No corresponde á esta obra reseñar los dolorosos trastornos que luego sobrevinieron.

Sólo agregaremos que el Gran Mariscal se separó de Chuquisaca el 2 de Agosto de 1828.

De su mensaje tomamos los párrafos siguientes, que prueban, una vez más, cuánta era la nobleza de alma del Abel de Colombia:

• • • • •  
«Por todo esto es, señores, que ni en medio de los peligros me degradaré yo á quebrantar nuestras instituciones y á manchar mi administración por un sólo acto, cuando en toda ella, no he tras-

pasado jamás una ley. Vosotros sabéis que después de haber puesto las bases de la República por mi decreto de 9 de Febrero de 1825, y conduciéndola hasta reunir el Congreso Constituyente, rechacé las muestras de gratitud que quisisteis darme, nombrándome Presidente de ella y repitiendo este sentimiento unánime de la Asamblea General. Pretendísteis comprometerme á aceptar este puesto, pidiendo los votos á los pueblos, para justificar que vuestros intentos estaban con sus deseos. Los sufragios casi uniformes de los colegios me elevaron á la Presidencia constitucional; mas mi ansia por la vida privada, me hizo rehusarla y la renuncié segunda vez. Vosotros dictásteis, entonces, la ley de 3 de Noviembre de 1826, declarándoos sin facultades para admitir la renuncia de un destino dado por la Nación entera y reservando al Congreso constitucional el aceptarla ó no. Os protesté por tercera vez, que sólo ejercería la presidencia hasta entregarla conforme á esta ley al Congreso constitucional en su primera sesión.

«Las circunstancias han impedido reunirse las Cámaras: mi presencia en Bolivia es azarosa al Perú, que querría,

con ese pretexto, mantener aquí sus tropas, cierto de que, en cualquier clase que yo permaneciera, los pueblos y el ejército se unirían cada vez más á mí, para lavar la afrenta de las armas nacionales.

«Debo, pues, por varios motivos ausentarme de la República; pero cumpliendo la ley de 3 de Noviembre devuelvo la presidencia á la Nación por mano de la autoridad designada por esta ley, resignándosela, desde este momento, entera y totalmente en su primera sesión y protestando otra vez, no recibirla jamás; dejando por testigo de mi renuncia al Congreso constituyente, que á la vez será también testigo de que sola y únicamente la dimito y entrego al Congreso constitucional nombrado por los pueblos, conforme á nuestras leyes, el primer Domingo de Mayo último».

«Después de haber dado una minuciosa cuenta de los sucesos y de la situación de la República, me resta informaros, que habiendo cumplido mi promesa de permanecer en Bolivia hasta Agosto de 1828, me ausento hoy de regreso para mi patria. Conforme al

art. 82 de la Constitución, queda el Poder Ejecutivo en el Consejo de Ministros, nuevamente organizado, por decreto de hoy; mientras que la representación nacional aprueba el Vicepresidente de la República, que en virtud de las atribuciones constitucionales del Presidente, propongo en este pliego, que dejo cerrado en vuestras manos y que contiene otros tres de los candidatos que, conforme á nuestras instituciones, debo presentar al Cuerpo Legislativo» . . . . .

«De resto, señores, es suficiente remuneración de mis servicios, regresar á la tierra patria, después de seis años de ausencia, sirviendo con gloria á los amigos de Colombia; y aunque por resultado de instigaciones extrañas llevo roto este brazo, que en Ayacucho terminó la guerra de la independencia americana, que destruyó las cadenas del Perú y dió ser á Bolivia: me conformo cuando en medio de difíciles circunstancias, tengo mi conciencia libre de todo crimen. Al pasar el «Desaguadero» encontré una porción de hombres divididos entre asesinos y víctimas, entre esclavos y tiranos; devorados por los enconos y sedientos de venganza.

Concilié los ánimos, he formado un pueblo que tiene leyes propias, que va cambiando su educación y sus hábitos coloniales, que está reconocido de sus vecinos, que está exento de deudas exteriores, que sólo tiene una interior pequeña y en su propio provecho y que dirigido por un gobierno prudente, será feliz» . . . . .

. . . . . «no he hecho gemir á ningún boliviano; ninguna viuda, ningún huérfano solloza por mi causa; he levantado del suplicio porción de infelices condenados por la ley y señalado mi gobierno, con la clemencia, la tolerancia y la bondad. (1) Se me culpará acaso de que esta condescendencia es el origen de mis mismas heridas; pero estoy contento de ellas si mis sucesores con igual lenidad acostumbran al pueblo boliviano á conducirse por las leyes, sin que sea necesario que el estrépito de las bayonetas esté perennemente amenazando la vida del hombre y asechando la libertad. En el retiro de mi vida veré mis cicatrices y nunca me arrepentiré de llevarlas, cuando me re-

---

(1) Ya verán los lectores de este libro los mensajes de Flores, y podrán comparar. (N. del A.)

cuerden que para formar á Bolivia, preferí el imperio de las leyes, á ser el tirano ó el verdugo, que llevara siempre una espada pendiente sobre la cabeza de los ciudadanos (1) . . . . .

*Antonio José de Sucre».*

---

Sucre salió de Bolivia acompañado de la gratitud de todos los hombres de bien. La Historia se satisface y enorgullece, de registrar las nobilísimas acciones de la vida pública y privada de ese hombre inmaculado.



(1) Como durante diez y nueve años la llevó Flores en Pasto y en los Departamentos del Sur de Colombia, bañándola, con frecuencia, en sangre de inocentes. (N. del A.)

## COMBATE NAVAL—OTROS SUCESOS



### I

Finalizaba el mes de Agosto de 1828.

El generoso vencedor del Capitán General Aymerich, del Virrey Laserna y del General Canterac, se embarcó en Cobija en la fragata «Porcospín,» para regresar á Colombia, á unirse á su noble y joven esposa doña Mariana Garcelén, heredera del marquesado de Solanda, naturalmente extinguido después de la Independencia, á la par de todos esos títulos que la monarquía usa como eslabones de la cadena con que aprisiona á los pueblos; pero que la República borra de los fastos de las

naciones donde los derechos del hombre reemplazan á la tradición, promulgando el código que convierte al esclavo en ciudadano

Doña Mariana Carcelén era una hermosa dama quiteña, con la que Sucre había desposado por poderes el 20 de Abril de 1828, precisamente el mismo mes que en Chuquisaca,—hoy *Sucre*, capital de Bolivia,—escapó de morir, á consecuencia del malhadado motín de 18, que hemos mencionado ya.

El Gran Mariscal hizo escala en el Callao, con el objeto de ver si era aceptada su mediación entre Colombia y el Perú; pero su iniciativa fue rechazada cortesmente, por desgracia. Esa mediación, ofrecida por Sucre el mismo día de su arribo al puerto peruano, (10 de Setiembre), es uno de los rasgos más brillantes de la limpia carrera pública del héroe de Ayacucho.

El 12, viendo que sus esfuerzos en favor de la paz eran inútiles, continuó su viaje para Guayaquil, á donde llegó, el 18 del citado Setiembre.

Pero algunos días antes se habían ya disparado los primeros cañonazos de esa contienda fratricida. Tal es el calificativo que en nuestro primer tomo dimos á la guerra Perú-Colombiana,

calificativo merecido, puesto que se trataba de una lucha entre hispano-americanos, provocada por las malas pasiones y las intrigas de hombres como Flores.

El 31 de Agosto, en la punta de *Malpelo*, se efectuó el combate naval con que se inició la mal llamada guerra internacional de esa época.

Sucedió que la corbeta de guerra peruana «Libertad» cruzaba el golfo de Guayaquil, ejerciendo, sino de una manera ostensible, por lo menos disimuladamente, el bloqueo de la ría.

Amigos sinceros como somos del Perú, cuya hospitalidad nunca agradeceremos lo bastante, cuyas desgracias respetamos y á cuya juventud auguramos brillante porvenir; pedimos que se nos crea y que se nos comprenda bien en todo cuanto se relaciona con la lucha cuya historia escribimos: ninguna de nuestras apreciaciones, ninguna de nuestras palabras tienen más alcance, al hablar del Perú, que el que tendrían si habláramos de la tierra misma donde nacimos. Como latino-americanos, como miembros, los más humildes, del noble partido de la luz y de la libertad, nos juzgamos con derecho para censurar, en cualquier punto de esta

gran patria que se llama la América, cuanto no esté conforme con las ideas generales de justicia y equidad, que deben ser la norma de los pueblos y de los individuos. Si todavía existen fronteras para unos cuantos egoístas, nosotros las pasamos, siquiera tengamos que sostener guerra con esos egoístas, de miras tan estrechas cuanto es grande su ignorancia y ruín su corazón.

Y sea este paréntesis, necesaria advertencia, que no repetiremos ya, por creer que basta ella para que nuestra obra sea juzgada como debe serlo, por todos los hombres honrados é ilustrados del continente.

El General Juan Illingworth, Comandante General del Apostadero de Guayaquil, destacó á las goletas colombianas «Guayaquileña» y «Pichincha», al mando y dirección del Capitán de Navío Tomás Carlos Wriqth que tremolaba su insignia en la «Guayaquileña», para que inquiriera la causa del bloqueo. Wriqth se acercó á la presunta nave bloqueadora, decidido á intimarle que se retirara; pero la «Libertad», creyendo que se trataba de abordarla, rompió los juegos sobre la «Guayaquileña». Entonces Wriqth maniobró para dar el abordaje. «En cinco

minutos estaban ya los dos bajeles amarrados» . . . . Calmó en parte el viento; por lo que la «Pichincha», mandada por el valeroso Taylor, llegó demasiado tarde para secundar á la nave capitana, que había perdido en la lucha la mitad de sus tripulantes. Logró la «Libertad», para evitar que se le acoderrara la «Pichincha», *cortar las espías* con que la tenía amarrada la «Guayaquileña» y se separaron los dos buques, *mutuamente*, dice el parte de Wright, á reparar sus averías, retirándose el primero á Paita y regresando el otro, seguido de la «Pichincha», á Guayaquil».

En este, como en otros combates navales posteriores, probaron los hijos de estos pueblos tan desgraciados, tan combatidos por el infortunio, que el valor es en ellos patrimonio de aquella heroica España, vencedora en Lepanto y vencida tan gloriosamente en Trafalgar.

Formaban parte de la oficialidad de la «Guayaquileña» ios Alféreces de Navío José María Urbina y Juan González, y el Guardia Marina Francisco Robles, unidos por estrecha amistad. Antes de entrar en combate encontráronse los tres y Robles les dijo:—«Ya

vamos á empezar: tú, (á Urbina), vas á salir herido; tú, (á González), vas á morir; yo saldré ileso».—El pronóstico se cumplió al pie de la letra, con la particularidad de que, andando los tiempos, Urbina y Robles llegaron á ser Presidentes del Ecuador.

No podíamos explicarnos el por qué de la animosidad con que se rompieron las hostilidades de un modo tan intempestivo, al leer la nota en que Flores solamente ordena al General Illingworth, que la «Guayaquileña» y la «Pichincha» inquietan de la «Libertad» la razón del bloqueo que ejercía; pero en el tomo VIII de la obra de Odriozola, página 619, hemos encontrado otra nota pérfida, que con fecha 7 de Agosto de 1828, dirigió de Cuenca el General Flores al mismo Comandante General del Apostadero de Guayaquil, con relación á la corbeta peruana «Libertad». en la que le ordenaba que hiciera apresar esa corbeta; y reforzadas con ella la «Guayaquileña» y la «Pichincha», trataran de capturar á los demás buques de la escuadra peruana. Tal oficio se hizo caer, sin duda, intencionalmente, en poder del Gobierno del Perú. como había de hacerse más tarde con otra infame nota de Flores al Genera

boliviano don José María Pérez de Ur-  
dininea, con el objeto de frustrar la mi-  
sión de paz, que el Libertador enco-  
mendó á O' Leary. Flores quería la  
guerra de cualquier modo. Compárese  
y se comprenderá lo que decimos, el  
oficio de 7 de Agosto, con otro que tie-  
ne fecha 10 y que vemos publicado en  
el compendio histórico de D. Pedro  
Moncayo, y quedará perfectamente ex-  
plicada la causa por qué recibió la nave  
peruana á cañonazos á la goleta colom-  
biana. Repetimos, una vez más: ¡cuán-  
ta miseria!

Wright pertenecía á la bizarra legión  
británica, que compartió con el Liber-  
tador las glorias de la guerra magna.  
Su admiración por Bolívar y por todos  
los vencedores de Carabobo, Bomboná,  
las Queseras, Apure, Boyacá, Pichin-  
cha, Junín y Ayacucho, era inmensa;  
especie de culto religioso que rayaba  
en honroso fanatismo. En sus arreba-  
tos de entusiasmo, cuando hablaba de  
esos hombres y de esos hechos, decía  
que si el Libertador hubiera desembar-  
cado en Inglaterra con cien mil colom-  
bianos, la habría conquistado en pocos  
días. Ese bizarro y valiente Wright,  
tenía alma de republicano y Cosmopo-  
lita. A él y á Illingworth se les recuer-

da en el Ecuador, donde formaron familias, con veneración y cariño, en homenaje á sus nobilísimas cualidades, á su franco carácter y á los servicios desinteresados que al país prestaron.

Cuando llegó Sucre al seno de su hogar preparado para recibirlo en las faldas del Pichincha, teatro de una de sus mayores glorias, encontró á Flores, (hecho General por la asonada liberticida en favor de la dictadura, en Julio de 1826) que imperaba como señor de horca y cuchillo en los tres departamentos meridionales de Colombia.

Flores debió, siquiera por salvar las apariencias y disimular el odio y la envidia que el Gran Mariscal le inspiraba, recibirlo en triunfo; pero la única ovación oficial de que fué objeto, fué la noticia de un ultraje inferido á su familia, á la cual se le había impuesto una contribución de guerra de trescientos pesos, que habían tratado de cobrar á usanza *floreana*, es decir, por la fuerza. Sucre no se opuso á que su familia pagara esa contribución tan odiosamente impuesta; protestó, sí, del insulto, y declaró que no permitiría que so pretexto de la cobranza de esa suma, se saquearan las haciendas de su esposa y de sus parientes; lo que exasperó

á Flores, que escribió un chisme al Libertador, diciéndole lo siguiente: «La conducta del General Sucre, tiene todos los visos de una formal oposición á la autoridad que ejerzo; y es la iniciativa de un trastorno ó de alguna gran cosa que se prepara contra mí». Con lo cual acusaba de ambicioso, y de algo peor, al generoso mandatario que acababa de renunciar el poder en Bolivia, decidido á buscar paz y consuelo á las ingratitudes de los hombres en el seno de su familia.

La envidia y el odio de Caín comienzan á desatarse ya, — rugiendo sordamente, — sobre la frente serena y el alma inmaculada del Abel de Colombia!

Sucre, para defenderse de las malas artes de Flores, cuyo aborrecimiento comprendía, se expresó del modo que sigue, en carta á O'Leary, Edecán del Libertador:

.....

«Al cabo de todo este asunto, lo que más me molesta es, que después de haber escrito muchos pliegos, aún tengo que escribir para probar que no soy delincuente, porque no me dejé ultrajar y saquear. Es muy duro habitar en un

país, donde el hombre está sujeto á tan humildes condiciones».

.....  
Pero la verdad era que al Gran Mariscal no podía sorprenderle la malivada hostilidad de Flores, porque ya Heres le había dicho, desde Guayaquil, el 26 de Febrero de 1827, refiriéndose á aquel: «Una persona de quien he hablado á Ud. mil veces, hace una profesión pública *de ser su enemigo declarado* y vierte contra Ud. expresiones que no han usado contra Ud. los españoles.»

Leímos por primera vez el párrafo transcrito en un artículo publicado en Panamá en Enero de 1883; y luego hemos encontrado íntegra la carta del General Heres en la página 70 del tomo VIII de Odriozola.

Y á fin de que el lector pueda formar juicio imparcial y afirmarse en lo que dejamos dicho, le remitimos á los siguientes documentos de una y otra parte, que tienen relación con el incidente de la contribución.

«Quito, á 9 de Octubre de 1826.

«Al Sr. Intendente del Departamento.

Señor Intendente:

Desde Guayaquil dije al señor General Comandante en Jefe del ejército (1) que á mi llegada á esta ciudad serían entregados los trescientos pesos impuestos á mi familia en el empréstito decretado al departamento del Ecuador; y en contestación á la respetable nota de US. de hoy, los remito á la Tesorería, no en calidad de empréstito sino de donativo; y del mismo modo dejo en las cajas públicas los sueldos que devengo en mi clase militar, cualquiera que aquellos sean.

Me es muy agradable contribuir al sostén de la Nación del modo que lo permitan las facultades de mi familia, y con mis sueldos, ya que no tengo fortuna que ofrecer; *pero esta ocasión me permite indicar: que no consentiré en las haciendas de casa las exacciones que hacen algunos comisionados (2) en el campo, ni*

---

(1) General Flores. (N. del A.)

(2) Se trata de los subalternos de Flores, empleados por éste en esas tropelías. (N. del A.)

*ninguna otra que esté fuera de la ley, porque la Constitución y el Estatuto provisorio, haciendo inviolables las propiedades de los colombianos, me autorizan para sostener esta garantía, por cuantos medios fueren menester.*

Dios, etc.

*A. J. de Sucre.»*

*«Guayaquil, Octubre 21 de 1828.*

Excmo. Señor Libertador Presidente y Jefe Supremo de la República, etc., etc., etc.

Mi respetable General y Libertador:

.....  
Cuando el General Sucre vino de Bolivia fué recibido con todo el agazajò y consideración que dije á V. E. en una de mis cartas anteriores, y además le ofrecí el mando del ejército; su contestación fué entonces muy satisfactoria, aunque negativa, y me ofreció su influjo y relaciones para que conserva-

ra el país, y llevara hasta el Potosí la vindicta del honor Colombiano. (1) Cuando yo *descansaba confiado en su promesa*, y cuando contaba que ella me serviría de apoyo, he sabido con mucho sentimiento, no solamente *que se opone á la guerra contra el Perú*, (2) sino que apoyándose en el artículo 21 del decreto orgánico, ha protestado en nota oficial al Intendente, que defendería sus propiedades del modo que le *fuere menester*, si algún comisionado atropella las garantías que las hacen inviolables, y que desapruaba las órdenes que se dan para aumentar y mantener los cuerpos.

La conducta del General Sucre tiene todos los visos de una formal oposición á la autoridad que ejerzo, y es la iniciativa de un trastorno, ó de alguna gran cosa que se prepara contra mí. El Intendente del Ecuador dice que duda pueda cumplir las últimas disposiciones que he dado, *porque los ciudadanos van á defender sus propiedades*, si-

---

(1) En esto, como en todo, miente Flores, si hemos de atenernos á las precisas cartas de Sucre contra la inicua guerra Perú-Colombiana, provocada por aquel. (N. del A.)

(2) El mismo Flores se desmiente en seguida. Sucre no era hombre falso, ni ofrecía sino lo que había de cumplir.

*guiendo el ejemplo del General Sucre; así que no queda duda de que la resolución de este General es promovida por los egoístas de Quito para no llevar las cargas que les imponen las circunstancias, ó de que ha sido tomada para ganar partido popular. Cualquiera de las dos cosas que sea, el General Sucre ha autorizado el escándalo y la inobediencia en el Sur, y los resultados nunca pueden ser favorables. (1)*

Yo he procurado evitar disgustos valiéndome de una conducta moderada y generosa; y ahora mismo he querido ahorrar escándalos escribiendo la carta y oficio que incluyo en copia. En la primera manifiesto mis sentimientos de un modo franco; y en el segundo hago una exención de los bienes del General Sucre y lo lleno, además, de elogios. Mas estoy convencido que si esto produce algún bien, será de momentos, porque el mal está ya hecho; bien sea por nuevas disenciones, ó bien por la miseria, el ejército se perdería en estos departamentos. Así, pues, he resuelto marchar á pesesionarme de Piura, para vivir del país enemigo y alejarme de los

---

(1) Tan no lo fueron para Sucre, que terminaron con su muerte violenta. (N. del A.)

*que me desesperan y de los que matan de hambre al ejército:* (1) acaso podré perderme; pero me perderé al menos con gloria, no en revoluciones, ni en la inacción.

Créame V. E. que no me disgusta la repugnancia que muestran los pueblos para prestarse á servir, porque al fin conozco que á nadie le gusta que le quiten lo que es *suyo, especialmente á Quito que se compone de egoístas* (2) y de espíritus inquietos; pero sí me desespera, que un hombre como el General Sucre abrigue los mismos sentimientos y aliente las murmuraciones y el descontento, cuando á él toca por deber y conveniencia sostener á las autoridades y consolar á los pueblos, y haciéndoles palpar la necesidad que tenemos de organizar un ejército capaz de imponer al enemigo y defender al país. ¿Qué, pues deberé esperar en el Sur cuando me faltan los apoyos con que debía contar? *Nunca esperé nada favorable de Quito, porque siempre me acuerdo, que*

---

(1) Este cargo se refiere al Mariscal, que desesperaba á Flores, protestando que no se dejaría ultrajar ni saquear impunemente. (N. del A.)

(2) ¡Ya oyen los quiteños: no puede ser más franco el padre del Excmo. señor Antonio Flores al hablar de ellos! (N. del A.)

*cuando V. E. estaba empeñado en la guerra del Perú, y se cobraban contribuciones para sostenerla, hablaron de V. E. y del General Salom lo que no es imaginable, y amenazaban que harían acusaciones al Congreso: (1) mas tampoco esperé, vuelvo á decirlo, que el General Sucre se pusiera de parte del egoísmo criminal. (2) Quando Bustamante invadió al Sur, tomé *discrecionalmente* lo que necesitaban las tropas, y puedo asegurar que entonces nadie se quejaba, y que llenos de entusiasmo aprobaron mi conducta. Ahora, si sucede lo contrario, siendo iguales las circunstancias, es porque tienen protección, y antes estaban en el caso de obedecer y callar. V. E. me escribió que tomara los recursos á usanza militar, y si no habiéndolo hecho así hay lamentos y disgustos, en el caso contrario cuántos alborotos, cuántas quejas habrían elevado contra mí!*

.....

*Juan José Flores.»*

---

(1) Quería entrañablemente este Flores á Quito: eso se conoce á cada paso. Los robos de que los quiteños quisieron quejarse, no fueron cometidos por Salom, como da á entender Flores mismo. Ya lo veremos después.

(2) «Egoísmo criminal» es en el vocabulario floreano, protestar de ultrajes y saqueos. (N. del A.)

«Adición.—Como estoy muy enfermo de dolores de espalda, no me ha sido posible escribir de mi letra. El ejército está ya pereciendo, porque los egoístas de Quito se han unido al General Sucre, que habla mucho de *libertades públicas, derechos de los ciudadanos, inviolabilidad de propiedades, etc* (1)

Estamos muy expuestos á una revolución nacida de la miseria y alentada por los descontentos. (2) Así, pienso marchar en todo Diciembre para *vencer ó morir con gloria*. (3)

— — —  
«Guayaquil, Octubre 21 de 1828.

«Al Excmo. señor General en Jefe, Antonio José de Sucre.

«Mi apreciado General y amigo:

«Junto con la apreciable carta de U. que me ha traído este correo, he recibido en copia la nota que U. dirigió á la Secretaría de Guerra, solicitando una

---

(1) Todos estos antecedentes deben acumularse en el proceso contra Flores. (N. del A.)

(2) Es decir, por Sucre. (N. del A.)

(3) Flores murió en 1864 de una terrible enfermedad á la orina: muerte gloriosa! (N. del A.)

excepción de sus propiedades, tan justa y debida á los méritos de U., como es generosa la donación que U. hace de sus sueldos. De oficio le digo al Intendente que respete en todos sentidos los bienes que pertenecen á U. y á su señora. Pero he tenido la desgracia de no sentir lo mismo respecto de la protesta que U. ha hecho al Intendente, en la cual amenaza defender sus propiedades *del modo que le fuere menester*, porque si por una parte creo que ella ha sido innecesaria é intempestiva, puesto que hasta ahora se ha visto como sagrado todo cuanto pertenece á U.; (1) por otra parte, parece ser una verdadera oposición á la autoridad que ejerzo en el Sur, y un ejemplo funesto para los pueblos donde U. vive. Valiéndome de la amistad debo manifestar á U. que en año y ocho meses de revolución en que el Sur ha estado á mis órdenes, jamás ningún acontecimiento, por extraordinario que haya sido, me ha sentido tanto como la resolución de U., porque después que U. tuvo la bondad de ofrecerme sus relaciones, su influjo y su cooperación para precaver al país de

---

(1) Qué descaro! (N. del A.)

los crueles azares en que quieren envolverlo, (1) veo cosas que si no indican todo lo contrario, al menos ofrecen extraños resultados y burlan mi esperanza. Ojalá U. hubiera querido aceptar el mando del ejército que le ofrecí sinceramente, para yo haberme retirado á mi casa con la honra de haber salvado en el Sur las glorias del Libertador, (2) y no tener en el día que pasar por el dolor de ver comprometida mi reputación, y al ejército marchando al abismo de su existencia, por la repugnancia que muestran los pueblos á darle sus recursos, y por la resistencia que opondrán en lo sucesivo, alentados por el ejemplo que se les quiere dar.

«Al respeto y á las consideraciones que U. merece, sacrificaría hasta la razón que tengo de escribir esta carta, sino mediaran el bien público y la seguridad de los Departamentos que el Gobierno ha puesto á mi cuidado. El Intendente del Ecuador duda en papel oficial que tenga efecto la requisa de

---

(1) Quien quería envolver al país en todos esos males era el mismo Flores. (N. del A.)

(2) Y cuando llegó la ocasión, en 1830, Flores no sólo fué ingrato con el Libertador, sino que traicionó vilmente á Colombia. (N. del A.)

caballos que se ha mandado hacer, y se apoya en que los ciudadanos defenderán sus propiedades (éstas son sus palabras) *apoyándose en el artículo 21 del decreto constitucional, que se ha servido dar S. E. el Libertador Presidente, en 27 de Agosto último; del que han principiado ellos á hacer uso desde S. E. el General en Jefe Antonio José de Sucre, etc.* Preseindiendo de que U. merece todas las excepciones de este mundo por los costosos sacrificios que ha prestado á la causa de la Independencia, me sorprende que el resto de los ciudadanos se nieguen á llevar las cargas que les imponen las circunstancias, *bajo el efímero pretexto de las garantías que acuerda el decreto orgánico.* (1) Es verdad que su artículo 21 *hace inviolables las propiedades,* pero también permite tomarlas cuando lo requiera el interés público, con calidad de indemnización; así que el Gobierno ha podido legalmente disponer de la fortuna de los ciudadanos, y yo, mandarlos tomar de conformidad á la autorización que se me ha dado y en fuerza de las extraordinarias circunstancias que afec-

---

(1) ¡Vaya un pretexto efímero. (N. del A.)

tan al país. (1) Hablando en buena lógica, es preciso convenir en que es un argumento útil el que han inventado algunos para dejar morir de hambre al ejército y exponer el Sur á una desgracia inevitable. Me es lícito decir á U. que no soy yo responsable de los males que sucedan, porque habiendo perdido el apoyo de las personas que debieron consolar á los pueblos y sostener la opinión, sería un milagro que yo conservara el orden y la tranquilidad, á despecho de una indirecta oposición.

«Tengo muy poca vanidad de mis pobres opiniones; pero no veo muy distante la pérdida del Sur, si las cosas continúan del modo con que se han iniciado. Sólo la comprometida situación en que se encuentra el Libertador, pudiera obligarme á continuar sobre un volcán; de resto, *me iría á mi casa, á contemplar el desenlace del drama.* (2)

«He tenido bastante franqueza para escribir mis sentimientos, porque habiendo dado á U. la palabra de amigo,

---

(1) Estas circunstancias eran creadas por el mismo Flores para "ganar á río revuelto." (N. del A.)

(2) El Sur se perdió. ¡Las previsiones de Flores se cumplieron: su traición y el asesinato de Sucre, fueron el comienzo de todos los males que afligen hasta hoy á esos pueblos. (N. del A.)

debo ser consecuente á las leyes de la amistad y á mis principios invariables. Mas si tuviese la desgracia de disgustar á Ud. con mis francos raciocinios, desde ahora doy á U. satisfacción, rogándole que se persuada de que yo soy incapaz de competir con el ilustre vencedor de Ayacucho, á quien respeto por obligación y á quien considero por sus cualidades personales. (1)

«Agradezco la bondad con que U. honra á mi señora. (2) Me pongo á los pies, que beso, de la de U., y me suscribo su obediente servidor y amigo,

*Juan J. Flores.»*

---

---

(1) Tanto respetó y consideró Flores á Sucre, que quiso ahorrarle la molestia del viaje de Bermeo á Quito; y el noble Mariscal quedó allí, en el camino, tendido y exánime. Y en efecto Flores, se “fué á su casa á presenciar el desenlace del drama.” Como que al calcular que sus órdenes de muerte se iban á cumplir, salió precipitadamente de Quito para Guayaquil. (N. del A.)

(2) Y mientras Sucre atendía como cumplido caballero, á la señora de Flores, Flores imponía contribuciones y daba órdenes de atropello contra la esposa de Sucre. (N. del A.)

«Quito, á 27 de Octubre de 1828.

Sr. General J. J. Flores.

Mi querido General y amigo:

“Empiezo por decir á Ud., que de ningún modo me he sentido por su carta del 21, que recibí esta mañana. Francas explicaciones conservan amistad, y después que yo he leído las de Ud., consentirá que haga las mías, las que escribiré con el candor de un hombre que *de veras desea las mejores relaciones con U.* (1)

“El mismo día que llegué á Guayaquil supe por el General Heres que se había puesto una contribución en Quito sobre mis propiedades, (si es que las de mi mujer se consideran, según la ley, como mías) y que mi suegra rehusaba pagarla. Me ofendió, ciertamente, el que no estando yo aquí, y en circunstancias en que mi familia estaba agobiada de pesadumbres por mi situación entonces, mis mismos compañeros se las aumentaran y la affigieran, sabiendo que recientes desembolsos hechos en

---

(1) ¡Cuán candoroso y bueno era ese pobre Mariscal! El hombre á quien así escribía, estaba fundiendo ya las balas en Berruecos. (N. del A.)

casa, tenían á la familia sin dinero, y lo que es más, conociendo que yo merezco consideraciones, que he sabido, á mi vez, guardar á mis compañeros, constantemente. A aquella falta de delicadeza quise oponer la más nimia delicadeza, y enseñarles con esta lección á ser más circunspectos; dije, pues, al General Heres que mandaran cobrar á mi suegra ó á mi mujer y ponerlas en la cárcel si no pagaban, pues yo ahorraría esto último al llegar á Quito enterando la contribución. *Esto mismo le repetí á U.*, y si mi lenguaje no expresó bien *mi intención*, pido que se me disculpe de no haber sido bastante claro. A pocos días de entrado en Quito vino el señor Intendente á verme y *me mostró la nota original, por donde se le ordenaba ejecutar á mi suegra y en ella misma se le prevenía hacer otras exacciones, tomando las cosas sin consentimientos de sus dueños.* (1) Debí tomar este paso como la notificación que me hacía el Intendente, de que ni yo, ni mi fa-<sup>n</sup>

---

(1) Flores asegura á Bolívar y á Sucre en las dos cartas anteriores, que ha ordenado al Intendente que respete las propiedades del Mariscal; y el Intendente muestra al vencedor de Ayacucho la nota original, en que Flores le ordena ejecutar á la suegra del hombre á quien así engañaba ó pretendía engañar. (N. del A.)

milia, ni mis propiedades merecíamos consideración, y que las haciendas de casa serían las primeras violadas. Esto me indujo á escribir el segunda párrafo de mi contestación al Intendente. Siento que por no entendernos haya sido ésta penosa para U., y que U. la condene “como innecesaria é intempestiva, puesto que hasta ahora ha visto como sagrado todo cuanto me pertenece.”

«Yo no concibo como es este respeto con aquella imposición á los bienes de mi mujer; y *con el modo cómo se llevara al cabo.* Tampoco pretendo excepciones particulares, pero sí confieso que me ofendió en lo sumo el que estando yo ausente se molestara á mi mujer, por trescientos pesos, y que mis compañeros añadieran esta desconsideración á las penas que la rodeaban. Yo no habría hecho otro tanto jamás. Colóquese U. en mi puesto, mi estimado General, y dígame fría é imparcialmente, la conducta que U. habría observado en mi caso, porque si yo he obrado mal, pediré perdón de haber agraviado á la amistad de U. y á la autoridad que ejerce en el Sur.

«Yo pensaba y pienso que mis propiedades no están al nivel de las de cualquier otro ciudadano. Consagrado

desde los quince años al servicio de la Patria, y habiendo por fin quedado medio inválido sin otro medio de subsistir que la merced de mi mujer, parecía indudable que yo debía contar con que los medios de esta para mantenerme serían sagrados á la vista del Gobierno, de sus funcionarios, y más y más y más á la de mis compañeros que ejercen el poder. Mucho se corrobora esta aserción si se atiende que cediendo yo mis sueldos, concurre más que nadie en el Sur á los gastos públicos; y que ni el más rico propietario, ni la persona más elevada en este país, dan tanto como yo para el sostén del ejército. (1) *Así, pues, queda completamente destruída la indicación de U. de que á mi ejemplo, los pueblos negaran los recursos; PUES SI TODOS LOS MILITARES ME IMITAN HABRÁ SUFICIENTES PARA MANTENER LAS TROPAS.*

«Se me observará, acaso, que yo puedo hacerlo, y otros no; pero respondo que yo puedo hacerlo por la resignación»

---

(1) ¡Que reproche tan merecido contra Flores, envuelven estas palabras! Sucre pagaba contribuciones y cedía sus sueldos en favor del país y del ejército! ¿Qué dió Flores, en cambio? ¿Qué dió sino horribles disgustos al pueblo á quien trataba de escarnecer y de insultar y de saquear, siempre que podía ó que quería? (N. del A.)

á recibir un pan de la mano de mi mujer, contemplando entre tanto mi suerte después de mis servicios. A fé de caballero aseguro á U. que esta es mi situación, porque estando mi poca fortuna en el Perú, se halla envuelta en los trastornos y hasta hoy no me ha producido un solo real, como le informará á U. el mismo General Heres. De Bolivia he traído, por resultado de mis economías, mil pesos de que el primer gasto fué cubrir la contribución impuesta á mi mujer en mi ausencia y *cuando yo estaba herido y corriendo mil riesgos de la vida por sostener, con los deberes de mi puesto, el honor de Colombia, la reputación de sus armas y las glorias del Libertador.* Ningún colombiano se ha hallado tan en el caso de probar su patriotismo como yo lo he hecho y como lo he probado» . . . . .

«Me parece importuno entrar en explicaciones sobre el artículo 21 del Estatuto, porque las circunstancias harían muy embarazoso para U. este argumento, si se respetan los derechos. *No estando en Persia ó Constantinopla, el artículo es bien claro; como es bien claro el 24, en el caso de defender la Patria.* Siento que se me quiera hacer abogado,

así como el decir que nadie es responsable de que se haya querido alcanzar el cielo con las manos. En fin concluiré estos desagradables párrafos protestando que si me guardan las debidas consideraciones, nadie es más cumplido que yo para llenar las que tocan á los demás; y que nadie siente más que yo las faltas de delicadeza, por lo mismo que soy tan delicado, circunspecto y franco con los otros» . . . . .

«En Guayaquil le insinué á U. de que muchos querían indisponernos y que era preciso guardarnos, por cuanto sobre la amistad, el interés público exigía que nos presentáramos siempre unidos. Repito esto mismo y sea permitido añadir que de mi parte lo reiteraré de nuevo, aún cuando supe y sufrí la falta de consideración á mi mujer estando yo ausente y en momentos en que su situación clamaba por respeto y atenciones aún de los más indiferentes.

«Ruego á U. que tolere que le diga que CONOCIENDO MI DESTINO he solicitado del *Libertador* por cuarta vez y con la más grande vehemencia, el que permita que yo disponga libremente de mi persona por tres años, dentro ó

fuera del país, y es mi intento reunir en unos meses algún dinero para ausentarme, porque será el único modo de que esté libre de chismes y de las asechanzas de algunos para indisponerme hasta con mis mejores amigos. Con el mismo fin de precaverme de los chismes es que muy pronto me iré al campo con mi familia. (1)

«Dispense U. que lo haya molestado con esta larga carta. Su extensión muestra que siendo ingenuo por carácter, he querido que contenga detalladas explicaciones *que satisfagan á U. y que alejen de nosotros el menor asomo de disgusto*. Protesto que en mi alma no queda absolutamente la menor incomodidad, después que he dado á U. mis razones con toda la confianza con que U. me ha invitado. Por lo tanto espero que esta carta destruya la indisposición que le causó mi nota al Intendente y que por último ofrezco también retirarla, si U. lo cree útil, para que no exista ni este motivo de diferencia. Estoy pronto á todo cuanto sea conservar nuestra amistad, ya por nosotros

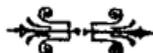
---

(1) ¡Qué horrosos reproches! Sucre comprendía el desastroso fin que le esperaba en un país dominado por Flores. (N. del A.)

mismos, ya por la causa pública. Esta protesta es sincera, es franca, es de militar, caballero y amigo.

«Soy siempre su afectísimo compañero y atento servidor.

*A. J. de Sucre».*



## Continuación del anterior



### II

Como suponemos fatigado al lector, le hemos dado un momento de respiro entre el capítulo anterior y el que aquí comienza, en el que terminaremos de insertar las cartas pertinentes á este asunto, para que nadie pueda dudar del odio inmenso que abriga el corazón de Flores contra aquel á quien juzgaba su poderoso rival, por más que Sucre trató siempre de hacerle comprender que la ambición era ajena de su franco y generoso carácter.

Concluyamos de publicar esas cartas, para hacer los comentarios á que se prestan.

Helas aquí:

*Riobamba, 12 de Noviembre de 1828.*

Excmo. Señor Antonio J. de Sucre.

«Mi General y amigo:

«Sólo por contestar la carta de U. del 27 de Octubre que recibí en la Bodega de Babahoyo, me levanto de la cama enfermo de calenturas.

«Después de las francas y detalladas explicaciones que U. ha querido hacer para renovar los sentimientos de amistad y buena inteligencia con que me ha honrado, réstame sólo aclarar el motivo que produjo en U. un secreto disgusto, que es el de la contribución impuesta á su familia. Es verdad que yo decreté en Cuenca una exacción de ciento treinta mil pesos distribuida en los cuatro Departamentos del Sur, dejando al Gobierno el derecho de clasificar, y á las autoridades locales el de hacer los repartimientos con arreglo á los haberes de los contribuyentes. Pero no es cierto, ni que yo haya comprendido á su familia, ni que tampoco

haya sabido la cantidad que le cupo hasta unos días antes de haber U. llegado á Guayaquil. Así, pues, no tengo responsabilidad alguna en la imposición, ni como magistrado, ni como amigo. (1) . . . . .

«Siento mucho que U. se retire al campo por mi causa, y quisiera que U. no se moviera de la ciudad como una prueba de las que U. me ofrece dar para *aparecer unidos*. Si mi permanencia en el Sur es molesta á U., quiero saberlo de U. mismo, para alejarme luego que pueda hacerlo sin comprometer la suerte del país que se me ha confiado y los compromisos que tengo para con el Libertador, pues me es fácil, aunque no tengo dinero, ir á Europa bajo la protección de algunas relaciones que he adquirido. (2)

«Quisiera escribir largo; pero no puedo con mi enfermedad ni coordinar las ideas. Por tanto, pido á U. dispense las imperfecciones de esta carta.

---

(1) ¿Y la nota posterior al Intendente, que éste mostró original á Sucre? ¡Ah, farsante! (N. del A.)

(2) Con esta misma hipocresía traicionó y engañó á su benefactor, Bolívar, y envió á Sucre á la eternidad. ¡Francamente, este hombre abisma con su singular audacia! (N. del A.)

«Como siempre, soy de U. afectísimo amigo, muy obediente servidor,

*Juan José Flores.*

---

*Quito, á 27 de Octubre de 1828.*

A S. E. el General Bolívar etc., etc.,  
etc. . . . .  
. . . . .

Concluiré hablando de cosas particulares. Probablemente recibirá U. en este correo una queja del General Flores sobre mi contestación al Intendente de este Departamento, de que hablé y remití á U. copia en mi carta de 13 del corriente. Sea como fuere lo que él le diga, ruego á U. que suspenda su juicio hasta el próximo correo, en que enviaré á Ud. copia de la carta que sobre esto me ha escrito el General Flores, (que acaba de llegarme,) y de la respuesta que le daré mañana con una explicación amplia, y tan satisfactoria cuanto admite el asunto. *Por ahora me reduzco á implorar de U. la licencia*

*que he solicitado para disponer por tres años de mi persona, dentro ó fuera del país. Cada día tengo una nueva convicción de la necesidad de separarme de todo, y aún de ausentarme. Mis pocos servicios me colocan en el caso de ser víctima de la emulación de algunos; y por desgracia ellos mismos me han procurado algunos enemigos que buscarán por todos modos indisponerme con el General Flores. Yo lo excusaré á todo trance solicitando siempre ser su amigo; porque esta unión conviene á la causa pública. (1)*

Me repito á U., mi querido General, en todas ocasiones y circunstancias, su apasionado fiel amigo, y atento servidor.

*A. J. de Sucre.*

---

(1) ¡Qué lejos estaba el Gran Mariscal de suponer que con esa debilidad ó benevolencia, preparaba su trágica muerte! (N. del A.)

«Quito, á 17 de Noviembre de 1828.

«A S. E. el General Bolívar etc.,  
etc., etc.

«Mi General:

«En días pasados mandé á U. copia de una carta del General Flores, y de mi contestación, relativa á una nota que yo pasé aquí á este señor Intendente. Creo bien remitir á U. ahora las mismas copias, y la de la última respuesta que sobre este asunto me había escrito el General Flores el 12 del corriente. Aunque ésta le dará á U. el placer de informarle que nuestros disgustos han terminado, me parece que debo hacer algunas explicaciones, para evitar cualquiera equivocada inteligencia.

«Empezaré por decir que mi nota al Intendente ha sido una cosa entre los dos, sin trascendencia ninguna, y que nadie ha hablado de ella, como para eximirse de las exacciones. Todos en Quito saben que he cedido mis sueldos para los gastos del Estado, y que con esta cesión concurre extraordinariamente con más que el más rico propietario del Sur. Es pues *falso y falsí-*

simo que nadie se haya agarrado de esta nota para eximirse de esta contribución; y me es á la verdad penoso el saber que altos Magistrados de Colombia mientan tau grosera y alevosamente. (1) Sé que se han agarrado de esto para indisponerme con U., pero si de un lado desprecio este maligno intento, de otro estoy colocado en un compromiso de que sólo podría salir con algún desdoro para el Gobierno. En mi nota no he dicho que me niego á dar, además de mis sueldos, los auxilios que pueda; he dicho sí, que no consentiré que los comisionados vayan á sacar arbitrariamente de las haciendas de mi mujer, lo que les dé la gana; porque este despojo violento y horrible no sería soportable ni en Turquía; he dicho que no me dejaré tratar como á los pobres hombres á quienes se les quita lo que tienen, y además se les ultraja; porque yo reclamaré como pueda los respetos á mi persona, y á mi propiedad. Ha de saber U.

---

(1) Estos altos magistrados no son otros que Flores, que había dicho al Libertador, en carta antes publicada, que la conducta de Sucre impedía la cobranza de las contribuciones en este pueblo de Quito, al que tan mal trata el mismo Flores. (N. del A.)

que de este desenden de las exacciones, no sólo se piden lo que se llevan los comisionados sino que los mayordomos defraudan lo que quieren, porque están cubiertos con decir que las partidas militares se llevaron los efectos. Parece, pues, que tomando literalmente mi oficio en haber protestado que no consentiré que tomen lo que es de mi mujer sin nuestro consentimiento, no he cometido un crimen para que se me acuse. Yo podría vengarme si no fuera en desdoro del Gobierno, porque publicaría simplemente el suceso, para manifestar al mundo *que en el Sur de Colombia se había tenido por un crimen el no haberme dejado robar.* (1)

«Yo no sé si es el hábito de la arbitrariedad, ó el deseo de humillarme el que ha inducido á estos señores á algunos pasos que yo no sé á quien cubrirán de vergüenza. El General Flores, mi buen amigo, *y que creo incapaz de ofenderme de intento, me escribió de Guayaquil,* (1) que yo pude ahorrar aquel

---

(1) Esta energía es llamada por Flores rebelión contra su autoridad. ¿Que dirá el Sr. Antonio Flores de la justa manera cómo el Gran Mariscal trata á su *honradísimo* padre? (N. del A.)

(1) Estas palabras subrayadas demuestran que Sucre, aunque comprendía toda la envidia y todo el odio que abrigaba contra él el corazón de Flores,

oficio, porque este señor Intendente es demasiado bueno para que si yo le hubiera hablado de eximirme de contribuciones lo consiguiera, como si mi queja fuera por contribuciones, que yo sé que son urgentes para sostener el ejército, y cuando Flores y todos saben que ella es sólo por la falta de respeto y consideración con que me han tratado, molestando á mi familia por miserables cosas. Mi situación sujeta en el día á mantenerme del pan de mi mujer, después de los destinos y sueldos que he obtenido, prueba que no soy yo egoísta y amigo del dinero que me parase por una contribución, y lo he explicado bastantemente en mi contestación á Flores; me indigna sí, esta falta de atenciones á un hombre que marcado de heridas honrosas, y de una desgracia, esperaba merecer consideraciones; y me indigna, sobre todo, el que se pretenda humillarme hasta ir á implorar favores de la bondad del señor Intendente.

«Notará Ud. en la última respuesta del General Flores, que me brinda su

---

posponía á la paz y á la causa pública sus motivos de queja, personal y justísima y trataba de desarmarlo por medio de la generosidad. (N. del A.)

protección para informar á Ud. en mi favor; y será sin duda para no presentarme como criminal y que no sea yo castigado. ¡¡Es esto soportable!!! Aseguro á Ud. que si en estos momentos yo tuviera medios para trasportarme y sostenerme fuera, me alejaría de un país donde se tiene en tan poco los servicios más distinguidos, donde los magistrados creen que un simple informe destruye al hombre digno de respetos, y donde la delicadeza y los miramientos á las personas más beneméritas son desconocidos. Con rubor hago esta declaración. (1)

«En fin, mi General, reducido á sufrir todo no seré yo quien aumente las penas de Ud. Tendré la paciencia, si es necesario de un mártir, con tal de que Ud. no encuentre motivos para reconvenirme de que le acrezco sus disgustos. He contestado al General Flores que mi queja está acabada; que olvide todo, como si nada hubiera sucedido; y que seré tan unido á él como al mayor de mis amigos; él viene en esta semana aquí, y protesto á Ud. que

---

(1) Esos informes eran intrigas de Flores, que aspiraba á dirigir la campaña, en la guerra contra el Perú. (N. del A.)

mi comportación con él será la más amistosa, y protesto también que quiero hacerlo cordialmente, porque con las explicaciones que me ha dado Flores *deseo convencerme que no ha habido una ofensa de intento.*

*Por otra parte, como todo lo que podría haber de CELOS, sería la sospecha de que yo ambicionara ser Jefe Superior del Sur, tengo ahora la ocasión de destruirla y de probar que mi anhelo es vivir en el retiro y que sólo he deseado algunos respetos y consideraciones que he pensado tener derecho á merecer.*

«Aquí, de paso, será de ocasión decir á Ud. que sé que le han ido informes de que yo estoy aborrecido en el ejército, con otras patrañas y sandeces que sólo me dan bochorno por cuanto que son mezquindades y rastrerías harto despreciables. (1) Tendré enemigos, porque cuando mandaba el ejército los he refrenado en sus caprichos y desórdenes, y no les he consentido arbitrariedades en los pueblos; ó que no les he dado en Bolivia el dinero que ellos querían para jugar; ó no les he tole-

---

(1) No puede desaprobarse en términos más claros todo lo hecho por Flores en el Sur de Colombia. (N. del A.)

— — —  
rado la usurpación de los caudales de sus cuerpos, ó en fin, porque les he puesto coto á los vicios y á la indisciplina. Me lisonjeo en recompensa, de que la mayoría estima mi conducta; y en fin, repito, que ni quiero el mando del ejército ni quiero nada en relación con la vida pública.

«Acabaré esta carta reiterando á Ud. que no recibirá quejas á que yo dé motivo, *que sufriré todo* con tal de que cualquier sacrificio sea un nuevo comprobante de mi anhelo en complacerlo, y nuevos testimonios de que lo ama siempre de corazón.

Su fiel amigo y atento servidor,

*A. J. de Sucre.»*

---

*Quito, á 6 de Diciembre de 1828.*

«A. S. E. el General Bolívar, etc., etc. »

«Mi General:

.....  
«Para condenar la falta de entusiasmo de esta gente es preciso recordar sus sufrimientos en diez y ocho años

de revolución; sus desembolsos por la guerra de Pasto, y las exacciones que fueron urgentes para la del Perú. Cuando esperaban que la paz les convalteciera, tuvieron por recompensa leyes de destrucción y desprecios insupportables. A esto se ha añadido ahora una guerra que ellos condenaban, y que, por lo mismo, les hace sentir más pesadas las medidas de los aprestos. Debíó considerarse que si faltaba opinión para defendernos, no podía restablecerse para la ofensiva, declarando que las propiedades de los ciudadanos estaban á la merced de las autoridades militares. Esta providencia era ciertamente urgentísima, si había el pensamiento de arrostrar todos los embarazos, y *hacer la Nación* toda clase de sacrificios para refrenar al Gobierno peruano; pero pensar que todos los medios para la empresa podían sacarse de sólo el Sur, y fiarla á los descontentos Departamentos de la frontera fué á la vez un cálculo fallido en cuanto á la campaña, y una imprevisión porque si no se realizaba ésta, estos pueblos quedaban más desafectos, burlados de la esperanza de salir del peso de un fuerte cuerpo de tropas. Si hay motivos ó no para el aniquilamiento del entusiasmo,

júzguelo Ud., sabiendo que para realizar los aprestos las órdenes eran de tomar las cosas *á usanza militar, y donde quiera que se encontraran.* (1) Yo he visto una disposición por la que el Coronel Jiménez, con un escuadrón debía como una rastra barrer para el ejército con cuantas mulas y caballos, sin excepción, hubiera desde Ibarra á Riobamba. No se realizó, porque el Intendente dispuso que era destruir un país meramente agricultor; y que pueblos donde no hay otro medio de transporte que las mulas, quedarían sin víveres que comer, no teniendo cómo conducirlos del campo, y entonces ordenó se designara el número de mulas que debía dar el Departamento para el ejército, y que las buscaran sin necesidad de esta rastra» . . . . .

A. J. de Sucre.

---

(1) No puede desaprobarse en términos más claros todo lo hecho por Flores en el Sur de Colombia. (N. del A.)

«Quito, á 28 de Noviembre de 1828.

A. S. E. el General Bolívar, etc., etc.

.. Mi General:

.....  
«Como Demarquet instruirá á Ud. de la noticia venida ayer de Guayaquil, de haber destruido Guisse la batería de Cruces, y estar cañoneando aquella ciudad el 22, omito hablar de tal suceso, porque tampoco sabemos el resultado. El General Flores salió de aquí esta mañana para el Sur; pero si esta es alguna invasión ya á Guayaquil, ó ya llamando la atención para entrar por Cuenca, es inútil repetir que al menor peligro estaré yo al momento en el ejército.

El mismo Demarquet informará á Ud. que he estado con el General Flores muy unido: (1) que nos hemos separado en la mejor amistad, y que nuestros disgustos no sólo no han tenido trascendencia, sino que las gentes nos han visto en tan buena armonía que ni los han apercibido. (2)

---

(1) Infortunado Sucre!

(2) Flores en sus cartas á Bolívar, calumniaba á Sucre diciendo lo contrario.

«Lo creo muy satisfecho de mi conducta hacia él, de lo que me alegro. (1)

«Adiós, mi General.

«Siempre soy su fiel amigo, atento servidor,

*A. J. de Sucre.»*

---

Quizá se ha fatigado el que siga con atención este relato, con la lectura de los documentos que dejamos copiados y anotados en parte, porque todos y cada uno de los renglones de las cartas de Flores, pueden ser comentados de un modo desfavorabilísimo para ese hombre.

En las cartas de Sucre, á través de una nobleza de alma incomparable y de un deseo sincero de que no se le creyera capaz de poner estorbos á Flores, por una ambición que nunca tuvo, ó una emulación que no podía existir entre el vencedor de Ayacucho y el

---

(1) En la montaña de Berruecos, palpó el cándido Sucre su equivocación.

vencido de Agualongo; á través de esa nobleza y deseo, decimos, se descubre la melancolía que le embargaba y se ven retratados los negros presentimientos que ya le atormentaban, al considerarse, como él mismo dice, objeto de los chismes y de las asechanzas de Flores. Y Flores entre tanto se complacía, como el tigre escondido en la espesura, en contemplar á su víctima, abriendo las sangrientas fauces y sacando las garras afiladas, dispuesto á dar el salto de muerte.

En una de sus cartas á Flores, dícele, claramente, Sucre, que conociendo el destino que le estaba reservado (el mismo de Merchancano, Pérez, Paz del Castillo, Irigoyen y cien más) había solicitado del Libertador que le permitiera disponer libremente de su persona, para ausentarse por tres años, porque era el único modo de sustraerse á ese destino, cuyo sangriento desenlace le hacía ya ver su clara y poderosa inteligencia; como Cagliostro en la redoma encantada de la imaginación, hizo ver el cuadro de su horrible fin á María Antonieta, la orgullosa nieta de cien Césares.

¡No pudo ausentarse del país y fué víctima de su aleve antagonista!

## INTRIGAS DE FLORES



El Libertador quería evitar, á todo trance, la guerra con el Perú, para lo que nombró al Coronel O'Leary Ministro Plenipotenciario en Lima. Comprendía el héroe del Nuevo Mundo, que aquella guerra injusta y desastrosa, no era por modo alguno necesaria ni al honor, ni á la libertad, ni á la gloria de Colombia y el Perú, y anhelaba poner un término á las calamidades que podían sobrevenir, antes de que las hostilidades se rompieran.

Pero Flores, á quien convenía lo contrario, velaba en la sombra, bien así como los esbirros de aquellos tribunales teológicos de tiempos que pasaron y que vieron morir á fuego lento, en

hogueras impías, á Juan Hus, defensor de la Reforma, á Miguel de Servet, sabio católico, y á miles de infortunados mártires del fanatismo religioso.

O'Leary, al llegar á Guayaquil, encontró oposición formal para llenar su comisión de paz y de concordia, en ese Flores, cuya negra figura bosquejamos apenas en esta obra y que, como Comandante en Jefe del Ejército del Sur, se encontraba en Cuenca, con la mayor parte de las tropas que había concentrado en el departamento del Ayuay, siempre con la mira de invadir el «Perú, este país aborrecible y execrable, capaz de entregarse por cobardía á los españoles», como dijo en dos de sus famosas cartas, publicadas ya por nosotros en el Tomo I.

Para que sus tenebrosos trabajos sean conocidos, oigámosle dirigiéndose á O'Leary, á quien engañaba, como se verá después:

«Cuenca, á 5 de Setiembre de 1828.

«Señor Coronel Daniel F. O'Leary.

«Mi muy querido amigo:

«Ayer noche recibí la estimable carta de U. acompañada del pliego rotulado para el Ministro del Perú y de la particular del Libertador. En esta última he visto los objetos á que se dirige la comisión de U. y los muy justos motivos que han dado lugar á ella. Convento, pues, en el viaje de U. á Lima, y tengo fundadas esperanzas de que U. hará milagros en sus trabajos secretos, aunque nada espero favorable en las negociaciones que U. emprenda con el gobierno. El tiempo le hará confirmar á U. la justicia de mis opiniones.

«De acuerdo con el General Heres, me he tomado la libertad de suspender la remisión del pliego que U. me recomienda, porque hemos calculado que si U. espera los pasaportes del Gobierno del Perú para decidir su marcha, los resultados de su comisión van á demorar más de cuatro meses, en los cuales el ejército se destruirá infaliblemente

por la falta de recursos para subsistir en los pueblos del Sur. Por tanto, es más conveniente, que después que hablemos en Guayaquil, se embarque U. para el Callao y de allí solicite el permiso correspondiente para llenar su comisión: de este modo se ahorra el tiempo y se cumplen, á la vez, los deseos del Libertador. Si U. desaprueba la detención del pliego, por razones que no estén á mi alcance, de Guayaquil ofrezco dirigirlo con prontitud y seguridad. Sea cual fuere el modo de ver de U. en las presentes circunstancias, le suplico que tanto en sus negociaciones, como en todo lo que sea preciso combinar, no olvide ni por un instante *que el ejército no puede permanecer en el Sur, ni dos y medio meses más.* Esto es, mi querido amigo, lo que más complica mi posición actual con la voluntad reciente del Libertador y *es, también, la consideración más seria y formal que U. encontrará para cumplir debidamente su importante comisión.* En fin, el 13 ó 14 nos veremos en Guayaquil; y mientras esto sucede exijo de U. suspenda su juicio en todas las cosas.

«El señor Tamariz ha convenido en la solicitud, y me ofrece que el 8 marchará conmigo. Apruebo esta elección,

y creo que U. no tendrá jamás que arrepentirse de haberlo hecho.

«Adiós, mi querido Coronel O'Leary, hasta el 13, día en que tendrá el gusto de abrazarlo su invariable amigo que le ama de todo corazón.

*Juan J. Flores.»*

Flores detenía el pliego de que habla en su carta, por dar tiempo á que un documento que veremos luego, cayera en poder del Gobierno peruano. Ese documento era escrito y se hacía caer en manos del referido Gobierno, con el objeto de que la comisión de paz de que O'Leary estaba encargado, fuera rechazada, como en efecto lo fué.

Véase, entre tanto, cómo pensaba sobre la guerra el Gran Mariscal de Ayacucho.

«Quito, 7 de Octubre de 1828.

«Señor Coronel Daniel F. O'Leary.

«Mi querido amigo.

«Nada nuevo tengo que decir á U. Llegué á Quito el 30 por la noche, y en el tránsito he oído clamores repetidos contra la guerra con el Perú, porque ella es el origen de la miseria en que está el país, de la mayor pobreza que le espera y de las violentas y terribles exacciones de mulas, caballos, papas, trigo, ganado y en fin los reclutamientos sin excepción, tanto del vago y soltero como del hombre cargado de hijos. Esté U. entendido de esto por lo que importa á su comisión.

«Me permite incluir á U. ese pliego para el Gobierno peruano. Si U. quiere puede abrirlo y ponerle luego cualquier sello de Colombia, pues con este objeto va sin lacre.

«Escribo al General Heres, sobre algunos servicios que tiene U. que hacerme en Lima, y por lo que ruego á U. que tome todo interés, dispensando las molestias.

«Adiós: desea á U. el mejor éxito en su comisión su afectísimo amigo y servidor,

*Sucre.»*

---

El documento en que Flores atizaba la discordia, á que hemos aludido antes de copiar la carta que antecede, documento que cuidó de que fuera á dar á manos del Mariscal La Mar, haciendo dudar, con justicia, al Gobierno peruano hasta de la buena fe del Libertador, es el que copiamos en seguida:

«República de Colombia. — Comandancia en Jefe del Ejército del Sur. — Cuartel General en Cuenca, á 24 de Agosto de 1828.—18.

«Al Exemo. Señor General José María Pérez de Urdininea.

«Señor:

«En virtud de la invitación del Gobierno de Bolivia al de esta República, para que hiciese la guerra á la del Pe-

rú, he recibido órdenes para abrir inmediatamente la campaña, obrar decididamente y en combinaci3n con las fuerzas del mando de V. E. En su cumplimiento, dentro de dos meses, contados desde la fecha, 3 habré destruido la fuerza que manda el General Plaza, 3 lo obligaré á retirarse, y de todos modos ocuparé el Norte de Lima.

«Convendr3a al pronto 3 infalible buen 3xito de las operaciones, que mientras yo obro por esta parte, se sirviese V. E. hacer otro tanto por el Sur, 3 al menos entretener poderosamente la atenci3n del enemigo; porque preveo que desembarazado 3ste despu3s de los tratados celebrados con V. E. el 6 de Julio en Piquisa; y contando con la movilidad que le proporciona la posesi3n del mar, el ej3rcito del General Gamarra podr3a dentro de muy pocos d3as y con mucha facilidad reforzar el de Plaza, y aunque esto no cambiar3a los resultados de la guerra, podr3a dilatarlos multiplicando los sacrificios de pueblos inocentes que yo quisiera (á todo trance) evitar.

«Por el contenido de esa nota, vendr3a V. E. en conocimiento que la dirijo á pesar de que por los tratados de V. E. con el General Gamarra, á que me refiero, la invasi3n á Bolivia ha tenido

un término, que ha hecho deponer las armas á los contendientes; mas unido en sentimientos á los de mi Gobierno, he esperado de la lealtad y resolución de V. E., que no dejará comprometidas las armas de Colombia que van á brillar en el Perú, sólo por dar á su fiel amiga Bolivia, una prueba del alto grado de interés que toma en su suerte. (1)

«Las circunstancias en que calculo se halla esa República me han dictado la reserva de no dirigirme á V. E. por el Ministerio respectivo, como debiera hacerlo fuera de este caso.

«Con sentimientos de alta consideración, tengo el honor de suscribirme al de V. E. — Excmo. Señor. — Su muy atento, muy obediente servidor.

*Juan José Flores*»

---

El historiador don Pedro Fermín Cevallos, á pesar de la timidez que se nota en todas sus apreciaciones, no puede menos que dejar comprender las

---

(1) La falsedad de esta aseveración está comprobada con todas las cartas de Flores que antes hemos copiado. (N. del A.)

inicias maniobras de Flores, en esta época de horror y maldición. A través del lenguaje revesado y confuso de Cevallos, descúbrese esa verdad, que el antiguo Ministro de Urbina deja apenas entrever; pero que nosotros aclararemos con notas donde sea menester.

Cevallos se expresa de este modo, en las páginas 309 y 310 del tomo IV de su obra:

«Entre tanto, las operaciones hostiles del Perú continuaban cada día más apremiadoras. Engañado el General La Mar por algunas cartas insidiosas de falsos amigos (1) ó por las de varios de sus parientes de Guayaquil y Cuenca, que le daban á entender que las huestes peruanas serían fraternalmente recibidas en la Colombia meridional, cuasi ya no desconfiaba de anexarla al Perú. Provino, sin duda, de esta persuasión el que no quisiera aceptar ni la mediación del Mariscal Sucre, ni recibir después al Coronel O'Leary, comisionado de Bolívar (2) con el encargo de ajustar

---

(1) Ya hemos leído esas cartas y acabamos de pasar la vista por un documento concluyente al respecto. (N.º del A.)

(2) No recibió á O'Leary, porque lo creyó pérfidamente enviado para adormecer al Gobierno peruano, en vista de la nota de Flores á Urdinenea. (N.º del A.)

una suspensión de armas, como preliminar que luego había de influir en los ánimos hasta dar con un arreglo definitivo y honroso para ambos pueblos. Ya vimos en qué sentido le dirigió el Coronel Obando aquella traidora carta, movido de su desafecto por el Libertador, y era lengua entre los pueblos del Sur que también los Generales Flores y Luis Urdaneta, el primero por ambición y por aumentar las probabilidades del triunfo, y el otro llevado de su mala índole y no más que por mantener la guerra, aconsejaban, secretamente, que se escribiese al Perú en el mismo sentido. El tiempo que unas veces todo lo envuelve entre tinieblas, pero que otras llega también á esclarecer lo más oculto y reservado, denunciará á la historia quiénes fueron los que se prestaron á informar á los gobernantes del Perú tan falsa como insidiosamente» (1)

Sucre, entre tantos, no se cansaba de gestionar en pro de la paz. Compare el lector la nota de Flores á Urdininea y su carta á O'Leary, con la siguiente carta del Gran Mariscal:

---

(1) El tiempo ha denunciado ya á Flores. Nadie dudará de nuestra afirmación, en vista de los documentos que llevamos publicados. (N. del A.)

«Quito, á 14 de Diciembre de 1828.

Sr. Coronel Daniel F. O'Leary.

Mi amado Coronel y buen amigo: . . .

«Ud. me pregunta qué hará respecto á su misión al Perú; y sino fuera por nuestra amistad, le respondería que no sé; mi franqueza en dar algunas opiniones, *me ha costado disgustos y yo quiero ahorrar los que pueda en mi molestosa situación.* (1) Llenando, pues, aquel deber de amistad y el de mi patriotismo, diré á Ud. que la guerra con el Perú es un fuerte obstáculo para nuestra organización interior. (2) Si hay algún modo *muy decente* de negociar la paz, debe aprovecharse. Yo no veo por aquí nada, nada, ni aún sistema para llevar al cabo esa guerra, ni para nada. Soy el primero que tiene rencores con la administración de Lima; pero no veo cómo es que se la refrena, cuando ni

---

(1) Se refiere á los chismes de Flores á Bolívar, que había tenido que desvanecer. (N. del A.)

(2) Hablaba de toda la República de Colombia; pero Flores se figuró, seguramente, que sólo se refirió á los departamentos del Sur y por eso lo mató. (N. del A.)

hay sistema, ni casi objeto, ni hay medios, etc. Se ha echado la carga toda de la guerra del Perú, á los tres descontentos Departamentos de la frontera; y el resto entero de la nación no puede habilitar una fragata que mandar al Pacífico. Yo no entiendo esto. (1)

“Por tales consideraciones y mil otras de diferentes especies, se persuadirá U. de que no debo ni puedo tomar el mando del Sur. Explicaría á la voz mil y mil motivos para ello; pero nunca le haré por la pluma, y aún ruego que esta carta sea sólo para U». . . . .

. . . . .

*Sucre.”*

Los documentos reproducidos, ponen, una vez más de manifiesto, la falsía del carácter maquiavélico del barbero de Boves y asistente de Calzada.

Abusando de su posición, Flores detiene las comunicaciones de paz del emisario de Colombia y hace conocer del Gobierno peruano, en vez de esas

—

—

(1) ¿Ni cómo había de entenderlo, si en su nobleza no alcanzaba á desentrañar la infamia que envolvía el proceder de Flores? (N. del A.)

comunicaciones, que habrían evitado, seguramente, la guerra, la pérdida nota que dirigió al alto personaje político de Bolivia, incitándolo á atacar á una nación hermana, que acababa de verter su sangre, junto con Colombia, en los campos de batalla de la magna epopeya de nuestra independendencia.

Que la nota á Urdininea fué pasada con el infame objeto de que cayera en poder del Gobierno del Perú, pruébalo el que el señor Odriozola la publica en su colección, entre los documentos interceptados; y esto explica perfectamente, también, el fracaso de la misión de O'Leary. El Gobierno peruano tenía que juzgar doble é insidiosa la conducta del Libertador, en vista de un documento que,—digámoslo con Suere,—respiraba fuego y guerra.

¡Época aciaga aquella para Colombia y el Perú!

El recto juicio del lector tiene que comprender quien fué el que “aconsejó, secretamente, que se escribiera para el Perú en el sentido de la guerra á todo trance”.

La sangre derramada en la campaña fratricida que terminó en Tarqui, cae, aun caliente, sobre la cabeza del héroe fatídico de aquella guerra dolorosa, que

fué el principio de innumerables calamidades de todo género.

¡Hoy mismo sufrimos las consecuencias de esas calamidades, los que tenemos que peregrinar, buscando pan en el destierro, sin poder pisar la amada tierra de nuestros mayores, por temor de correr la suerte de Merchancano, de Halle, de Echanique, de Sucre, de mil más; ó la de Leopoldo y Alfredo González, de Vargas Torres, de Viteri, de Pinillos, de toda esa larga lista de víctimas, en fin, sacrificadas por el furor sanguinario de los hijos y los herederos de Flores! . . . . .

Apenas tuvo noticia el Gobierno de Colombia del combate naval de *Malpelo*, y del arribo á Guayaquil del General Sucre, le nombró jefe superior del Sur y Supremo Director de la Guerra. Esto tenía que herir é hirió profundamente á Flores; pues aun cuando comprendía que su insignificante persona no podía aspirar á medirse con la del Gran Mariscal, que era, después de Bolívar el astro de mayor esplendor entre los que decoraban el firmamento de la Libertad; la protección de Bolívar le tenía engreído y le había hecho suponer, seguramente, que el Libertador pospondría la

honra y los intereses de Colombia, á las ambiciosas miras de uno de sus más bajos lacayos.

La carta en que Bolívar anuncia á Sucre su nombramiento, contiene los siguientes interesantes párrafos:

*«Bogotá, Octubre 28 de 1828.*

«Señor General Antonio José de Sucre.

«Mi querido General:

«Bendito sea el día en que Ud. llegó á Guayaquil! Yo temía todo por la suerte de Ud. y también lo espero todo de su regreso. Ojalá que sea U. más dichoso que los héroes de la Grecia, cuando tornaron de Troya! Quiera el Cielo que Ud. sea feliz en los brazos de su nueva Penélope!

«Dirijo á Ud. un extraordinario, que lo es el doctor Merino, con el objeto de llevarle á Ud. estos pliegos: ellos contienen el nombramiento de Jefe absoluto del Sur. Todos mis poderes, buenos y malos, los delego en Ud. Haga Ud. la guerra, haga Ud. la paz; salve ó pierda al Sur, Ud. es el árbitro de sus destinos, y en Ud. he confiado todas

mis esperanzas. Tome Ud. por base de sus operaciones la naturaleza de las cosas, y que el interés instantáneo sea el genio de sus inspiraciones. Que obren, pues, las circunstancias y se deje Ud. arrastrar por ellas, como de un impulso irresistible. Si así lo hiciere Ud. nunca será culpable y siempre habrá acertado. No hay remedio: el destino debe guiarnos. En cuanto á mí, pienso que la gloria es mil veces preferible á la felicidad, y que la vindicta de Colombia pesa más en mis balanzas que los viles goces de la vida”.....

.....

“*Bolívar.*” (1)

Nunca se expresó Bolívar con más sinceridad, nunca fué más justo.

Anticipadamente había participado á Flores esa misma medida; pero conociéndolo, porque un hombre superior conoce perfectamente á todos los que le rodean, por más que lo disimule, le decía lo que va á leer el lector.

Pero antes de copiar la carta de Bolívar, permítasenos hacer una sola re-

---

(1) O’Leary, Tomo XXXI, pág. 230.

flexión. El Libertador que se había equivocado al principio respecto de Flores, comprendió pronto cuánta era la vanidad y la ambición de ese número genízaro del crimen; y temeroso por Colombia, por Sucre, por él mismo, trató de contemporizar con aquel á quien creía capaz de cualquiera indignidad, por conservarse en el puesto que en mala hora le fué confiado.

Ahora, he aquí la carta:

*«Bogotá, 8 de Octubre de 1828.»*

«Señor General Juan José Flores:

Mi querido amigo:

.....

«El General Sucre deberá haber llegado ya, y el nombre de este personaje, con sus relaciones en el país, podrá mitigar el encono de los agraviados con justicia ó sin ella. Yo le he nombrado, pues, para que mande en Jefe ese ejército; y esté Ud. persuadido de que no le privo de la menor gloria, pues que no hay ninguna que ganar en el miserable estado de las cosas. Diré á U.

de una vez, que pára evitarle una catástrofe doy á U. este sucesor. (1) . . . . .

. . . . .

«Bolívar».

Apenas tuvo conocimiento Flores de esta novedad desgraciadísima para él, voló á Quito, con el objeto de persuadir al abnegado Mariscal de que no debía tomar el mando del ejército. Obtenida esa promesa, escribió este hombre infernal á Bolívar, diciéndole que él y sus amigos, no habían podido persuadir al General Sucre de que debía hacerse cargo del alto puesto que el Libertador le había designado. Agregaba que, debido á esa negativa, retenía la jefatura superior del Sur y se consideraba *obligado á conservar el ejército y defender el país!* Y cómo han explotado todas estas falsedades los hijos y herederos de Flores, especialmente el autor de «Isidorito»!

---

(1) La catástrofe que el Libertador quería evitar á Flores, era la vergüenza de una derrota; maniéstale claramente en la carta que acabamos de copiar. ¡Y todavía hablará el señor Antonio Flores del genio militar de su desgraciado padre! (N. del A.)

Pero las dos cartas que en seguida reproducimos, ponen en claro la infame superchería, la cobarde mentira, el cinismo sin igual de Don Juan José Flores.

---

*«Quito, á 26 de Noviembre de 1828.»*

«Excmo. Señor Libertador Simón Bolívar, etc., etc.

«En marcha para esta ciudad recibí en Ambato una carta del General Sucre anunciándome su nombramiento de Jefe Supremo y lo decidido que estaba á no admitirlo. Llegué aquí y el General Torres me entregó la interesante carta de V. E. que confirma la del General Sucre. El mismo día hice cuanto estuvo de mi parte para persuadir á este General que debía cumplir el orden de V. E.; mas todo fué en vano, porque se resistió de un modo invencible. Hablé entonces al General Torres, al Coronel Demarquet y al doctor Torres, para que reunidos instasen al General Sucre y lo convenciesen de que yo no podía continuar en

el mando contra la verdadera intención de V. E. Ellos accedieron; pero el General estuvo por la negativa. Confieso á V. E. que pensé retirarme á mi casa y encargar del mando al General Heres, creyendo que de este modo comprometería al General Sucre; y sin duda que lo habría hecho así, si no me hubieran obligado á desistir las súplicas de los amigos y la consideración de que pudiera creerme resentido, *y que esto acarrearía algún trastorno.* Así es que me considero obligado á conservar el ejército y defender el país hasta tanto nombra V. E. el Jefe que debe sucederme.

.....

*Juan José Flores».*

---

«*Quito, 18 de Diciembre de 1828.*

«*Al Sr. General Juan José Flores.*

«*Mi querido General y amigo:*

Estaba de viaje á Míndo, y regresé al instante que tuve una carta del In-

tendente, avisándome que un cuerpo de cuatro mil peruanos ha penetrado nuestras fronteras. Acabo de apearme y sé que sale un posta donde U.

*Seguiría mañana mismo á Cuenca, si el conocimiento que tengo de la revolución no me hiciera sospechar, que puedo ser más perjudicial que útil.* En nuestra conferencia aquí me dijo U. que llenando un deber de amistad me aconsejaba de no tomar el mando del ejército (1) porque muchos de los Jefes eran mis personales enemigos. *Sin averiguar qué quiso decir esto, me basta saber que U., que manda las tropas halló inconvenientes en que yo estuviera á su cabeza.* (2) Na apetecía entonces tal mando, ni lo quiero ahora; pero el honor y el patriotismo me inducen á repetir que estaré con las tropas al momento que U. me insinúe que puedo ser allí de algún provecho. En tanto debo refrenar cualquier deseo. Conoz-

---

8. (1) Acabamos de leer que Flores le dice al Libertador, que hizo cuanto estuvo de su parte, para obligar á Sucre á tomar el mando del ejército, lo que es completamente falso, pues nos parece que entre la palabra del Gran Mariscal y la del barbero de Boves no cabe ni aún la sombra de una duda. (N. del A.)

(2) ¡Pero que indigno era Flores! Leyendo esas frases el ánimo más tranquilo se subleva. (N. del A.)

co el corazón de los hombres, y diez y ocho años de tempestades revolucionarias, me han enseñado mi deber en estas circunstancias. Soy más patriota que ambicioso; y cualquiera que fuera la gloria que me resultara en rechazar la incurción con que nos amenazan, la sacrificaría siempre á la causa pública. Entiendo que cuatro mil soldados peruanos no son capaces de poner el Sur en el menor conflicto, cuando según lo que U. me dijo, tenemos en nuestro ejército siete mil hombres de los cuales mil están sobre Pasto y quedan cinco mil disponibles, que parecen suficientes á resistir doble número del de los invasores. No sucedería así si la discordia y el descontento se introdujeran entre nosotros. U. me ha asegurado que muchos Jefes son enemigos personales míos; y en estos tiempos de traiciones y maldades sería indiscreción y hasta falta de patriotismo ir yo repentinamente al ejército á dar motivo al menor disgusto, ó á la más pequeña disensión. Así, pues, si las noticias fueren más amenazantes, lo más que haré es acercarme á Riobamba para recibir los avisos de U. si es útil mi persona, en las fronteras.

«Hasta ahora lo que he visto en su

carta al Intendente es que Ud. me pida consejos; y no seré presuntuoso para darlos, ni excusaré tampoco dar mis meras opiniones» . . . . .

«No pienso que es bueno abandonar á Cuenca; creo que el enemigo debe esperar á las puertas de esa ciudad hasta donde hay distancia suficiente para que ningún derrotado repase el Macará. La llanura de Tarqui es buen campo de batalla, á la parte de allá hay una fuerte posición que yo ocupé cuando venía á la campaña de Pichincha; pero que no puede conservarse mucho por falta de agua. El abandono de Cuenca facilitaría al enemigo reponer sus caballos, descansar sus tropas, reunir sus hospitales, y en fin reparar sus pérdidas como lo hice el año 22. A lo más creo que si no hay tiempo, deberíamos perder el Cañar, pero nunca venir á este lado del páramo del Azuay» (1). . . . .

«Cualesquiera que sean los peligros, si tenemos, como Ud. me dijo, siete mil soldados de que siquiera seis mil sean disponibles, yo no sospecho el menor

---

(1) Ya el lector conoce este párrafo; lo publicamos en el Tomo I (N. del A.)

cuidado, con tal que el ejército sea fiel. La lealtad de la tropa es hoy el punto de toda la dificultad. Si podemos contar con ellas, nuevas victorias nos aguardan. No acabaré sin repetir que Ud. valore la conservación de Guayaquil, si hay graves peligros; y el estado en que quedan sus guarniciones aisladas y casi abandonadas; que Ud. medite sobre concentrar las fuerzas, si hay riesgo, ó tenerlas divididas y presentarlas al enemigo en detall.

«Después que he tratado de todo, me resta añadir que será bien hacer depósitos en Riobamba. Cuando se trata de la defensa de la patria nada hay reservado; y no dudo que los ciudadanos se presten todos á socorrer al ejército. De mi parte nada tengo que ofrecerle sino mi persona; pero gobierno los bienes de mi mujer y con ellos puedo auxiliarlo. Si el ejército necesita ganados en Riobamba, avísemelo Ud. oficialmente; y en el acto irá para allá todo el de ceba que tengamos en Chisinche; más hay en Chillo y pronto tendremos papas en Turnbamba. Dinero no tengo, y Ud. lo sabe. Mi oferta no es un cumplimiento; pues así como declaro que me irritó que sin urgencia y estando yo ausente molesta-

ran á mi mujer con un empréstito forzoso cuando no tenía dinero, así también declaro que mi oferta es ingenua, tanto por patriotismo, como porque, cuando se trata de defender la patria, ningún sacrificio es sacrificio.

«Concluyo esta carta repitiendo que á la menor insinuación de Ud. estaré en el ejército; y que Ud. que es viejo soldado, medite cuánto tengo que violentarme para permanecer aquí, cuando hay algún peligro; y para obedecer á los preceptos de la delicadeza estando en cierta manera en contradicción con el honor ó sea con el amor propio. Reitero también que el abandono de Guayaquil es en el concepto de un riesgo por el Macará, porque insisto que de ningún modo nos debemos dejar batir en detall. La conservación y el triunfo del ejército es la base de la existencia de los pueblos.»

.....

«A. J. de Sucre».

El Gran Mariscal no pudo, pues, aun cuando el ejército invasor había ocupado Loja, hacerse cargo inmediatamente de la dirección de la campaña.

Se lo impidieron las intrigas de Flores y su inicua resistencia para reconocer un superior. Comprendía perfectamente que el nombre y los hechos de Sucre relegarían á la obscuridad de donde salió, por desgracia, á un soldado sin valor, sin ilustración, sin talento como él.

¡Y eso no podía convenirle de ninguna manera!

¡Necesitaba oro, poder y sangre; sangre sobre todo, porque no se había hartado todavía de ellá!

Las siguientes cartas, además de la ya copiada de Sucre, manifiestan cómo es cierto cuanto hasta aquí llevamos dicho:

*«Quito, á 22 de Diciembre de 1828.»*

Señor Coronel O'Leary.

Mi querido Coronel y amigo:

«Al tiempo que iba á escribir á Ud. para contestar su carta del 12, recibo la del General Flores del 18, en Alausí; y como todo lo que iba á decir á Ud. relativo á las cosas públicas y de la guerra lo escribo ahora mismo al General

Flores, creo inútil hacer repeticiones, puesto que Ud. verá esa contestación.

«Sólo añadiré que estando Ud. al lado del General Flores, y por tanto impuesto de las operaciones del enemigo y del peligro que haya, quisiera que me diga Ud. con el candor de un viejo amigo su parecer de si debo ir ó no para el ejército. Yo estoy pronto á marchar; pero ni sé qué hacer cuando de un lado el honor y el patriotismo me llaman allí, y de otro considero que hay ó *median circunstancias, que pueden hacer mi presencia más perjudicial que útil.* En fin, puesto que el enemigo, que se ha presentado, marcha tan lentamente que me permite aguardar las contestaciones del General Flores, quiero también que Ud. que está sobre las cosas y que lo vé todo; me diga bajo el sagrado de la amistad, lo que Ud. opine que deba hacer. Es inútil exigirle sinceridad, cuando estoy persuadido que es Ud. mi amigo.

«Como tal me repito invariable y me ofresco siempre, su apasionado,

*Sucre*»

---

«*Quito, á 28 de Diciembre de 1828.*

«Señor Coronel Daniel F. O'Leary.

«Mi querido Coronel y amigo:

«Acabo de apearme viniendo de Ohi-sinchi, á donde me fuí á pasar las Pascuas; y no sé qué noticias haya después de las que U. me comunicó del Cañar el 21, y cuya carta recibí al momento en que salía para mi viaje.

«Aquí estaba y acaba de venir el Intendente á verme; me dice que ha recibido expreso del General Flores en que le participa la certeza de la invasión del ejército peruano, que había ocupado á Loja y avanzado dos cuerpos hasta las Juntas.

«Contemple U. mi ansia por tener una contestación del General Flores, en que terminantemente me diga si debo ó no ir para el ejército. Por fortuna me ha anunciado el General Torres que según la carta de Flores, éste asegura que ni en veinte días se moverán los peruanos de Loja; y tanto que supone habrá tiempo de que lleguen á Cuenca *Pichincha* y *Húsares*. Esto me consuela, porque me prometo recibir

en esta semana (hoy es domingo) la respuesta del General Flores á mi carta del 18, que llevó el Comandante Ayardeburo. Si es útil mi presencia en el ejército, marcharé en el instante, pues á cualquiera hora estoy pronto» . . . . .

«Sucre».

---

«Quito, á 7 de Enero de 1829.

«Señor Coronel Daniel F. O'Leary.

«Mi apreciado Coronel y amigo:

«La carta de U. de 26 de Diciembre necesita una larga contestación, que no puedo dar en el correo de hoy; así tengo que contraerme al oficio y carta que escribí ayer al General Flores. Véalos U., y ellos servirán en la parte esencial, de respuesta á lo que podía decirle relativamente al asunto de mi ida al ejército.

«De resto, manco, vejado ó de cualquier manera, consentiré muy contento en ser soldado colombiano para defen-

der la Patria con un fusil en la mano, si puedo manejarlo; pero me queda bastante y quizá demasiado orgullo, para consentir hacer en el ejército el papel de López Méndez en la tercera división. De otro lado soy demasiado patriota para comprometer los intereses de la República y las glorias del Libertador, por pequeñas y muy mezquinas ambiciones. Así es que en cuanto al General Flores es sincera y cordialmente» . . . . .

«Sucre».

El General Illingworth, Comandante General de Guayaquil, escribió á O'Leary, con fecha 23 de Enero, una carta confidencial y en posdata le dice:

«He recibido carta del General Sucre, en que me habla de la determinación del Libertador relativa al mando. Obedecer la voluntad del Libertador debe ser un artículo de fé en sus amigos, como que es en pro de nuestra propia salvación. Así el mismo Sucre y mi compadre (Flores) tienen que hacer ambos los sacrificios más gratos para un corazón verdaderamente patriota, y no

dudo que todo se allane, porque el campo de la gloria es bien ancho en el día!!

*Illingworth.*

Todas las cartas anteriores están copiadas del tomo cuarto de las «Memorias del General O'Leary».

Sobre este particular, dijo don Pedro Moncayo, en un artículo fechado en Junio de 1882 y publicado en «La Estrella de Panamá»:

«Los peruanos habían atravesado el Macará y venían avanzando con una preponderancia notable. El Libertador se apercibió del peligro, y para conjurarlo creyó conveniente nombrar Director de la Guerra al General Sucre. Este nombramiento exasperó á Flores y á sus amigos, y se reunió una junta de guerra con el objeto de deliberar si convenía ó no obedecer el decreto del General Bolívar. Antes de la deliberación dijo el General Braun, Comandante General de Caballería: «Si no se recibe con los honores y respetos debidos al Gran Mariscal de Ayacucho, dispersaré la caballería y me retiraré á Bolivia». «La actitud decidida de este

Jefe, impuso silencio á los amigos de Flores, y los que no lo eran, reiteraron la protesta del General Braun».

Pero don Antonio Flores pretende obscurecer la verdad, y se atreve á decir lo que á seguida copiamos, falseando escandalosamente los hechos:

«La espontaneidad con que Flores aceptó los servicios de Sucre en el ejército: aceptación atestiguada por la carta de Flores y de O'Leary (el plenipotenciario del Libertador) escrita en Ouenca el 11 de Enero de 1829, un mes y diez y seis días antes de la batalla de Tarqui, dada el 27 de Febrero de aquel año. Dijeron á Bolívar:

«Tenemos que hablar ahora del General Sucre. Inmediatamente que supo la invasión de los peruanos ofreció bondadosamente sus importantes servicios que aceptamos con agradecimiento. Lo esperamos aquí dentro de pocos días».

Simplicidad y grande, sería suponer, que Flores, hecho General de Brigada por su adhesión criminal á la dictadura; Flores, un desdichado sin más nombre que el que sus atentados de Pasto le habían dado, pudiera obligar á Sucre á ofrecerle sus servicios, á él, al barbero de Boves, al asistente de Cal-

zada, al sirviente en el cuerpo de sanidad de los españoles, al autor de los *matrimonios* de Guáitara, al asesino de Merchancano! Horror!

¡E indigna calumnia levantada á la Historia de que Flores *aceptara* esos desinteresados servicios!

¿Pues no acabamos de leer una carta de ese mismo Flores en la que afirma que Sucre se negó á aceptar el mando? ¿Pues no acabamos de leer otras cartas de Sucre, en las que revela las intrigas de Flores para que no aceptara el puesto á que con tanta cordura lo llamaba Bolívar?

El 11 de Enero escribía Flores á Bolívar lo que hemos leído en la cita que hace el señor Antonio Flores; pero este señor debiera haber publicado también la siguiente carta de su padre, de 27 de Marzo de 1830:

*«Quito, á 27 de Marzo de 1830.*

*«A S. E. el General en Jefe Rafael Urdaneta.*

*«Mi muy querido General y amigo:*

*«En marcha de Guayaquil hacia esta ciudad recibí la estimable carta de U.,*

del 29 de Enero, y no tengo voces con qué poder expresar las dolorosas sensaciones que ella causó á mi corazón. Considero á U. lleno de amargura y desagradado de todo lo que pasa; hago á U. justicia en los sentimientos que le afectan, créame U. que participo de ellos porque soy muy buen amigo de U. YO TAMBIÉN TUVE DÍAS MUY DESPERADOS CUANDO EL LIBERTADOR ME MANDÓ A MI CASA POR DAR EL MANDO DEL EJÉRCITO AL GENERAL SUCRE; mas ya he olvidado todo y sólo me queda el azar y la experiencia.

*Juan J. Flores».*

Y sin embargo, el acápite del señor Antonio Flores, que acabamos de copiar, lo hemos tomado de la página 542 del libro que ha escrito sobre el «Asesinato» . . . . .!

No se tiene ni siquiera el pudor del crimen!

¡Oh cuánta iniquidad y cuánta infamia!

Pero terminemos aquí el presente capítulo y prosigamos nuestra interesante relación, después de descansar breves momentos.

## BATALLA DE TARQUI



Ofuscado, engañado, airado, indudablemente, el Gobierno del Perú con las intrigas del General Flores, Jefe Superior de los departamentos meridionales de Colombia y comprendiendo, quizá, la justicia del encono de Sucre, encono que no existió nunca, porque ninguna pasión innoble podía dominar al héroe de Ayacucho; y en su momentáneo resentimiento por los asuntos de Bolívar no hubo odio jamás; rechazó la paz con que el Gobierno colombiano le brindaba, y la guerra se llevó fatalmente adelante.

Presentóse en la ría de Guayaquil á mediados de Enero de 1829, la escuadra peruana, compuesta de la fragata «Presidente» que montaba cincuenta y

dos cañones; la corbeta «Libertad», con veinticuatro, el bergantín «Congreso» con veinte y la «Arequipeña» con catorce, ó serán ciento diez bocas de fuego. Había además otras embarcaciones menores de que no hacemos mérito. La escuadra iba mandada por el valeroso Contra-Almirante Guisse.

El General Flores había concentrado en el Azuay la mayor parte del ejército, engrosado con tropas que habían llegado de Bolivia. Propalaba, á voz en cuello, la especie de que iba á invadir el Perú. Guayaquil se encontraba, pues, casi se puede decir desguarnecido. Pero su defensa estaba encomendada al bizarro General Illingworth.

La escuadra peruana avanzó hasta colocarse al frente de la ciudad y el 22 de Enero rompió sus fuegos contra la batería de las «Cruces», continuando el bombardeo contra la ciudad en los días 23 y 24. Guayaquil, donde no había sino baterías improvisadas, resistió heroicamente la poderosa agresión. En el combate del 24 murió el Contra-Almirante Guisse y ocupó su lugar el Capitán de Navío Sr. Botterin, quien continuó el bloqueo, hasta que la necesidad obligó al General Illingworth á aceptar una honrosa capitu-

lación, que fué ajustada por los comisionados colombianos Coroneles Manuel Antonio Luzárraga y Juan Ignacio Pareja. En cumplimiento de aquella capitulación, la guarnición de Guayaquil se retiró el 1.º de Febrero á Daule.

Entre tanto el Presidente La Mar se puso á la cabeza del ejército invasor y por la vía del Macará penetró en el departamento del Azuay. El primer boletín del ejército peruano, que se publicó, está fechado en Loja el 28 de Enero de 1829. En esa ciudad nombró La Mar, como Supremo Director de la Guerra que era, al Mariscal Gamarra, General en Jefe de las tropas del Perú.

D. Pedro Moncayo dice en su compendio histórico, lo siguiente:

«Los peruanos iban halagados con la esperanza de conquistar los departamentos del Guayas y del Azuay. Ocho mil soldados bien organizados y equipados se creían capaces de llenar esa misión importante.

<sup>24</sup> «Venía á la cabeza de ese ejército un militar prestigioso, de reputación europea y de fama deslumbradora. Un héroe de Ayacucho, que había compartido con el General Sucre las glorias de esa brillante jornada. Querido y respetado por sus virtudes cívicas, el

General La Mar era caudillo digno con la confianza con que le había honrado su patria adoptiva. Tenía, además, relaciones muy importantes en los departamentos anteriormente citados y, contaba con numerosas simpatías entre los suyos y los extraños. Los peruanos esperaban de un momento á otro la aclamación del General La Mar y el pronunciamiento de los pueblos fronterizos en favor del Perú. Las apariencias eran lisonjeras. El ejército colombiano no daba señales de su existencia y se mantenía alejado de los pueblos fronterizos, dejando que el enemigo aprovechase de sus recursos. Y con este motivo se hablaba de la diferencia enorme entre el General La Mar y el General Flores, que mandaba en Jefe el ejército colombiano. Militar obscuro se decía, que jamás había dirigido una campaña ni mandado en Jefe una batalla en la magna guerra de la Independencia. Odiado y detestado en su patria por las intrigas y felonías, que había cometido en favor de la dictadura, no puede oponer una resistencia tenaz al ímpetu de tropas entusiastas y ansiosas de medirse con los famosos veteranos del ejército enemigo».

Continuó el ejército invasor avanzan-

do hasta Saraguro, sin encontrar resistencia ni obstáculo de ninguna clase. El General Flores, que tenía su cuartel General en Ouenca, después de abortado su plan de no entregar el mando del ejército de Colombia al Gran Mariscal de Ayacucho, tuvo que desistir de abandonar el rico departamento del Azuay, como lo intentó, cosa que dejamos abundantemente comprobada en las últimas páginas del Tomo I; y atribulado, confundido, anonadado por una situación superior á sus aptitudes, á sus méritos (si es que alguno tenía) y á sus conocimientos militares, de los que tan triste idea había dado en Pasto, apeló al recurso, para él verdaderamente salvador, de entregar la dirección de la guerra á Sucre, que había sido nombrado para ese puesto por el Libertador, desde Octubre de 1828. Eso salvó al ejército de Colombia, y perdió al ejército peruano. Sucre era el primer capitán americano: Pichincha y Ayacucho bastaban ya para su gloria y nombradía. Pero si Flores hubiera continuado á la cabeza del memorado ejército, La Mar lo hubiera vencido sin esfuerzo. Como que La Mar era, después de Sucre, uno de los Generales más ilustrados de esos tiempos.

Don Pedro Moncayo dice, como ya hemos visto antes:

«El General Sucre llegó á Cuenca y supo con sorpresa que en una junta de guerra anteriormente celebrada, Flores se había propuesto abandonar el departamento del Azuay y concentrar las fuerzas en la provincia del Chimborazo. El Gran Mariscal declaró que iba á tomar la ofensiva, para rechazar la invasión del ejército peruano». Afirmación que corroboramos en nuestro tomo anterior (pág. 150 á 160), con un oficio de Urdaneta, dos notas del Secretario General del Presidente del Perú, don Mariano Castro, y una proclama del mismo Flores á los habitantes del Azuay.

Sucre llegó á Cuenca el 27 de Enero de 1829 y al día siguiente ofició al Presidente La Mar, buscando aún un avenimiento pacífico.

«Presento á V. E. estos sentimientos de conciliación, dícele, en el momento en que atraído V. E. por los ardides del General en Jefe del Ejército del Sur (1) á nuestro territorio, se halla comprometido á una batalla cuyas probabilidades no están en su favor».

---

(1) Alude á Flores.

Dió por resultado este paso, que el Comisionado colombiano O'Leary, presentara una *Minuta de bases para una negociación de Paz, entre las Repúblicas de Colombia y el Perú*, que está fechada el 3 de Febrero de 1829 en el cuartel general de Oña. El Presidente La Mar rechazó esas bases; mas por insistencia de Sucre, nombráronse comisionados de una y otra parte, que tuvieron dos conferencias infructuosas: una el 11 en el río Saraguro, y el 12 otra en el campo de Paquichapa.

Sucre, en vista de lo estéril de sus esfuerzos en favor de la paz, dispuso salir de Cuelca, donde dejó una escasa guarnición compuesta casi en su totalidad de enfermos é inválidos, y avanzó al encuentro del ejército peruano. Los dos ilustres Generales se ocuparon en concentrar sus tropas; y La Mar que era nativo de Cuenca, y Sucre que había recorrido ese territorio durante la campaña contra los realistas en 1822, se fijaron simultáneamente, como ya lo habían expresado en cartas y documentos públicos, en el campo de Tarqui, para reñir la batalla sangrienta que se preparaba.

Una columna peruana mandada por el Coronel Paulet expedicionó audaz-

mente sobre Cuenca, que ocupó el 10 de Febrero, después de un reñido combate sostenido con la escasísima y valerosa guarnición, que tuvo al fin que rendirse, mediante capitulación honrosa. Cayeron prisioneros allí el General Vicente González y el Comandante Federico Valencia, que mandaba la reducida falange colombiana. Paulet abandonó la ciudad al día siguiente (el 16 dice equivocadamente Cevallos) y se replegó á su cuartel General.

Frustradas las negociaciones del todo y rotas ya las hostilidades, éstas continuaron con rapidez.

En la madrugada del 13 de Febrero, una columna volante de infantería y caballería á órdenes de los Coroneles Luis Urdaneta, Manzano, Luque y León cruzó el río y sorprendió y repelió á la guarnición peruana, que vivaqueaba en Saraguro, apoderándose en esta primera acción de un abundante parque. Urdaneta cometió la atrocidad nunca bastante censurable, de mandar reducir á cenizas las casas de ese pueblo desgraciado. El instinto destructor de la fera se sobrepuso en esa ocasión, á la inteligencia del ser racional en el Coronel Urdaneta . . . . . Verdad es que Flores, como General en Jefe del ejér-

cito, le había dado orden de proceder de aquella bárbara manera.

Ambos ejércitos continuaron manobrando hasta el 27 de Febrero, en cuya mañana se dió la batalla de Tarqui, aquella terrible batalla que dejó tendidos en el campo los cadáveres de dos mil hermanos. ¡Ay, aquel día, Caín, encarnado en Flores, se regocijaba de ese triunfo, buscando con tan perseverante crueldad, con tan inicuas intrigas, de que fueron víctimas dos pueblos, unidos por sagrados lazos como Colombia y el Perú.

No se había disipado aún el humo del combate, cuando el vencedor, el magnánimo Sucre, envió un heraldo á La Mar, á ofrecerle la paz, con las mismas condiciones que se la había ofrecido antes de la victoria en Oña. Al consignar este dato, parécenos estar relatando sucesos de la caballerézca época de Rolando ó de Bayardo. Así también entonces los paladines tendían la mano al enemigo vencido; le ayudaban á curar sus heridas, le ponían sobre la silla de su corcel de batalla y ellos mismos le conducían á donde no hubiera riesgo de ninguna clase. Entonces, en la época de la caballería, del honor y de la gloria, aquel compo-

miento merecía la aprobación de Reyes y Emperadores; y los poetas dedicaban sus mejores cantos á esos bizarros paladines.

¡Por qué los que amamos todos esos ideales que han muerto con la vieja poesía, no hemos de sentirnos profundamente emocionados, en presencia de dos guerreros como Sucre y la Mar, honra y prez de nuestra historia, que parecen arrancados de un lienzo de Van Dyck ó de una página del «Orlando» de Ariosto?

¡Y por qué no hemos de detenernos á repetir los versos de Núñez de Arce?

«¡Nuestros padres con ánimo sereno  
buscaron en los campos de pelea,  
algo fecundo, provechoso y bueno. . . . !  
Nosotros, sumergidos en el cieno,  
no encontramos ni un hombre ni una idea!»

¡Por qué no repetirlos, si ellos encierran una verdad dolorosa y terrible; pero innegable?

Aceptada la generosa proposición, al día siguiente se firmó un convenio de paz en Girón, entre los comisionados peruanos Generales Gamarra y Orbeagozo y los colombianos, Generales O'Leary y Flores; pues O'Leary, el bizarro edecán del Libertador, fué as-

cendido por Sucre en el campo de batalla á General de Brigada, como lo fué Flores á General de División.

La generosidad del Gran Mariscal con Flores, no tuvo límites, ya por su natural bondad, ya porque «el interés público exigía que se presentaran cordialmente unidos», como lo expresó la pobre víctima á su futuro victimario, en la carta que le dirigió con fecha 27 de Octubre, que hemos reproducido en uno de los capítulos anteriores.

Sucre y La Mar ratificaron el tratado de Girón el 1º de Marzo.

Del caudillo vencido, á quien tantas acusaciones se ha hecho apasionadamente, se expresa de un modo bastante duro don Pedro Moncayo. Su patriotismo, que el historiador sólo debe tener en cuenta para defender la verdad, le arrastra á pesar suyo, según puede verse en el acápite siguiente, en el que sin embargo de su severidad para con La Mar, el señor Moncayo dice de él todo el bien que puede:

Léase dicho acápite.

«Sensible es decirlo, pero necesario, que el General La Mar fué castigado cruelmente por los hombres que le habían inducido á traicionar á su patria. Desprestigiado por la derrota, lo desti-

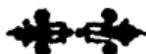
fuyeron de la presidencia y lo expulsaron del territorio peruano. . . . .

«En Colombia, La Mar habría sido una columna contra los enemigos de dentro y fuera de la República. Sucre y La Mar habrían dado largos años de paz, y el crimen de Berruecos no habría privado á la patria del más desinteresado y virtuoso de los héroes.»

El proceder de La Mar es por muchos conceptos excusable; más que excusable, el único que la dignidad y el honor le marcaban. Era Presidente constitucional del Perú y debía ser leal á su puesto, á su nombre y á los compromisos contraídos con su generosa patria adoptiva.

Por otra parte, demostrado dejamos, hasta la saciedad, que no fué él el causante de la guerra:—Cúlpese de aquel choque inmoral y fratricida á Flores, sólo á Flores, que con sus manejos indignos y sus maquiavélicas intrigas, engañó á Bolívar, á Sucre y á La Mar; y los engañó no porque tuviera un talento superior, sino porque á la distancia en que se encontraban de Flores, tenían que creer todas las juveniciones del Jefe Superior del Sur, en quien el Libertador creía ver un agradecido.

servidor, Sucre un *amigo* «porque el interés público así lo exigía», y La Mar un delegado de Bolívar, un General de Colombia que procedía por las instrucciones que se le daban. Y entre tanto, Flores, ambicioso de oro y poder, era todo lo contrario. ¡La historia tiene unas ironías espantosas!



# TENTATIVA DE ASESINATO

---

## FLORES Y LUQUE

---

No es posible, desgraciadamente, hacer en esta rápida ojeada las apreciaciones y juicios filosóficos que de los acontecimientos se desprenden.

Para abreviar, nos sujetamos, casi, en el presente tomo, como habrá visto el lector, á copiar párrafos y líneas de documentos intachables aun para los hijos del General Flores.

En nosotros, repitámoslo una vez más, no hay inquina contra Flores: hay cólera justa, cólera santa, cólera incontenible, que estalla como un volcán, contra el autor de tantos crímenes ho-

rrendos, cuya memoria debiera execrarse en América, en el mundo entero; y en defensa del cual, sin embargo, hay quien osa salir, existiendo todavía un Gobierno bastante generoso, por no decir otra cosa, que le guarda consideraciones de todo género; prensa que no quiere publicar la verdad y prócer de la Independencia que niega esos crímenes, bien que tenemos que suponer que procedió así porque los ignoraba y, sobre todo porque no conocía los sangrientos insultos de Flores contra su patria.

Para estudiar mejor la verdad de los sucesos desarrollados después de Tárqui, vamos á copiar algunos documentos pertinentes á nuestra relación, y á hacer algunas citas indispensables á la mayor claridad de este libro. En esas citas y esos documentos, encontrará el lector fielmente retratada la verdad, á tal punto, que por más empeño que el señor Antonio Flores ponga en oscurecerla, ni sus relaciones con «Las Novedades» de Nueva York, ni sus comunicados á «El Fígaro» de París, ni las bendiciones del romano Pontífice, lograrán lavar el nombre que ha heredado, de las manchas de lodo y sangre, con que la historia nos lo presenta.

Copiamos un párrafo del compendio histórico de don Pedro Moncayo, páginas 46 y 47.

Dice así:

«El silencio de la Historia.

«Ninguno de los historiadores que han tratado de la guerra del Perú con Colombia se ha ocupado de la violación del hospital de sangre en Tarqui. Diremos la causa y los pormenores de tan lamentable incidente. El Coronel Camacaro salió á rondar el campo el mismo día de la batalla del Portete. Iba á la cabeza del escuadrón Zedeño compuesto de ochenta y tantos hombres. Los peruanos lo divisaron y se ocultaron en un pequeño monte para dejarlo llegar á tiro de pistola. En esa situación, le rodearon, le mataron el caballo y le asesinaron. (1) Camacaro era un jefe benemérito, no sólo como valiente y aguerrido, sino como hombre de corazón noble y capaz de cualquier sacrificio en obsequio de la causa americana. En Junín viendo al General Necochea tendido en el campo de batalla, lo tomó á la grupa y se lo lle-

---

(1) En la guerra no hay asesinatos. Esa palabra es injusta y apasionada. No debiera haberla escrito el señor Moncayo. (N. del A.)

vó al Cuartel General, para librarlo de todos los peligros á que estaba expuesto. El General Necochea, después de su convalecencia hizo mil demostraciones de amistad y gratitud al jefe colombiano que lo había salvado. Los amigos de Camacaro juraron vengarlo; y, en efecto, los Coroneles Luque y Alzuro asaltaron el hospital y asesinaron algunos heridos que encontraron en él. Cuando el General Sucre tuvo conocimiento de estos atentados mandó á uno de sus edecanes para custodiar el hospital y hacer respetar ese asilo de la desgracia que estaba bajo la custodia del honor colombiano. Pero los Coroneles Luque y Alzuro no se contuvieron, y en presencia del edecán del Director Supremo de la Guerra, asesinaron (2) al Coronel González, llamado el *gaucho*, un bravo militar bien apersonado, que gozaba de grandes simpatías en el Perú. El General Sucre lo sintió vivamente y mandó encausar á los asesinos. Flores lo supo y trató de atizar el fuego contra el Director Supremo. Luque, que era un loco, tomó

---

(2) Este sí fué un infame asesinato, porque González estaba herido y postrado en el lecho del dolor. (N. del A.)

en serio la protección de Flores y quiso asesinar al General Sucre. Acusado Luque y formado el sumario, el General Sucre lo mandó cortar generosamente, dando, con esto, una prueba más de su nobleza y de su carácter humanitario que nunca fué correspondido.

Don Antonio Flores, en lo que debemos llamar su gran esfuerzo de imaginación, en el libro que ha escrito y publicado sobre el "Asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho", quiere defender á Flores, y contesta en la edición de 1883, páginas 543 y 544, un artículo que don Pedro Moncayo había dado á luz respecto de la tentativa de asesinato contra Sucre después de la batalla de Tarqui, acusando á Flores de complicidad en ese frustrado crimen. No podemos pasar en silencio en estos negros antecedentes del asesino, esa circunstancia más, que pedimos al lector que conserve en la memoria, para cuando tratemos del atentado de que fué víctima el glorioso vencedor de Pichincha y mártir infortunado de Berreucos.

He aquí lo que dice en su citado libro el señor Antonio Flores:

3<sup>a</sup>. Calumnia.—Los amigos de Flo-

res CONSPIRARON contra la vida del Gran Mariscal:

«Pruebas para la confutación:

«El testimonio arriba citado del General Cordero, por el que consta exactamente lo contrario, y el *disgusto que causó á Flores* el que Bolívar hubiese mandado cortar la causa que se seguía á Luque, el de la trama contra la vida del Mariscal:

«Las cartas publicadas de Flores á Bolívar contra el expresado Luque, de quien dijo el primero al segundo con fecha 25 de MAYO de 1829, después de la mencionada trama: es insufrible (Luque) *porque cuenta con la protección de V. E.*: en toda la campaña nos ha dado crueles disgustos hasta en presencia de los parlamentarios enemigos. Quéjase, igualmente, Flores á Bolívar, de las «fanfarronadas y locuras» de Luque. Véase, pues, qué este *conspirador de la vida de Sucre* había dado «crueles disgustos» á Flores y se le hacía insufrible por la protección con que contaba dicho Luque y que no era la de Flores

«El hecho atestiguado por el mismo Posada, á quien el libelista cita, suprimiendo la parte en que confuta terminantemente su calumnia. «Esta im-

putación contra Flores,» dice el General Posada, «carece enteramente de fundamento: Flores hizo prender á Luque, *mandó seguirle un juicio y obró con actividad y franqueza* en el procedimiento.»

---

En primer lugar observaremos que la carta del General Flores á que alude su señor hijo, no es de «25 de Marzo» y que es la misma que en el tomo IV de O'Leary lleva el número 61, inserta en las páginas 171, 172, 173 y 174. En segundo lugar diremos: que el señor Antonio Flores, siguiendo la triste costumbre de todo el que defiende una mala causa, y olvidándose de que acusa de igual falta al señor Moncayo, mutila hasta las cartas de su padre.

Para que el lector juzgue quién dice la verdad, el actual Presidente del Ecuador, ó el escritor ilustre á quien el autor del «Isidorito» injuria, reproducimos íntegro el párrafo de la carta mencionada, cosa que sin duda no esperaba el señor Flores, ó si la esperaba, creyó, adelantándose, torcer el criterio de los pocos á quienes ha obsequiado su obra, quienes por falta de tiempo ó

por falta de libros, no se tomarían el trabajo de buscar la verdad.

Dice así:

«*Guaranda, 25 de Marzo de 1829.*

Excmo. Sr. Libertador y Presidente,  
etc., etc., etc.

«Mi respetado General y Libertador:  
.....

«El Coronel Luque marchó á Quito antes que V. E. me lo recomendara. En Riobamba le hice decir con el Fiscal, porque yo tengo siempre *mil consideraciones con las personas adictas á V. E.* que hablara conmigo Y LE CORTARÍA SU CAUSA; mas como su contestación fué *que respondería en juicio, que iría al patíbulo con serenidad* y mil otras fanfarronadas y locuras, no tuve el gusto de hacerle *el bien que deseaba.* LUQUE ES EXCELENTE HOMBRE; pero es también insufrible porque cuenta con la protección que V. E. le dispensa. En Guayaquil quiso deponer á las autoridades y faltó personalmente al Comandante General: en toda la campaña nos ha dado crueles disgustos, hasta en presencia de los parlamentarios enemigos.

Muchas veces un antiguo servidor de mala conducta y altanero se pospone á un traidor obediente y moderado, porque sin embargo de lo que dice V. E. con respecto á los engaños que nos hacen, siempre nos sentimos inclinados á recibirlos, cuando traen las apariencias de la fidelidad y el buen modo; y por el contrario estimamos en poco aquellos servicios que cuestan más de lo que valen . . . . .

«Cuenta V. E. conmigo para todo, y disponga como guste del mejor de sus amigos, profundo admirador de sus glorias, muy obediente servidor,

*Juan José Flores.»*

Falso, falsísimo es, pues, lo que asegura D. Antonio Flores, cuando dice que á su padre le causó disgusto el que el Libertador mandara cortar la causa del “conspirador contra la vida de Sucre”, puesto que el General Flores confiesa en su carta citada, que por haberse el presunto reo opuesto á ello no pudo él (Flores) hacerle el bien que deseaba,” es decir *cortar la causa* que se le seguía. “Acusado Luque y formado el sumario, el General Sucre lo

mandó cortar generosamente," dice el historiador Moncayo.

El Gran Mariscal, hastiado del cargo que ejercía y que tantos peligros innecesarios le hacía correr, se retiró, después de Tarqui, al sagrado del hogar, al seno de su digna y noble familia, avencidada en Quito, como sabemos.

Pero volviendo al *erudito* historiador D. Antonio Flores, nos vemos obligados á dedicarle algunas líneas más, para probar (no á él, que no lo necesita, pues sabe muy bien lo que hace cuando trunca documentos y mutila cartas, como por orden de su padre se mutiló el cuerpo de Hall, por ejemplo) para probar decimos á nuestros lectores, que el General Juan José Flores se convirtió en el protector decidido del Coronel Luque.

Con fecha 20 de Julio de 1829, escribió regocijado desde Samborondón al General O'Leary y le dice: «Tiene Ud. de General al Coronel Luque.»

¿Quién fué el que consiguió este ascenso á Luque? Flores, el protector del sujeto "de la trama contra la vida del Mariscal", como candorosamente llama D. Antonio Flores al precursor de Apolinar Morillo; de ese Apolinar Morillo, á quien Flores, el General de la

dictadura, había de ascender á Teniente Coronel antes de enviarlo á cometer el crimen horroroso de Berruccos, como hemos probado ya en el artículo aludido y como demostraremos con evidentes documentos en el Tomo III.

Otro dato más, que pone de manifiesto el sincero afecto que el General Flores profesaba á su protegido Luque; dato que no podrá nadie negar porque está tomado por nosotros del tomo IV de la colección de O'Leary, que no nos cansaremos nunca de citar, es el que se desprende de lo que el mismo Flores dice en las dos cartas que van en seguida, marcadas en la referida colección con los números 77 y 78 y que ocupan las páginas 206, 207 y 208 del tomo aludido.

Hélas aquí:

*«Guayaquil, á 21 de Octubre de 1829.*

Excmo. Sr. Libertador Presidente Simón Bolívar, etc., etc.

«Mi respetable General y Libertador:

.....

En este estado recibo de la Puná los documentos que incluyo á V. E.

El conductor refiere que el General Luque estaba un poco malo de la cabeza, que cometió *sin intención* algunas atropelías y que los alcaldes se fugaron á los montes. El Comandante Taylor es el Jefe de la Marina que manda los trasportes, y por consiguiente el encargado de dirigir la navegación.

He omitido dar un parte oficial de este acontecimiento, *porque deseo que no se perjudique al General Luque*, y lo participo simplemente á V. E., para prevenir á V. E. de cualquier mal resultado que tenga la expedición. Al despedirme de este General le recomendé, y aun le supliqué, que tratara bien á los pueblos por donde transitara, á fin de no perder la opinión que tiene V. E. en el Cauca. Quiera Dios que lo cumpla. . . . .

Soy de V. E., como siempre, su profundo admirador, amigo fiel, muy obediente servidor,

*Juan José Flores.»*

---

En la carta siguiente, de 24 de Octubre, dícele al Libertador:

.....  
«El General Luque continuó su expedición de la Puná, y á la fecha debe estar desembarcando y marchando felizmente hacia el Cauca.»

Hallamos luego en las páginas 288 á 290 de las «Memorias» del General López, el siguiente relato, que manifestará al lector, quién fué andando el tiempo, ese Luque á quien llama Flores *excelente hombre*, después de la tentativa del asesinato contra Sucre, y cuya causa quiso cortar:

Dice el General López:

«Los sirvientes del General Ignacio Luque, que era el jefe de las armas en la provincia de Cartagena y en las demás del litoral del Atlántico, asaltaron el correo de Bogotá en las inmediaciones de aquella plaza, asesinando cruelmente al conductor principal de la balsa y dejando gravemente herido al peón que le acompañaba, á quien creyeron muerto, apoderándose de los considerables intereses que en moneda conducía. Con el denunció que se me dió y que tenía todo el carácter de la verosimilitud contra los autores de ese atenta-

do, excité á la autoridad competente para que aprehendiese á los iniciados del crimen é instruyese el proceso con el interés debido; mas el juez retardaba demasiado el cumplimiento de mi primera indicación, y ya esos criados se habían apercebido de las sospechas que infundían, y se preparaban á escaparse, lo que indudablemente habría tenido lugar si su captura se hubiera diferido dos minutos más, dando por resultado su impunidad y la pérdida de muchos miles de pesos. En semejante conflicto, me armé con mis pistolas y espada, y solo, porque no había en la casa otra persona de confianza que me acompañara, me coloqué en la puerta del cuarto, en donde aquellos sirvientes, que eran tres, armados de un trabuco, una carabina, sables y lanzas se disponían á tomar la fuga. Intiméles la rendición con mis pistolas preparadas, y de una manera resuelta les previne que dispararía sobre ellos si daban un paso adelante. Llenos de terror, aunque pertenecían á los valientes del ejército colombiano, los criados se me sometieron sin resistencia, hasta pocos minutos después, en que llegó un piquete de soldados y los aseguré y entregué al juez respectivo.

«Debe advertirse, que tanto ellos co-

mo el General Luque, vivían en la misma casa en que yo habitaba.

«Convictos y confesos, denunciaron á su General como ordenador del atentado, á lo que se agrega haber visto al mismo Luque cuando ocultaba en un lugar obscuro parte de los intereses sustraídos de la balija saqueada, intereses que fueron, igualmente que casi todo el resto de ellos, encontrados por mi asistente Delgado, á cuya eficacia en buscarlos y honradez en entregarlos, se debe que sus dueños los hubieran recobrado. El proceso se instruía; pero á pesar de tantas pruebas como se habían acumulado, el juez, débil ó corrompido, no se atrevía á decretar el arresto de Luque, quien continuaba con el mando militar. El había tenido bastante habilidad para concitar contra mí el odio de mis diferentes y gratuitos adversarios, protestando que yo le perseguía para anularlo y perpetuarme en el mando de la provincia (cosa en que yo no soñaba siquiera); y tales y tan intensas eran las pasiones de mis enemigos que cerrando los ojos á mis precedentes, siempre puros, acogieron ese pretexto y me dirigieron por la prensa los ataques más rudos é injustos de que se pueda tener idea, constituyéndose (los perversos) en pa-

trocinadores de la causa de un facineroso, en momentos en que la patria corría el riesgo de ser invadida por el extranjero!!! (1)

«Al fin, gracias á la rectitud del incorruptible doctor José María del Real, magistrado del Tribunal de Apelaciones del Magdalena, Luque fué puesto en prisión y condenado á destierro perpetuo, perdiendo, por el mismo hecho, el empleo de General, que había ganado con la punta de su espada derramando su sangre, en diferentes campos de batalla, en que combatió en favor de la independencía. Los tres sirvientes fueron condenados á muerte y ejecutados, habiendo persistido en su denuncia hasta el último momento. La vindicta pública se satisfizo, pues, á medias, porque ella y la severa justicia reclamaban la condigna pena de esos famosos criminales; pero la chicana, la intriga y toda especie de manejos, se pusieron en juego para librar del suplicio al hombre que más lo merecía; (2) y lograron ganarse un voto en el Tribu-

---

(1) Exactamente lo mismo han hecho siempre los floreanos en el Ecuador. (N. A. G.)

(2) Y que si hubiera continuado en el Ecuador, habría sido la segunda persona de su protector el General Juan J. Flores. (N. del A.)

nal, sin cuya concurrencia, según nuestra legislación de entonces, no se podía aplicar la pena de muerte. Otros incidentes que no carecen de interés, ocurrieron durante aquel célebre proceso: empero guardaré sobre ellos silencio por pura moderación.»

Y de este precursor de Morillo, de este hombre que había de llegar al extremo de robar en despoblado, decía Flores al Libertador, repitámoslo para vergüenza de esa raza de Caín: «Luque es excelente hombre!» ¡Oh pudor, oh vergüenza de la historia!

Sobre el último párrafo de los que hemos copiado de la obra de don Antonio Flores diremos, de paso, que el historiador Posada Gutiérrez, engañado por las intrigas de la propaganda floreana, en la que hay que reconocer gran actividad para ocultar los crímenes del fundador de la familia y para desfigurar los hechos, aseguró, de buena fe, lo que no era cierto.

Cualquiera que haya leído la representación de don Juan Bautista Castrillón, apoderado de Flores en Quito y las declaraciones de los testigos, Barriga, Pallares, Morales y Guerrero, que hemos publicado en nuestro artículo titulado *Berruecos*, de 31 de Mayo del año

actual, artículo que vió la luz en «El Comercio» de Lima; cualquiera que haya leído, repetimos, esos documentos y lea después los acápites segundo y tercero de la página 136 del Tomo II de las «Memorias» de Posada, notará al vuelo que en todo lo que se refiere á Flores, aquel ha vaciado sus afirmaciones en el molde de esos documentos capciosos y pèrfidos, que vamos reduciendo á polvo en la presente obra.

Ya tendremos ocasión de volver sobre este punto.

Entre tanto véase por la siguiente carta de Sucre, con la que cerraremos este capítulo, cómo trataron de herir en su reputación al immaculado Mariscal, después de Tarqui, los que sólo sirvieron para asesinar heridos ó incendiar pueblos indefensos:

*«Quito, á 13 de Agosto de 1829.*

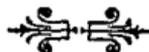
Señor General O'Leary:

.....  
«Ya he dicho á U. cuánto me parecen insignificantes las críticas de los escritores de Cartagena y Caracas, sobre mi conducta después de Tarqui. No he visto ningún papel; pero me conformo

*por toda venganza con la vergüenza que supongo tendrán sus autores, (1) cuando han visto realizados la mayor parte de mis cálculos políticos en Girón. Todos ellos estarían verificados, si yo hubiera sido el encargado de ejecutarlos; mas cada cual da á las cosas el giro que le parece, y yo no puedo responder de opiniones ajenas . . . . .*

*. . . . .*

*Sucre.»*



---

(1) Flores, Luque y compañía.

## EN EL CAUCA



Pero nos es preciso echar una ojeada retrospectiva, para consignar los sucesos del Cauca en la misma época.

A mediados de Octubre de 1828, propusieron insurreccionar el departamento del Cauca, los Coroneles José María Obando y José Hilario López, vecinos de Popayán.

Era el Coronel Tomás Cipriano Mosquera Intendente y Comandante General del Cauca, y tenía en la capital del departamento 800 soldados. A este jefe le propusieron, según parece, que acaudillara la revolución, y se negó á ello.

Obando y López se retiraron, entonces, á la hacienda de *Las Piedras*, propiedad del primero y situada á corta distancia de Popayán.

Pasaron en preparativos bélicos la segunda quincena de Octubre. Al tener Mosquera conocimiento de que estaban reuniendo gente, les envió una comisión de Paz.

Pero Obando y López no podían transigir. Trataban de restablecer la Constitución de Cúcuta.

La esposa de Obando fué la más entusiasta por la revolución. Véase como refiere este suceso López, en sus "Memorias", edición de 1857, páginas 175 y 176:

«Inmediatamente que el Prefecto y Comandante General del Cauca, Coronel Mosquera, tuvo noticia de nuestras medidas, nos dirigió una comisión, compuesta en la mayor parte de amigos nuestros, con el objeto de persuadirnos á desistir de nuestro intento, y someternos á la autoridad dictatorial. Por supuesto que, decididos como nos hallábamos á no transigir mientras no se restableciese en su vigor la Constitución de Cúcuta, opusimos la resistencia que era de esperarse, y la comisión regresó persuadida de que era inútil toda tentativa.

«Pero es digno de notarse el carácter y firmeza que esta ocasión desplegó la señora Dolores Espinoza, esposa

del General Obando. En presencia de la comisión, decía á su esposo, en sustancia, lo siguiente: “Con los tiranos no puede haber pactos; es necesario que tú mueras antes que entrar en tratados con los dictatoriales; porque á más de que tu primer deber es salvar la Patria restituyéndole su libertad perdida, ellos no te guardarían su palabra, y tú serías al fin una víctima de su astucia y engaño. No me mires, ni mires á tus hijos. Si tú mueres en la lucha, yo procuraré su subsistencia y educación, aun pidiendo limosna, si llegase el caso. Me sujetaré también á vivir dentro de un monasterio, sino tuviese otro arbitrio para alimentarme, ó preservarme de los insultos de los enemigos de esta Patria. Indigno te consideraría de ser mi esposo si notase en tí el más pequeño rasgo de debilidad. Te amo con pasión, y eres el único apoyo mío y de nuestros hijos; pero la noticia de tu muerte, peleando contra la tiranía, me sería más soportable que la de verte figurando entre los bolivianos. Desecha, hijo mío, todas sus proposiciones con la firmeza que lo has hecho hasta ahora, y abandona de una vez tu casa y tu familia, sin volverte á acordar de ellas, sino después que

hayas completado la obra gloriosa en que te ocupas. Por Dios, que no sepa yo nunca que el amor de tu esposa é hijos ha llegado, á influír en tu corazón para transigir con los déspotas! No lo temo, porque te conozco; pero no cuentes más conmigo si esta consideración te hiciese ceder de tu propósito: esto valdría tanto como si me hubieras perdido para siempre. Sepárate pronto de este lugar; despide á los comisionados, y anda á trabajar en la grande empresa comenzada; no te detengas un momento. Mira que el tiempo es urgente y que no debes despreciar ni un solo instante.»

«Este discurso pronunciado con toda la energía de una alma noble é instruída, me tocó de tal suerte, que no pude conterer las lágrimas, producto de las emociones que me infundió el amor á la Patria y el heroico desprendimiento de esa interesante matrona. Mi amigo y compañero Obando participó de esta sensación, y todavía repite que, si su resolución no hubiera estado hecha decididamente, el discurso patriótico de su esposa, y mi patética actitud lo habrían determinado desde el momento, no sólo á morir por la libertad sino también á precipitarse en

una hoguera con su mujer é hijos, antes que renunciar á tan precioso bien.»

Cuando Obando y López tuvieron reunidos unos 300 voluntarios, se aproximaron á Popayán. Mosquera salió á batirlos con 600 soldados y fué completamente derrotado en el punto llamado *La Ladera*. La guarnición de Popayán, fuerte aún de 200 plazas, se rindió luego, y Mosquera salvó huyendo. Con la posesión de la ciudad, se hicieron Obando y López de un parque regularmente provisto. Levantóse una acta popular, desconociendo el Gobierno dictatorial de Bolívar y proclamando la Constitución de Cúcuta. Obando y López fueron aclamados como Generales, reconociendo al primero como Director de la Guerra y al segundo como su lugar Teniente.

A la cabeza de 100 hombres, emprendió en el acto Obando su marcha sobre Pasto; y ocupó esta ciudad sin disparar un tiro, vitoreado por el pueblo y las tropas gobiernistas.

Esa fué la manera como Obando ganó las estrellas de General: luchando por la Constitución y contra la dictadura. Flores, ya lo hemos visto, las ganó pronunciándose, sin peligro, en

favor de la dictadura y combatiendo la Constitución.

El General Obando escribió entonces al Presidente La Mar, animándole á la guerra y llamándole en su auxilio hasta el Juanambú, á luchar contra la dictadura de Bolívar. Esa y otras comunicaciones prueban que en Colombia no se consideraba á los peruanos extranjeros y que la guerra de 1829, fué lo que hemos dicho: una guerra civil: una guerra fratricida.

Cuando rehagamos esta obrita en el Ecuador, reproduciremos las cartas de Obando y otros documentos importantes, que hay en las "Memorias" de O'Leary, para que pueda el lector formarse un juicio propio.

Apenas tuvo noticia el Libertador de los sucesos del Cauca, dispuso que el General Córdoba se movilizara con una división de 1.500 veteranos. Córdoba ocupó Popayán el 27 de Diciembre de 1828. Los insurrectos se replegaron á la línea del Juanambú.

Por decreto de 24 de Diciembre del mismo año, convocó el dictador un Congreso Constituyente, que debía reunirse en Bogotá el 2 de Enero de 1830. Por otro decreto creó una Jefatura Superior para los departamentos de Cun-

dinamarca, Boyacá y Cauca, para cuyo empleo nombró al General Rafael Urdaneta; y después de delegar el ejercicio del poder en el Consejo de Ministros, salió de Bogotá el 28 de Diciembre en dirección al teatro de la revolución del Sur, precedido de otras divisiones del ejército.

Al tener noticia de la llegada del General Bolívar al Cauca, abandonaron las filas de los insurrectos las guerrillas de la línea del Mayo. Quedábanle, con todo, como 3.000 voluntarios á Obando, quien se preparó á rechazar el ejército dictatorial, que ya estaba mandado por Bolívar en persona.

El Libertador propuso un avenimiento á los dos jefes revolucionarios. Estos lo rechazaron; pero al tener conocimiento de la victoria del Gran Mariscal de Ayacucho en el Portete, firmaron el convenio de la *Cañada*, sobre la base de una amplia amnistía; y exigiendo que la reunión del Congreso Constituyente que ya había convocado Bolívar se efectuara en la fecha indicada; convenio que permitió, al fin, al Libertador, el paso por Pasto.

La cesación de las hostilidades por la circunstancia indicada, se ha conocido por las publicaciones que noblemen-

te hicieron después Obando y López. Que si hubo falta en ellos al entrar en tratados con La Mar, esa falta debe estudiarse y comprenderse que fué dictada por el amor á la ley y porque, como hemos asegurado y repetiremos siempre, en aquella época no había aún nacionalidades propiamente dichas.

Ni se crea que estas reflexiones encierran adulación ninguna al Perú. Con la misma franqueza con que censuramos la conducta de Bolívar, hemos dicho y diremos lo que nos parezca conveniente, siquiera sea duro respecto de esta República, y lo que de sus actos y de los sucesos se desprendan, en la seguridad de que los hombres ilustrados ó inteligentes, aceptarán nuestras observaciones y respetarán nuestras censuras, por ser emanadas de un espíritu que sujeta todas sus ideas y todos sus pensamientos á la Verdad y á la Justicia.

Bolívar llegó á Pasto el 8 de Marzo, acompañado por Obando y López y escoltado por fuerzas de revolucionarios, á cuya lealtad confió su vida por muchas horas. El 11 siguió para Quito, á donde entró el 17 y continuó su rápido viaje á la costa, con el objeto de dirigir las operaciones contra la guar-

nición peruana, que por órdenes de su Gobierno, retenía el puerto de Guayaquil, faltando á la letra de los convenios de Enero en esa última ciudad y del 1.º de Marzo en Girón; operaciones militares que por haberse separado el Mariscal Sucre del mando y retirándose á Quito, estaba dirigiendo el General Flores.

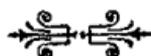
El Libertador estableció su cuartel general en la hacienda de Buijo, orillas del Rio Grande ó Babahoyo, punto distante pocas millas de Guayaquil.

Los enemigos personales de Obando, entre quienes se encontraba Flores, desde el asunto de las haciendas de Pasto, lo indispusieron con Bolívar, por lo cual el antiguo guerrillero resolvió dejar voluntariamente el mando que ejercía en Pasto. Púsose en marcha para confundir á sus detractores y en Buijo se presentó al General Bolívar, quien lo recibió con la deferencia que Obando merecía y le nombró inmediatamente Sub-Jefe del Estado Mayor General del Ejército, cuyo Jefe Superior, en Junio, era Mosquera, el del glorioso combate con Agualongo, de que hemos hablado en las primeras páginas de este libro.

La campaña terminó por un avenimiento entre los beligerantes; el 27 de Junio se firmó un armisticio, y pocos días después, á virtud de un convenio formalizado por los comisionados Coronel Guerra, colombiano y Comandante Agustín Lira, peruano, la guarnición peruana abandonó Guayaquil y volvió á sus lares, y el ejército colombiano ocupó la ciudad el 20 de Julio de 1829. Entonces Obando fué ascendido á Jefe de Estado Mayor General y Mosquera designado para una misión diplomática en el Perú. El respectivo tratado de paz fué firmado el 22 de Julio del mismo año, entre los Plenipotenciarios D. Pedro Gual, por Colombia, y D. José de Larrea y Loredó, por el Perú; tratado que mereció la aprobación y ratificación de los respectivos Gobiernos, representados por el Libertador Bolívar y el Mariscal Gamarra.

Hallándose todavía el Libertador en Guayaquil ascendió el 8 de Octubre de 1829, á los Coroneles José María Obando, Mosquera, Sáenz, Jiménez y Espinar á Generales de Brigada. Espinar era padre del valiente Comandante peruano del mismo apellido, que murió en San Francisco, durante la guerra del Pacífico. Respecto de Obando, que

fué también nombrado Comandante General del Cauca, de cuyo destino marchó, por su desgracia, á tomar posesión inmediatamente; respecto de Obando decimos, Bolívar no hizo sino ratificar la aclamación de los departamentos que iba nuevamente á regir el valeroso compañero de López.



## ERRORES DE BOLIVAR



Enfermóse gravemente el Libertador en Guayaquil, tan gravemente, que se creyó que había llegado su última hora. Pero no podía morir todavía el héroe del Nuevo Mundo. Tenía que vivir para dar un noble ejemplo de abnegación, de grandeza de ánimo, de generoso desprendimiento y, sobre todo, de esa virtud rara que consiste en la confesión del error, separándose como se separó, espontáneamente, del mando supremo de la nación, en el que hubiera podido sostenerse á sangre y fuego. Recordemos la situación y dígase si era ó no propicia para la ambición que algunos historiadores han supuesto en el Libertador. Bolívar estaba apoyado

en un ejército aguerrido y valiente, que había recorrido pueblos y climas diversos en un extenso territorio; que había marchado de victoria en victoria guiado por el héroe de Junín, venciendo á los vencedores del conquistador del mundo. Nada, pues, hubiera sido más fácil para él, que aceptar los inicuos trabajos y las sordas intrigas de los conservadores de Colombia y el Perú mismo, donde habría encontrado de nuevo eco la idea monárquica, puesto que en este país, más que en otro alguno del continente, si exceptuamos á México, había un partido que anhelaba por restablecer el trono, con todas sus preeminencias y regalías.

Bolívar, además, en medio de su amor sincero á los principios republicanos, era fatalista. Algunos de sus escritos políticos y de sus cartas, así lo demuestran. En este mismo libro hemos publicado dos ó tres de esas cartas, que prueban de modo evidente, que el Libertador creía en el *destino*, y que amaba bastante el suyo, que lo había llevado á la cumbre de la gloria, para que hubiera nunca pretendido trocar, como César ó Napoleón, su corona de laureles por el sangriento cetro de los reyes y los emperadores.

Víctor Hugo ha repetido, después, en unos bellos versos el pensamiento fatalista de Bolívar:

«Les lois de nos destins sur la terre  
Dieu les écrit; . . . .»  
. . . . ces lois sont le mystère . . . .» (1)

Porque los genios se adivinan y se copian unos á otros, en todos los tiempos y en todas las situaciones de la vida.

Hay, sobre todo lo que pudiéramos decir, pruebas escritas por la misma mano de Bolívar, de que él creyó siempre que el título de Libertador era el mejor, el más noble de todos los títulos de la Tierra. Cierto que la Constitución boliviana es y será, por desgracia, capítulo de acusación contra el héroe; pero es también positivo que esa Constitución fué el fruto de las viles y bajas adulaciones de hombres como Flores, cuyas cartas ensalzando ese error fatal conocemos ya. De esa Constitución se ha deducido que la ambición de Bolívar había llegado al delirio, sin que nadie se haya detenido á estudiar sus

---

(1) «Contemplations». Livre sixième: *Ibo.* pág. 194.

causas. Se dirá que quien posee una inteligencia tan elevada como la del Libertador, no debe dejarse dominar por aduladores ambiciosos: contestamos que en eso precisamente consistió su falta,— que no tratamos de excusar.—Pero él borró admirablemente esa falta con su comportamiento posterior.

De la ignorancia de los hechos, resulta, por eso, que:

«trocádose han las cosas de manera, que nos parece fábula la Historia»;

como dijo el chistoso canónigo español Morales, contestando en 1820, á quienes llamaban herejes á los llamados defensores de la Constitución de Cádiz.

Flores dió por segura la muerte de su bienhechor en Guayaquil; y en varios círculos íntimos habló de repartirse la herencia del ilustre guerrero, pretendiendo imitar á los ingratos Generales de Alejandro.

\* —Venezuela, decía, para Páez; Nueva Granada para Rafael Urdaneta; y el Sur, desde el Cauca hasta el Azuay, para mí.

Obando y Mosquera, entre otros, fueron testigos de aquel arranque de confianza brutal del indigno barbero de

Boves y futuro teniente de Dña. María Cristina de Borbón, en el loco plan de reconquista de América.

El Libertador se salvó, felizmente; y desengañado ya, como antes hemos dicho, respecto de Flores, ofreció al Gran Mariscal de Ayacucho la Jefatura Superior de los departamentos del Sur de Colombia.

La negativa de Sucre y su desprecio por el ex-Gobernador de Pasto y héroe por fuerza de Tarqui, pueden verse en las siguientes cartas, que hemos anotado; aun cuando no tanto como ellas merecen:

*«Quito, á 7 de Octubre de 1829.*

A. S. E. el General Bolívar, etc., etc.

«Mi General:

.....?  
«Siento que Ud. no haya quedado satisfecho con mi contestación respecto á que tome mando. He ofrecido á Ud. cuanto creo que podía ofrecer aún con sacrificios. El puesto que Ud. me ofrece es malo para Ud., para mí y para mu-

*chos que lo desean.* (1) Si el resultado del Congreso ofreciese en los negocios públicos una marcha regular y Ud. se compromete á llevar á cabo un régimen fijo y estable, prestaré á Ud. mis servicios en cualquiera otra cosa. Yo no me niego á servir. Lo que trato es de servir sabiendo el sistema y el objeto, pues desde mucho tiempo no hay objeto ni sistema, y ya estoy un poco cansado y enfermo para trabajar á la ventura. Ud. dirá que lo mismo está Ud.; pero yo respondo, que son diferentes nuestras situaciones y nuestros compromisos, como son diversos nuestros apoyos, nuestros alcances y nuestro poder» . . . . .

«En cuanto á mí, permita Ud. decirle que jamás lo he atormentado ni para contentarme ni para meterme en el buen camino. Mis grados militares los debo á regulares servicios en la guerra de la independenciam; y mis recompensas pecuniarias han sido las designadas por las leyes. No he pedido más, no obstante que otros con ménos títulos

---

(1) Flores era el principal entre esos que deseaban el mando, á que se refiere Sucre en las palabras que hemos subrayado. (N. del A.)

han agotado el bolsillo del Gobierno; (1) y Ud. sabe que he preferido algunos ratos de indigencia al disgusto de incomodar á Ud. en demanda de gracias y complacencias. (2) Creo, pues, que no he merecido la reconvención de Ud.

«Dispénsese Ud., mi General, este lenguaje si acaso le fuere enfadoso. Los amigos son tanto más nobles en su proceder, cuanto son más ingenuos para explicarse; y no sería bien, por tanto, que yo conservara en silencio la mortificación que me ha causado la injusta reconvención de Ud.» (3) . . . . .

*A. J. de Sucre.»*

---

(1) Compárese en todos estos asuntos la decencia de Sucre con la codicia de Flores. (N. del A.)

(2) Ciertó: Sucre jamás tuvo necesidad de decir lo que Flores dijo á Bolívar, respecto de la Corté del Cauca por ejemplo, por la justa sentencia que dictó contra él, en el asunto de las haciendas que hizo devolver Obando á sus dueños. (N. del A.)

(3) Ese es el lenguaje de la lealtad, que honra tanto al que usa de él como á aquel á quien va dirigido, y no la frase servil y aduladora de Flores, que deshonra á este hombre y empaña, á las veces, aun la buena fé del Libertador. (N. del A.)

Quito, á 9 de Octubre de 1829.

A. S. E. el General Bolívar, etc., etc.

«Mi General:

.....  
«Entiendo que el General Flores se ha equivocado, (1) pues yo no me quejé de no tener sueldos. Le dije que entre mis deseos de complacer yendo á Bogotá, tocaba la dificultad material de no tener con qué costear mi viaje; y que no sabía qué hacer, porque en otras circunstancias en que no tuve un peso, no me ofrecieron, ni de cumplimiento, un sueldo. Yo no me avergüenzo de decir que hay días que no tengo un real; pero, sin embargo, vivo por la misericordia de Dios, y, tal vez, por la de mi mujer. Así es y será este desdichado mundo.

«Mucho celebro de que lo veré á Ud. pronto, y ojalá sea bueno enteramente. Mi mujer y familia lo saludan cariñosamente.

«Soy siempre su fiel amigo, atento y servidor,

A. J. de Sucre».

---

(1) Qué delicada manera de rechazar un chisme inícuo. (N. del A.)

En Quito insistió, sin embargo, el Libertador, á fin de que Sucre aceptara el mando de los departamentos meridionales; y sólo debido á la negativa seria y digna del Mariscal, se vió obligado á nombrar á Flores, que no le dejaba vivir, con empeños de algunos de sus antiguos cómplices, pidiendo ese destino. Quedó, pues, nuevamente, ese sempiterno suplente faltas, de señor de horca y cuchillo de Quito, (Ecuador) Guayas y Azuay

En la carta que va á leerse se atreve Flores á reprobar las medidas de conciliación que Sucre proponía que se emplearan con Córdova, el héroe de Ayacucho, y á llamar traidor al más joven y más valiente de los guerreros de Colombia.

Si se duda de lo que decimos, léase esa carta:

*Guayaquil, á 28 de Octubre de 1829.*

.....  
«Doy á V. E. las gracias por la Prefectura general del Sur, ó más bien, por esta nueva prueba de confianza con que me honra V. E., pues tengo muy poca ambición desde que V. E. me la

inspiró con sus consejos. No obstante, ofrezco mantener el orden en el Sur, defenderlo de los enemigos comunes y hacer por V. E. lo que una vez he ofrecido: «morir espada en mano defendiendo los intereses y las glorias de V. E.»

«Siento mucho que el General Sucre se haya excusado de mandar las tropas contra Córdova. El me ha escrito las razones que ha tenido para hacerlo; y yo las he rebatido en amistad, porque no las hallo justas. No soy de sentir, lo confieso, que se propongan mediaciones para Córdova. ¿Hasta cuándo y hasta cuándo ha de sufrir el Gobierno vejámenes inmerecidos por hombres ingratos? Bastante indulgencia se ha tenido para con todos los revolucionarios y demasiado se les ha sufrido. Si queremos dar respetabilidad al Gobierno y tener un orden bien establecido, es preciso que seamos inflexibles con los traidores: tal es mi opinión y siento no haberla tenido antes, ó mejor diré, que me pesa no haber fortificado mi alma y mi corazón formados para la sensibilidad». . . . .

*Juan J. Flores».*

Ahora, véase lo que sobre la situación política escribía pocos días antes Sucre á O' Leary:

«Quito, á 6 de Octubre de 1829.

Señor General O'Leary.

«Mi querido General:

«Ahora sí que Ud. es justo confesando por su carta de 7 del pasado que yo fuí bien exacto en escribir á Ud. ?Y cuándo no he sido yo bien cumplido?»

.....  
«No sé que juzgar de las noticias de su carta. Quisiera ver en ella alguna seguridad para esta pobre Colombia; mas no me lisonjeo con buenas esperanzas, porque estoy convencido que nuestros males están en las personas y no en las cosas. En mi humilde sentir, EL LIBERTADOR HA ERRADO SU MARCHA DESDE QUE OBTUVO EL MANDO SUPREMO; Y LISONJEANDO Á LOS FACIOSOS Y ASPIRADORES, ha relajado más la moral pública y especialmente la del ejército. (1) Las gentes dicen aquí que

---

(1) Es evidente que en eso consistió la falta capital de Bolívar. (N. del A.)

Él nos ha vuelto espontáneamente al año de 27, con la sola circular para que los colegios electorales den instrucciones á sus diputados. Yo se lo he dicho así y bien claramente. El parece muy cansado, aburrido y aún desesperado de lo que se hará de Colombia. Esto es bien triste. Yo creo, de buena fé, que el Congreso hará poco; pero es porque las cosas van así.

«He dado á Ud. en pocas palabras mis opiniones, puesto que me las pide con las reservas de la amistad. Yo estoy cada vez más inclinado á permanecer fuera de la carrera pública. Iré al Congreso para llenar un deber de patriotismo y de amistad hácia el Libertador». . . . .

«Sucre». (1)

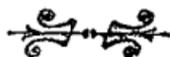
Bolívar cometió, pues, un grave error, nombrando á Flores para un puesto tan delicado como el que Sucre rehusó. El Mariscal lo dice así en la carta que acabamos de leer. Los *aspiradores*, los *facciosos*, los hombres que habían arrastrado al abismo al Libertador, y que

---

(1) Pág. 516, Tom. IV de O'Leary.

tan fatales habían de ser para la gran República, en general, y en particular para los desgraciados pueblos en que impusieron su tiranía sangrienta; no debieron jamás ser levantados del fango de su miseria por quien aspiraba á darnos una patria libre y feliz.

El aburrimiento, el cansancio que abrumaban al Padre de Colombia, pueden únicamente servirle de disculpa ante la Historia.



## SUBLEVACION DE CORDOVA



Pocos días antes de que Flores escribiera la malvada carta que se ha leído en las últimas páginas del capítulo anterior, Bolívar había emprendido su viaje de regreso de Bogotá.

No había llegado aún á Quito, donde entró el 22 de Octubre, cuando ya tenía noticia de la insurrección del General José María Córdova, en Antioquia.

«Como Murat, como Ney, Córdova ha dejado en la Historia un nombre legendario por su heroico valor.

Nació en Rionegro, el 8 de Septiembre de 1799, dicen los señores Vergara y Scarpetta, en su «Diccionario Biográfico». Su familia era de lo más distin-

guido de la población y de Colombia misma. Oriunda de España, había entre los primeros que la formaron en el Nuevo Reino de Granada, oidores, alcaldes y oficiales de las reales milicias.

El joven José María Córdova, recibió esmerada educación é hizo sus estudios profesionales de ingeniatura, bajo la dirección de un sabio mártir, el noble Caldas.

Alistóse muy niño, á la edad de catorce años, en el ejército independiente. Atravesáronle el sombrero en la acción del Palo; y después de la de Cachirí, quiso su padre que volviera á su casa abandonando la dura carrera de las armas. El futuro héroe de Ayacucho se negó terminantemente á ello.

Uníalo al valerosísimo joven Servier una de aquellas amistades de que hay raros pero bellísimos ejemplos en la Historia y en la Fábula. Servier como él, amaba la causa de la Independencia, con ese amor abnegado y sublime, que lo había de conducir, en edad temprana, al sacrificio.

En la retirada de Casanare, retirada que Córdova sostuvo con una serenidad y arrojo increíbles, en 1816, fué asesinado casi en su presencia Servier.

Córdova juró vengarlo derramando lágrimas sobre su cadáver.

Larga es la lista de los combates y batallas en que tomó parte el más joven de los guerreros colombianos. En Arichuma, Yagual, Achaguas, Guadalupe, Paya, Bonza, Gámeza, Pantano de Vargas, Boyacá, Chorros Blancos, Tenerife, Pichincha, Ayacucho, y otras acciones de armas que se nos escapan en este momento, demostró Córdova un arrojo sin igual, causando siempre la admiración de sus jefes y conquistándose la adoración de sus soldados. Después de Bogotá fué nombrado Teniente Coronel y General después de Pichincha, donde, al frente del batallón Bogotá, hizo prodigios de valor.

Los ya nombrados autores Vergara y Scarpetta, dicen refiriéndose al bizarro comportamiento del General Córdova en Ayacucho, lo que copiamos á la letra:

«Le cupo al héroe de Pichincha formar al lado de las escogidas huestes colombianas auxiliares del Perú; y después de una campaña gloriosa para Sucre, miramos á Córdova distinguido entre los vencedores de Matará, y más luego gobernando el ala derecha con cuatro batallones, teniendo por contra

hombre al General español Villalobos, que mandaba la izquierda, con cinco trozos de regimientos de infantería en la maravillosa jornada de Ayacucho. Allí, al ver que el enemigo aun no había acabado de formarse bien, rigiendo su brioso caballo castaño claro, uniformado de azul, ostentando su bella y gallarda figura, aprovechando un momento feliz de su inspiración guerrera, siempre afortunada; é imitando á Aulbal, que al observar, en una de sus batallas, que apeado el General enemigo por un suceso inesperado, el ejército ejecutó involuntariamente el mismo movimiento creyéndolo una evolución militar, ordenó la carga que produjo la victoria; Córdova exclamó lleno de fuego.

—“Armas á discreción! paso de vencedores! no dar un solo tiro hasta que ma ropa! contra infantería disciplinada no vale caballería!”

«Y como alguno le preguntara cuál era el sentido de la segunda voz, replicó con viveza y convicción:

—«¡Poco más que paso al trote, algo menos que á carrera!»

«Abandonó su caballo, avanzó en persona hacia el enemigo, mandó tocar fuego! degüello! carga á la bayoneta!

y venció: coronó la independencia del Perú y recibió allí mismo, las charretteras que Sucre inundado de gloria y de entusiasmo arrancó de sus propios hombros para colocarlas en los del bizarro joven vencedor por la derecha. Su cabeza fué ceñida por Bolívar con la corona de oro y piedras preciosas que el Perú le presentó en Lima en su entrada triunfal, y su pecho adornado con una riquísima medalla cubierta de diamantes, que aún conserva (1879) su hermana la señora Mercedes Córdova. Ascendido á General de División sobre el mismo campo, fué objeto de la estimación de los vencidos, que exigieron conocerlo».

Córdova hizo con Sucre la campaña del Alto Perú, hasta la entrada del ejército de Colombia en la Paz; y andando el tiempo fué, como hemos visto en páginas anteriores de este libro, Secretario de Guerra del Libertador, al cual puede decirse que salvó el 25 de Septiembre de 1828.

En la triste época cuyos principales sucesos relatamos á vuela pluma, el Consejo de Ministros que había dejado el Libertador en Bogotá encargado del Poder Ejecutivo, compuesto de los señores José María del Castillo, Presiden-

te; José Manuel Restrepo, de lo Interior; Nicolás M. Tanco, de Hacienda; Estanislao Vergara, de Relaciones Exteriores, y General Rafael Urdaneta de Guerra y Marina, había entrado en tratos con los señores Bressón y Campbell Ministros de Francia é Inglaterra, respectivamente, para cambiar el sistema de Gobierno, traicionando los principios republicanos y democráticos que regían, por los principios monárquicos. Ese Consejo de Ministros, como veremos al comenzar el tomo III procedía sin anuencia del Libertador, El Ministro de Guerra, Urdaneta, escribía al General Páez:

«Ya estoy cansado de aguantar el desprendimiento del Libertador y estoy resuelto á no contar con él en este asunto, porque sé que nos dirá: NO».

Córdova al tener conocimiento de esa traidora trama, resolvió deshacerla á balazos. Conspiró; y descubierto, vióse obligado á precipitar el movimiento que tenía proyectado, en Rionegro, que era su país natal, como sabemos.

Mandó á su asistente, un inválido y viejo soldado tambor, que tenía una pierna de palo, que tocara generala. Acudieron los vecinos y con un grupo de ellos marchó sobre Medellín, cuya guar-

nición lo aclamó el 19 de Septiembre. Córdoba proclamó la Constitución de Cúcuta y fué investido con el título de «Comandante en Jefe del Ejército de la Libertad».

El Consejo de Ministros destacó una división de 800 veteranos contra Córdoba, al mando del General O'Leary.

El valeroso paladín de Pichincha y Ayacucho, se situó con 400 reclutas en la hacienda del *Santuario*. O'Leary le envió una comisión proponiéndole un avenimiento, avenimiento que Córdoba rechazó de plano.

—Es imposible vencer, General; le observó uno de los emisarios.

—Pero no es imposible morir: contestó el joven guerrero de alma de espartano.

El 17 de Octubre se trabó el combate, que fué largo y reñido. Después de una resistencia heroica, por parte de los defensores de la Constitución, triunfaron las tropas de Gobierno, dobles en número y en calidad y superiores en armamento.

En una cabaña, resistió Córdoba con una sola compañía, durante largo rato, el fuego, contra el enemigo, hasta que incendiada, quedó reducida á escombros la choza.

Un soldado de los vencedores, llamado Ruperto Hand, que estaba ebrio, al recorrer el sitio del combate, después de la victoria encontró agonizante á un gallardo joven cubierto de heridas y acabó de matarlo á sablazos. El asesinado era el General José María Córdova, el valiente entre los valientes de Colombia, á quien las balas españolas habían respetado en cien combates homéricos.

Así murió el más simpático y caballeresco de los tenientes de Bolívar. Así murió el que había vivido mimado por la fortuna más merecida y acariciado por la fama más legítima. Así murió el que en Pichincha y Ayacucho había igualado á los héroes más dignos de los de la antigüedad y á los caballeros más bizarros de la Mesa Redonda.

Cuando el Libertador tuvo noticia de la trágica muerte del joven héroe, se manifestó profundamente apesadumbrado, lo mismo que todos los camaradas de Córdova.

Sólo Flores, al tener conocimiento de esa gran desgracia, no sólo para Colombia sino para toda la América, se expresó de este modo, en su carta de 28 de Noviembre al Libertador:

«En este estado recibo el correo del

Norte y la estimable carta de V. E., datada en Pasto el 10 del corriente. Antes he felicitado á V. E. por la destrucción de los facciosos de Antioquia, (1) y ahora lo hago de nuevo, rogando al cielo que Colombia no tenga jamás un nuevo Córdova».

Y ya en páginas anteriores, hemos leído otras indignas expresiones del barbero de Bovés contra el noble mártir del Santuario.

De Córdova en su última acción de armas, puede decirse lo que de Hernán Cortés dice Solís, al referir que el conquistador de México fué descubierto y acometido por los Indios hasta salir al paraje de Tamba, en su obra titulada «Historia de la conquista de Nueva España»:

«Entró Hernán Cortés en el combate, animando á los que peleaban, no menos con su presencia que con su ejemplo..... Fué mucho lo que obró su valor en ese conflicto; pero mucho más lo que padeció su espíritu».....

O lo que dice Víctor Hugo de Ney, al relatar el desastre inmenso de Waterloo:

«Allí cayó muerto debajo de él su

---

(1) Ya el lector conoce esa felicitación. (N. del A.)

quinto caballo de la jornada. Pálido, ensangrentado, hundido hasta las rodillas en el lodo, su placa de la grande águila abollada por un sablazo que le descargó un soldado inglés de caballería, blandiendo en su mano una espada rota, gritaba en medio de aquella espantosa confusión y de aquel ruido mayor que el de una tempestad:

—«Venid á ver como muere un Mariscal de Francia en el campo de batalla!

«Pero todo fué en vano ¡No murió!

«A Drouet d'Erlon le lanzaba esta pregunta:

—«¿Es que tú no te harás matar?

«Y rugía al compás de aquella artillería que aniquilaba á un puñado de hombres:

—«Oh! Quisiera que todas esas bombas inglesas me desgarraran el pecho!

«Estabas reservado para las balas francesas, infeliz!»

Flores, únicamente Flores podía haberse complacido en la muerte de héroe sin igual, que se llamó José María Córdova, ante cuyo solo nombre quedan oscurecidos los que como Flores sólo debieron su elevación á sus intrigas y á sus viles manejos, tan negros como ocultos y cobardes.

## REFLEXIONES



### Instalación del Congreso Admirable

---

Cuanto hasta aquí llevamos dicho nos sugiere algunas reflexiones de carácter general, que haremos todo lo rápidamente que nos sea posible. Quisiéramos poseer la pluma de Tácito, de Rocafuerte, de Moncayo ó de Montalvo para herir con rayos de elocuencia incomparable las frentes de los viles que han hecho de nuestra patria algo así como un inmenso manicomio, poblado de locos mansos, cuya manía es entregarse á exagerados ejercicios de piedad y cuya mansedumbre sólo pue-

de igualar á la resignación dolorosa de aquellos forzados que en pasados tiempos remaban en las galeras de los Reyes de España, bajo el látigo de un cómitre feroz.

Por lo que el lector conoce de la vida de Flores, por la multitud de documentos que hemos publicado, documentos incontestables todos, se habrá convenido de que ese era un malvado de la peor especie. Hombre salido de la nada; acostumbrado á la corrupción de los cuarteles desde la edad de doce años, en que alguna mano compasiva lo arrojó dentro de uno de ellos, para que tuviera el pan asegurado, jamás hizo olvidar su obscuro origen ni su linaje, mezcla de negro é indio, con algún rasgo que pudiera servir de contrapeso en la balanza de la Historia. La democracia, la igualdad, son para nosotros dos diosas, en cuyos altares rendimos el más fervoroso de los cultos. A todos los hombres, sean del color que fueren, tengan el origen que tuvieren, los conceptuamos dignos de aspirar á los más altos puestos políticos y sociales en una República, si á su inteligencia y á su ilustración, unen un corazón virtuoso y una conducta ajustada á las reglas de la moral. Pero sa-

lir del fango, asaltar el poder y darse á cometer crímenes, á explotar á la humanidad, á desgarrar las entrañas á un pueblo, á asesinar á hombres como Sucre; deber los ascensos militares á asonadas inmorales y no á hechos gloriosos; saquear el erario; formarse una inmensa fortuna con las contribuciones impuestas á los pueblos; impear como amo absoluto de una sociedad apoyado en las bayonetas de desgraciados soldados, á quienes se exterminaba cuando reclamaban lo necesario para no morir de hambre; eso, todo eso reclama la justicia implacable de la Historia y el odio de cien generaciones, ya sea indio ó blanco, negro ó japonés el hombre que se haya hecho reo de tan monstruosos atentados. Y si ese hombre ha salido de las clases inferiores de la sociedad y se le ve sin embargo trabajando por el absolutismo monárquico, hay que convenir, y no se nos diga que nó, en que fue muy corrompido y en que no mereció que la ciega fortuna lo elevara, en la República, al puesto á que merecidamente llegaron otros por su virtud por su valor ó por sus talentos.

Lo decimos con sincera buena fé: desmiéntase uno solo de los hechos que

hemos narrado, demuéstrese que no es auténtico uno solo de los documentos que llevamos publicados, explíquese, siquiera satisfactoriamente la conducta del General Flores en cualquier época de su vida, que es un inmenso tegido de atentados y cantaremos la palinodia, y romperemos nuestra pluma y confesaremos que fué *Angel, Héroe, Semidiós*, lo que quieran sus hijos y los partidarios de ultratumba que, para vesgüenza de la patria de nuestro amor, tiene aún ese hombre sombrío.

Ni se nos oponga como argumento que tales ó cuales historiadores dicen de él grandes y bellas cosas, porque sobre esos historiadores á quienes se ha engañado ó que se han engañado voluntariamente, está la verdad, la verdad que no puede desmentirse, puesto que se presenta con cartas innegables del mismo Flores á confirmar cuanto vamos asegurando.

Ni se publiquen versos de notables poetas, en favor del libro que sobre el mismo tema que el nuestro ha escrito, falseando los hechos, como lo hemos probado en varias ocasiones, el Sr. Antonio Flores, hijo del culpable y actual Presidente de esa Nación, que espira como Jesús en el monte de la calavera,

víctima de verdugos siempre pronto á crucificar al inocente.

¡Los poetas como los canarios, ha dicho alguna vez Castelar, necesitan que se les encierre en jaulas de oro para cantar . . . . . !

¿Y qué dirían esos poetas, si nosotros exhibiéramos documentos, en que sus padres han puesto sus firmas contra el hombre á quien ellos, inconscientemente ó por debilidad ó por algo peor, declaran hoy, en pobres rimas, exento de culpa y pena?

Tendrían que sentir la lláma de la vergüenza quemándoles el rostro.

Pero va larga ya esta disertación. La pluma se desliza con facilidad, cuando se trata de defender los fueros de la patria y de la Historia.

Continuemos nuestro relato.

Después de algunos días de permanencia en Quito el Libertador continuó su viaje para Bogotá.

En Popayán recibió las comunicaciones oficiales en que el Consejo de Ministros le daba cuenta del malhadado proyecto sobre monarquía, que apoyaba todo el partido conservador de Colombia.

Bolívar improbó con indignación semejante anti-republicana conducta y

ordenó, terminantemente, que se pusiera término á ese plan inmoral y escandaloso.

Después le llegaron, también durante ese viaje las tristes noticias de los nuevos trastornos de Venezuela, iniciados en Noviembre de 1829.

Todos esos acontecimientos abatieron y desesperaron al Libertador. ¿Fué entonces cuando creyó, en su justa cólera, que *los que trabajaron por la Independencia de América habían arado en el mar?*

Llegó al fin á Bogotá el 15 de Enero de 1830 á instalar el Congreso que había convocado para el 2 de ese mismo mes, instalación que, como se recordará, había exigido también Obando en el convenio de la *Cañada*.

El Gran Mariscal de Ayacucho, que había sido elegido diputado por el Ecuador, se puso en marcha para Bogotá á ocupar su curul.

El Congreso Constituyente que el Libertador llamó *Admirable* por las notabilidades políticas que lo compusieron, se instaló solemnemente el 30 de Enero de 1830.

Sucre, el immaculado Sucre, fué elegido Presidente de esa augusta Asamblea.

En el Tomo III, del cual tenemos ya una buena parte escrita, Tomo que se titulará *El Crimen*, hablaremos con la extensión que el asunto requiere, de los proyectos de Monarquía.

Dirá el lector que es inconcebible que haya aún mayor cúmulo de horrores que los que hasta aquí ha presenciado, en este kaleidoscopio en que hemos hecho pasar ante su vista la multitud de víctimas de Flores.

Nada pierde con esperar. Y le aseguramos que esos horrores lo dejarán mudo de asombro y sediento de justicia. . . . .

Al comenzar esta obra hemos podido repetir con nuestro compatriota el poeta Roberto Andrade:

«Mudo el mar, mudo el Cielo . . . . ¿Qué se apresta?  
¿Que trastorno, buen Dios, los elementos  
forjan entre ellos? ¡El profundo presta  
su horror al mar, al Orbe sus lamentos!»

«Nuestro organismo terrestre, dice Flammarión, puede compararse á una arpa de dos cuerdas, que son el nervio óptico y el auditivo». Nos propusimos hacer vibrar ambas cuerdas, y creemos haberlo conseguido.

Felices nosotros si logramos, al terminar nuestra tarea, que nuestros lec-

tores vivamente emocionados, “opreso el corazón, muda la lengua”, exclamen con el vate nicaragüense refiriéndose á Flores:

«¡Ay, que por suerte aciaga,  
hay también en los pueblos y naciones  
agitación que amaga,  
crudas revoluciones,  
vértigo, tempestades y aquilones!»

«Pero ¡maldito sea  
quien al pueblo mostrando falsa egida,  
lo empuja á la pelea,  
y le arranca la vida  
en medio de la lucha fratricida!»

# DIPLOMACIA

## DEL SEÑOR ANTONIO FLORES

---

Para terminar este segundo tomo, y aun cuando tengamos que retroceder un tanto, volviendo á recordar acontecimientos verificados después de la batalla de Tarqui y de la tentativa de asesinato de que fué víctima el Mariscal Sucre por parte del protegido y amigo de Flores, Coronel Luque, no es de más que los lectores de este libro conozcan la manera cómo han falseado en todo tiempo, en toda ocasión y siempre en su provecho la Historia, Flores antes y ahora sus hijos, entre los cuales ha descollado, como diplomático,

poeta, escritor, filósofo y hasta *militar*, el autor de *Isidorito*.

¿Se nos piden pruebas?

Nada más fácil para nosotros que darlas, concluyentes.

Los documentos que hasta aquí llevamos publicados, demuestran de un modo evidente, incontestable, que el acierto, la precisión y aun las glorias, (si algunas puede haber en una guerra civil), de la campaña llamada de los treinta días, correspondieron al General Sucre. Si tales comprobantes no existieran, bastaría echar una ojeada sobre la carrera militar del Gran Mariscal y compararla con las campañas vergonzosas ó criminales de Flores, para comprender cuánta desfachatez hubo en este último, al pretender apropiarse la dirección de hechos en los que apenas tuvo una parte secundaria, mal del grado de su título de General en Jefe del ejército, título que sólo le sirvió, como hemos visto, para intentar una retirada ó para proteger á hombres, como Luque, el «conspirador» contra la vida del Mariscal Sucre.

«Y todavía, dice don Pedro Moncayo, en el artículo titulado «Tarqui y Bermeo», publicado en Marzo de 1884, —que hemos citado ya,—todavía el far-

sante, impávido é impudente (Flores) quiso apropiarse los honores de la victoria, mandando inscribir en todas partes y hasta en el menajo de su casa, estas fementidas palabras: «Al ilustre General Juan Jesé Flores, vencedor en Tarqui». Esta inscripción circuló superabundantemente y sorprendió á muchos de los historiadores de aquel tiempo. De modo que él mismo fué el tejedor de las coronas que le adjudicaron los hombres crédulos y confiados».

Como que Sucre, modesto siempre y «conociendo su destino» no quiso arrancar al grajo pestilente las plumas de pavo real con que se disfrazó.

Trayendo á la memoria sucesos de menor importancia, recordemos aquí,— para probar con cuánta facilidad y con cuán poca vergüenza falsean la Historia los hombres de esa fatídica raza floreana,— algo que ha pasada ayer no más, á nuestra vista, en nuestra presencia, en nuestra casa, en el Ecuador. Nos referimos «á las artes para la paz y la guerra, que puso en juego el General (?) Antonio Flores, en la campaña contra la dictadura del General Veintemilla, que terminó en el combate del 9 de Julio de 1883».

Testigos presenciales como han sido

de esos acontecimientos todos los ecuatorianos, nuestras apreciaciones y reflexiones, apoyadas en documentos publicados por ellos mismos y en su favor, les probarán cuánto es el cinismo con que el Sr. Flores y sus adeptos falsifican los hechos contemporáneos; prueba concluyente de que no respetan, ni pueden respetar, porque no les conviene, los sucesos históricos del pasado, que cambian ó comentan á su favor, como les place, escarneciendo la verdad.

Después de que dicho señor *General* don Antonio Flores pasó libremente por el puerto de Guayaquil, á donde había sido llamado por su sobrino el señor Enrique Stagg, confidente falso y amigo traidor del General Veintemilla; «habiendo antes agotado en Nueva York sus esfuerzos, para conseguir un vapor con qué dominar la ría», según dice el mismo Sr. Flores; «vió que era imposible impedir la fuga de Veintemilla» y resolvió tratar con este General. Naturalmente aquí salta á la vista la felonía de que fué objeto Veintemilla. Se le sorprendió, se le engañó, se le hizo consentir en que Flores trataría con él y por eso lo dejó pasar libremente por Guayaquil, como hemos dicho.

El Sr. Flores en defensa de sus ma-

nejos ocultos de entonces, dice que todos los caudillos trataron de hacer la paz con Veintemilla ó de evitar el derramamiento de sangre; y se admira de que se le eche en cara lo mismo de que esos caudillos blasonan con justicia.

En eso, como en todo, hay doblez. Los principios humanitarios, las prescripciones del derecho, las leyes mismas de la guerra, autorizan, cuando no ordenan, que se intente por todos los medios pacíficos la rendición de una plaza sitiada, como lo estaba Guayaquil por los ejércitos aliados. Pero de esto á tratar secretamente con un mandatario aborrecido por los conservadores, desprestigiado por su Golpe de Estado en el país y que había provocado las justas represalias, las justas iras de los liberales, que fueron los primeros en empuñar las armas para reivindicar los fueros de la Constitución y del honor nacional, hay la misma distancia que media entre Sucre y Flores, ó entre alguno de esos caudillos que combatieron á la dictadura, honrada y caballerescamente, y el mismo señor Antonio Flores.

A consecuencia ó del engaño que sufrió Veintemilla ó de promesas pérfidas del señor Flores, pudo éste llegar,

sin obstáculos á Mapasingue, donde estaban concentradas las fuerzas que combatían contra la dictadura. En el campamento, á virtud de alguna agua maravillosa llevada de Nueva York, el *pacífico* don Antonio se transformó en uno de los doce pares de Francia ó el más famoso *guerrero*, con poncho, botas y sombrero de Jipijapa, á pesar de todos sus alardes de bravura, no dejaba de negociar por medio de sus parientes con el General Veintemilla, sin duda, como ha dicho después en el «Diario Oficial» para dar «prueba concluyente de la firmeza en unas mismas convicciones.»

Como no pudo dar cima á sus siniestras intrigas, obtuvo de sus amigos y antiguos correligionarios, que le dieran el mando de unos 400 voluntarios, destinados á cubrir la retaguardia. Con este motivo se dió á sí mismo el título de General y Comandante en Jefe de la Reserva.

El día del memorable, pero infecundo combate del 9 de Julio, don Antonio Flores se quedó en el mismo campamento; eso sí, al frente de aquellos valerosos jóvenes voluntarios, que aun recuerdan, con bochorno, que su jefe les obligó á presenciar el combate á una

legua de distancia. Como fué testigo de todo lo que alcanzó á ver con el antejo aunque era de madrugada; se apropió luego las glorias del asalto; y pocas horas después de la victoria, escribió á su suegro, á Nueva York, presentándose como el campeón triunfante y presentando á su hermano Reynaldo como un hombre extraordinario, cuasi mitológico. Eso sí, al «héroe de la caballeriza de Veintemilla,» al saqueador de Bahía, lo puso, fraternalmente, en segundo lugar.

Llamamos al señor Reynaldo Flores, héroe de la caballeriza de Veintemilla porque en Quito, después de tomada la capital, se apropió de todos ó de la mayor parte de los caballos del ex-Presidente, como lo hizo luego con los venados, que aun conserva, de los señores Santos Hevia hermanos, en Bahía, en 1884.

Como tan ridículo cinismo pasa los límites de la hipérbole, natural es que nuestros lectores del Ecuador tomen á broma esta relación ó la crean fruto de la pasión política. Debemos, pues, advertir que esa pasión política la hemos dejado á la puerta del templo de la Historia, como dejan sus babuchas los árabes antes de entrar á sus mez-

quitas; y hacer comprender al lector, que estamos hablando en serio. Ape-  
laremos á las pruebas. El siguiente es  
el artículo publicado en "Las Noveda-  
des" de Nueva York el 28 de Julio de  
1883, y que el Sr. Flores no sólo no ha  
negado, sino que ha confesado paladi-  
namente ser suyo: eso sí, en un opús-  
culo que no ha circulado; pero que he-  
mos podido conseguir.

El artículo de "Las Novedades", dice:

#### EL ATAQUE CONTRA GUAYAQUIL

«Por carta particular fechada en Gua-  
yaquil el 9 del corriente y *escrita por*  
*un "testigo presencial"* (1) del combate  
de aquel día, y de la entrada del *ejército*  
*constitucional* en dicha ciudad, tenemos  
interesantes detalles de aquella jornada  
memorable, que acabó para siempre con  
la dictadura del General Veintemilla.

«Por esa carta sabemos que el señor  
don Antonio Flores, fué el primero en  
entrar en Guayaquil, asaltando el em-  
pinado *Cerro de Santa Ana*, en medio  
de una granizada de balas de cañón y  
de fusil. (2) Nuestro amigo el señor Flo-

---

(1) D. Antonio Flores (N. del A.)

(2) Téngase presente que es el Sr. Flores mismo  
quien habla, modestamente, en tercera persona.  
(N. del A.)

res no tuvo, por fortuna, más novedad que una contusión en una pierna y la pérdida de su caballo, al que se vió obligado á abandonar herido.

«He aquí algunos otros párrafos de dicha carta:

«La toma de Guayaquil se debe á la *asombrosa intrepidez* del joven General don Reynaldo Flores, que mandaba la vanguardia y cargó con tal ímpetu contra las formidables baterías defendidas por sesenta cañones, que las tomó en poco más de dos horas y derrotó con sus 1.000 hombres, fuerzas dobles. Su hermano, don Antonio, mandaba la Reserva, compuesta de 500 hombres de la flor y nata del ejército y como su jefe no debía comprometerla al principio de la acción, dejó el mando al segundo jefe de ella y *cargó á fondo*, SOLO, penetrando el *primero* en Guayaquil, seguido de diez hombres de la vanguardia. Si llega media hora antes, captura á Veintemilla.

«No puedo dar á Ud. una idea del delirio del pueblo, que aclamaba al doctor Flores abrazándole y besándole. Con sólo sus diez valientes, recorrió la población de un extremo á otro y en medio de los tiros, uno de los cuales mató á un entusiasta, (que le sostenía con su

brazo) y le salpicó la cara con sus sesos.

«Si no ha podido, pues, el señor Flores librar á su patria de la dominación del tirano por las artes de la paz, lo ha hecho por las armas y no sin gloria. *Réstale*, según el mismo ha declarado, *otra gloria mayor* que alcanzar, la de *no aceptar nada*, como lo manifiesta la proclama que ha dado y que va adjunta. Guayaquil va á decidir de sus destinos y él no quiere tomar parte en la cuestión doméstica.

«Nuestras pérdidas no pasan de 300 hombres; las del enemigo deben ser muy considerables.

«*Al entrar las tropas en la ciudad, ésta reconoció con sus entusiastas aclamaciones al gobierno de Quito.*»

No se imaginó el Sr. Antonio Flores, *testigo presencial* de la batalla, que llegarían á Guayaquil ejemplares de “Las Novedades” de Nueva York, ni que un hombre de buen humor haría reproducir su correspondencia en un diario de la localidad. Guayaquil entero respondió con una carcajada á los arranques portugueses del hijo del hombre de Puerto Cabello; carcajada que sino hizo eco á los besos, que espiritualmente ridiculizó un notable escritor del Azuay, en un artículo que en aquellos días se

publicó, debió resonar en los oídos del Sr. Antonio Flores, como

«el trueno horrendo que en fragor revienta  
y sordo retumbando se dilata  
por la inflamada esfera» . . . . .

ó como los rugidos del Sangay y el Cotopaxi.

Que el Sr. Flores es el autor de la correspondencia aludida, pruébalo su propia autorizada palabra en el asunto. En Noviembre de 1886, publicó una especie de libelo con el título de “Dn. Eloy Alfaro refutado con documentos *auténticos*”. Esa primera edición no circuló. Así se advierte en la segunda, hecha en Quito al año siguiente. Pues en ese opúsculo, uno de los documentos *auténticos* con que el Sr. Flores refuta al Jefe del Partido Liberal del Ecuador, es la paladina confesión que el Sr. Flores hace en la página 8, de ser él el autor de la correspondencia aquella á “Las Novedades” de Nueva York.

El Sr. Flores se aprovechó, como hábil diplomático que es, (“diplomático de fama continental”, se llama pudorosamente él mismo, en los artículos que hace publicar en periódicos benévolos, aun después de la filípica de Mr. Bayard, el Secretario de Relaciones Ex-

teriores de los Estados Unidos); el Sr. Flores se aprovechó, décimos, de la publicación de su folleto, para *exhibir* los documentos *auténticos*, que su previsión le había hecho acumular en su cartera; los mismos que, con un disimulo que todo “lo oculta pero que no disimula nada”, como dice el personaje de una zarzuela española refiriéndose al traje de baño de las hijas de Eva; se reducen á probar, ó más bien á pretender probar, que realmente, tanto él cuanto su hermano Reynaldo y el cuñado de éste y caballero de la Orden Piana D. José María Plácido Caamaño, fueron, son y serán *Generales* de «asombrosa intrepidez». Salta á la vista lo raro del título del opúsculo. ¿Qué refutan al General Alfaro esos documentos, que son alabanzas de D. Antonio Flores y de su familia? Y luego, que nosotros sepamos, ni el General Alfaro ni nadie hasta ahora ha tratado de quitarles ni de ponerles los grados militares que ellos mismos se han adjudicado, ni al señor Antonio Flores ni al señor Caamaño.

Algunos de esos documentos auténticos pueden arder en un candil. Véase por la muestra.

Sin duda el señor Flores abrumado

por sus muchas ocupaciones de todo género en Berlín, Roma, Madrid y Lisboa, sobre todo en esta última ciudad, donde debido á los titánicos esfuerzos de tan distinguido historiador y diplomático, el Ecuador logró “la salvación de nuestra escasa renta de correos, gravemente amenazada, aunque talvez sin quererlo, por el esfuerzo combinado de grandes potencias marítimas”. . . . . (no inventamos: esas palabras pueden leerse en el primer párrafo del opúsculo del señor Flores); sin duda las muchas ocupaciones del sucesor del señor Caamaño, repetimos, le impidieron fijarse en el siguiente *documento auténtico* que ha insertado en su *refutación ó libelo*, documento que está firmado por uno á quien el señor Flores llama Coronel (probablemente de la *Reserva*) con el objeto de dar importancia al testigo.

He aquí el documento:

“EL CORONEL DON ANTONIO JURADO.

«Entonces fué cuando el Sr. Dr. Antonio Flores, con el entusiasmo vehemente de su corazón, DESPRENDIDO de

*la línea SUBIÓ á la cima del cerro, altura que domina á la del Telégrafo, para descender por ahí á la anhelada ciudad, entonces fué también cuando varios tomamos la misma VÍA, creyendo BURLAR ASÍ LA VIGILANCIA de los enemigos y descender á la plaza de Santo Domingo. Cuando llegamos á la mencionada cima, encontramos al Sr. Dr. Flores que, con unos pocos valientes que le acompañaban, había descendido por el lado del Cementerio SIN SER NOTADOS DE LOS ENEMIGOS. . . . .*

*Antonio Jurado.*

En el escalafón del Ejército ecuatoriano no existe tal Coronel Antonio Jurado; sabemos sí que el individuo vive y que ese certificado, tan lleno de contradicciones y en el que la intrepidez del señor Flores no queda en muy buen lugar, puesto que si descendió *por el lado del cementerio* fué por pasar *sin ser notado por el enemigo*; le valió á Jurado la gobernación de una provincia.

Pero conste que si los artilleros del General Veintemilla erraron la punte-

ría, fué porque se imaginaron que el renombrado *General* Antonio Flores los atacaría de frente; (la topografía del terreno no permite hacer un ataque de otro modo); y se vieron chasqueados, porque el héroe de los besos se les desvaneció como una de las brujas de Goethe en su «Noche de Santa Valpurgis» y «burlando la vigilancia de los enemigos», pasó seguido de diez *bravos* como él «por encima de los atrincheros defendidos por mil soldados con sesenta piezas de artillería y después de luchar «encarnizadamente», logró tomar posesión de la ciudad. . . . . «sin ser notado de los enemigos». . . . . Sólo en el «Orlando» hemos leído historias de encantamientos iguales á este.

Puede también que en las «Páginas que se le olvidaron á Cervantes», que ha dejado inéditas Montalvo, explique algo de esta maravillosa evolución, de esta hazaña fabulosa del señor Flores.

Sólo al señor Flores podía ocurrírsele, escribir la correspondencia que conocemos; declarar que es suya y luego insertar en el mismo opúsculo, como prueba de su aserto, como *documento concluyente* las líneas del *Coronel* Dn. Antonio Jurado. El señor Flores cargó á fondo, solo, contra todo el ejér-

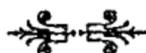
cito del General Veintemilla y pasó hasta la ciudad, rodeado de diez bravos, cuando sólo dos horas después lograba el joven de asombrosa intrepidez, don Reynaldo Flores, tomar los atrincheramientos; y después de esta hazaña digna de los delirios del Quijote, resulta que el *testigo* apelado y presentado como inapelable, afirma que el nuevo Gaiferos «descendió por el lado del Cementerio, para no ser notado por los enemigos».

Si publicar estas cosas y quedarse muy fresco, no es suponer á todos los ecuatorianos un hato de ignorantes ó de imbéciles, es por lo menos ser más audaz que todo lo que puede concebirse.

¡Lo que admira es que haya hombres de sentido común que lean esas falsedades sin encenderse en santa cólera!

Para los admiradores del autor de "Isidorito", todo esto prueba de un modo concluyente, que si no pudo el señor Flores,—como dijo él mismo en la correspondencia á "Las Novedades" que ya conocen nuestros lectores,—librar á su patria de la dominación del tirano por las *artes de la paz*, lo hizo "por los de las armas, y *no sin gloria*". . . . .

Y esto prueba, también, que para el hijo como para el padre, cuyas *glorias* de Tarqui tanto se pregonan, no existe el respeto á la Verdad y á la Historia. . . . . !



## CONCLUSION



«*L'Histoire c'est la vie*».

José Martí, sabio educacionista cubano, dignísimo discípulo de D. José de la Luz Caballero, ha dicho:

«Los hombres son todavía máquinas de comer y relicarios de preocupaciones. Es necesario hacer de cada hombre una antorcha». (*Revista Científica*, pág. 115, Tomo II).

A eso aspiramos, siguiendo las luminosas huellas del maestro: á hacer de cada hombre en nuestra patria una antorcha, para que la luz sea tanta, que jamás puedan medrar los tiranos en la sombra.

Si lanzamos una mirada á través de las pasadas edades del mundo; si nos

elevamos á la cúspide de la grandeza de Grecia y Roma, y si de allí descendemos hasta el presente siglo, encontramos por doquiera, (al parecer), comprobado el principio de Hobbes: *homo, homini lupus*; principio que con tanta maestría como maldad, fué sentado hipócritamente por el filósofo inglés, para adular y alentar en su camino al tirano,—á Cromwell,—que cubierto con el sagrado manto de la República, desgarraba los principios con que pretendía ataviar su más rudo despotismo.

«La guerra que parece la negación de todo progreso, es un crimen de lesa humanidad.

«Ella, sustituyendo el derecho, á través del tiempo y del espacio, ha enrojecido las hondas del océano con la sangre derramada en encarnizados combates; ella ha sembrado de cadáveres los campos de batalla, con fratricidas y cruentas luchas; ella, por fin, ha hecho nacer por todas partes la orfandad, el llanto y la miseria». (1)

Y si pues esto es así; si pues hay hombres como Flores, cuya neurosis consiste en el infame anhelo de la des-

---

(1) C. Soto, discurso pronunciado en la Universidad de San José de Costa Rica.

trucción de sus semejantes, casi, casi dando á Hobbes la razón, ¿no es cierto que el escritor honrado no debe descansar, mientras no haga, como quiere Martí, una antorcha de cada ciudadano para iluminar á los pueblos?

Lamartine ha dicho y ha dicho con razón, en el *Preámbulo* de su "Historia de la Restauración" edición de 1850, página 7: "En el historiador hay dos hombres; el de sus impresiones y el de sus juicios. Mis juicios pueden ser severos; pero mis impresiones me conmueven y casi me enternecen por la Restauración".

Así nosotros. Pareceremos severos, severísimos, duros quizá en nuestros juicios sobre Flores; pero el lector nos verá conmovidos, enternecidos, cuando, se trata de nuestra pobre patria, escarnecida, vendida, vilipendiada, asesinada por ese hombre fatídico; y sabrá perdonar nuestra exaltación, en gracia del objeto santo que la produce.

Imposible es que el lector comprenda los obstáculos de toda clase con que hemos tenido que tropezar, para lograr, al cabo, lanzar á los cuatro vientos de la publicidad estos dos tomos de nuestra obra.

Ni se crea que los agentes *dipломáti-*

cos del Sr. Flores han cesado en sus gestiones, para impedirnos dar á luz este segundo tomo. Han mortificado, á cada instante, á las autoridades, hablando aún en nombre de intereses internacionales elevadísimos, y luego han tenido la poca cordura de contar á todo el que ha querido oírles sus triunfos; triunfos que han hecho consistir en la benevolencia con que sus gestiones poco cuerdas, han sido escuchadas por los magistrados del Perú.

Se han figurado esos *diplomáticos*, que aquí, como en nuestro país, podían conseguir la violación de las leyes, á fin de condenar al silencio á quien está descorriendo el velo de la Historia y lanzando á las gemonías á los que no merecen otra inmortalidad que la del desprecio con que se les ha de mirar en el Continente americano, después que la verdad sea conocida.

Nosotros hemos escuchado tranquilos el relato de esas indignidades, que harán comprender á todo el que desapasionadamente juzgue de los hombres y las cosas, que los agentes del Sr. Flores, consideran ya perdida su causa ante el criterio universal; y lo hemos oído sin temor de ninguna clase, porque á más del íntimo convencimien-

to que tenemos de que vivimos al amparo de las leyes de un país civilizado; en caso de un atropello, que nunca hemos esperado habríamos sabido reclamar el derecho que nos asiste y que está consignado en el artículo 21 de la Constitución de esta República, que dice á la letra:

«Todos pueden hacer uso de la imprenta, para publicar sus escritos sin censura previa; pero bajo la responsabilidad que determina la ley.»

Aquí no se trata sino de dilucidar un punto histórico, que ha sido falseado y obscurecido, por quienes buscaban en la impunidad el logro de sus miras ambiciosas.

Aquí no se trata sino de resucitar á un pueblo condenado al dolor y á la esclavitud, contestando el *finis Poloniæ* de Kosciusko, anatema arrojado sobre los destructores de la cuna de Copérnico, con el *sic semper tyrannis* del romano, ante el ensangrentado cadáver del Cónsul prevaricador.

No nos cansaremos de repetir, que la precipitación con que ha sido escrito é impreso nuestro libro, nos ha hecho caer, á las veces, en algún involuntario error ó en omisiones que subsanaremos después.

Así, por ejemplo, en la página 24 hemos dejado pasar el párrafo que comienza: "Por este mismo tiempo comería Flores los horrores de Pasto" etc. siendo así que esos horrores los cometió, ese hombre fatídico, tres años antes, como habrá podido ver el lector en el Tomo I.

Y en el capítulo titulado ERRORES DE BOLÍVAR, hemos omitido el acápite que á seguida copiamos:

"Dice y dice bien Benedetti, en su «Historia de Colombia», página 285: "Si Sucre hubiese admitido el mando que por su negativa, se daba á Flores, quizás el virreinato de la Nueva Granada no habría sido dividido *y con seguridad, la suerte del Ecuador habría sido muy distinta.*"

No dejaremos, tampoco, pasar inadvertido el siguiente grito de indignación, lanzado contra Flores el 29 de Marzo del año actual en Quito:

#### "DUELO NACIONAL

«El 4 de Junio próximo es el 69º aniversario del crimen de Berruecos . . . . ¡ay! de la sacrílega y execrada victimación de "el Abel de Colombia", de»

“el Héroe inmaculado,” de “el magnánimo vencedor en Pichincha y Ayacucho . . . . .”

«¡Ecuadorianos! vosotros que, con patriótico entusiasmo, trepásteis á la cumbre del Pichincha para saludar la 67<sup>a</sup> aurora del 24 de Mayo de 1822, y glorificar á nuestros Libertadores; enlutad vuestros vestidos y vuestras casas, para protestar, una vez más, contra el horrendo parricidio, y ostentar, ante el mundo, nuestro inmenso y eterno dolor, nuestra inmensa y eterna veneración por Sucre. . . . .»

«El 4 de Junio de 1830 es un día de eterno duelo para la Patria y de eterna execración para los parricidas! . . . . . Os pedimos luto, silencio y recogimiento en homenaje á la veneranda víctima, cuya memoria bendecimos.

*Los Ecuatorianos.*”

Quito, Mayo 29 de 1889.

Decimos que ese fué un grito de indignación lanzado contra Flores y el lector convendrá con nosotros, en que si el autor ó autores no se hubieran visto obligados á callar el nombre del asesino, por hallarse en el poder sus hi-

jos, lo habrían escrito con todas sus letras; pues si hubieran creído deber acusar á Obando, no habrían desperdiciado la ocasión de hacerse gratos á los ojos del Presidente de la República. Eso es lógico.

Pretender que el escritor calle hoy lo que siente ó lo que sabe, es absurdo. Sería lo mismo que pretender que la Física volviera á los tiempos en que no se conocía ni siquiera el peso de los cuerpos, ó que la Electricidad sucumbiera, cuando está probándonos la omnipotencia de la Ciencia.

«Hoy así el público como los gobiernos están bajo la ley de la discusión, del examen y de la responsabilidad. Unámonos firme y lealmente, á la justicia, á la legalidad, á la publicidad y á la libertad, que son los principios de nuestra civilización y no olvidemos nunca, que si pedimos justamente que todo se nos patentice, también á nosotros nos tiene patentes el mundo y que seremos á nuestra vez juzgados». (1)

Si el Sr. Flores, si sus partidarios, si sus servidores, creen de buena fe en la inocencia del General Juan José Flo-

---

(1) Guizot.

res, ¿por qué temen la discusión? ¿por qué quieren hacer callar al que acusa? Confúndanle, pruébenle que se equivoca ó que calumnia; pero no lleguen al triste extremo de andar mendigando que se encadene la mano que maneja la pluma acusadora, ó que se ponga una mordaza á la boca que lanza gritos de indignación contra los vicios, las infamias y los crímenes.

No nos obliguen á decir con Lourent del Jussieu:

«Les vices sont une race féconde: il n'en est pas un qui ne puisse engendrer cent maladies.»

Y no quieran que expresemos que son ellos las enfermedades engendradas por ese costal de vicios que se llamó Juan José Flores.

Hace pocos días, en un discurso que pronunciamos en la tribuna de una sociedad liberal, dijimos lo siguiente, que repetimos aquí, porque aquí encaja, como diría Montalvo:

«Hoy, que la lucha comienza de nuevo; hoy, que la reacción conservadora se levanta en todas partes, derribando las libertades conquistadas con tanto esfuerzo y á tanta costa mantenidas en la conciencia ya que no siempre en las constituciones de los Estados; hoy, que

desde la frontera Sur de los E. E. U. U. del Norte hasta el estrecho de Magallanes, con muy raras excepciones, se pretende matar la luz y encadenar el pensamiento emancipado; hoy es cuando nuestra sociedad debe resucitar, acordarse de sus tradiciones y llevar á la práctica su programa. . . . .

«De mí sé decir, señores, que me encuentro con ánimo para combatir por esa Libertad santa y augusta que es la eterna aspiración del género humano: y para rodar por la roca Tarpeya hasta el abismo de la muerte, si no puedo coadyuvar á que las grandes ideas que la Razón pregonaba, entonen el himno de triunfo en el Capitolio de la Democracia. Jamás podré olvidar que uno de los mejores escritores revolucionarios de España, dijo refiriéndose á un gran orador que hacía una profesión de fe liberal en las Cortes: «Así hablan y sienten los apóstoles del Progreso, las almas que no conciben á Dios en la mísera estrechez de un dogma, sino en los espacios infinitos del Universo; ese es el lenguaje del derecho moderno, la aspiración de los tiempos contemporáneos, el bello ideal de

las naciones libres; nada sin la justicia, libertad para todos, amor á la patria; el mérito sobre los pergaminos, el derecho de todos sobre el despotismo de uno, la razón sobre la intolerancia.» Y yo deseo, vivamente, que de mí se pueda repetir lo mismo algún día. No ambiciono ni oro ni poder; anhele gloria, mucha gloria, siempre que ella refleje en mí, brotada de ese sol moral del sistema planetario de las ideas, que se llama Patria . . . . .

«Pero, para conseguir que nuestra América alcance la suma de poder y de grandeza que ha menester, es preciso, es necesario, que los ciudadanos no permanezcan inactivos; es necesario que tomen parte en la lucha política y religiosa del mundo, volviendo, si la persecución arrecia, á las catacumbas, como en Roma y en París, para fabricar en las tinieblas el rayo, que vaya á herir la frente manchada de sangre de todas las teocracias y de todos los despotismos . . . . .

«En América comenzamos á vivir la vida de la República. En nuestras in-

cipientes democracias es cosa común que el primer hombre de fortuna, sin nociones de derecho público, sin más méritos que su audacia ni más elementos que la falta de educación política de los pueblos, llegue al solio que debiera ser premio á la popularidad y á la virtud como en los Estados Unidos y la Argentina, y mande por espacio más ó menos largo, amordazando la Imprenta y haciendo diaria ostentación de la fuerza con que cuenta, para que los ciudadanos independientes no sueñen con arrojarle al fin, en la hora del castigo, al abismo social de donde lo sacaron, en malhora, la desgracia de la nación y las veleidades de una suerte ciega . . . . .

«¡Amordazar la Imprenta!

«Ayala, el león español de la tribuna parlamentaria, dijo un día en uno de sus más sublimes arranques de elocuencia: “Cuando la Imprenta vive libre la calumnia es nula; cuando se encuentra comprimida, la verdad es terrible. Triste suerte la del Gobierno que nadie acusa en público; pero que todos acusan en secreto”. . . . .

«Hay un pueblo en este Continente, rico, muy rico, bello muy bello; de cerca de 800.000 kilómetros de extensión territorial, en el cual los tres reinos de la Naturaleza se ostentan en la más sublime variedad y en la más pródiga y fecunda abundancia. Allí las mujeres más tiernas, más delicadas y más puras; allí las aves de más canoro pico y de más espléndidos matices; allí los ríos más cristalinos y correntosos y los volcanes más terribles del Globo; allí el Chimborazo, cuya cúpula de plata brilla á los rayos de un sol eternamente tropical, cuando no se pierde en las nubes azules de un cielo sereno en los alegres días de la Primavera, tempestuoso y sombrío, lleno de ráfagas extrañas y de coloraciones siniestras, en la época triste de los grandes fríos y de los dolorosos hielos, que parecen aventar hasta esas cálidas regiones, el mar del Norte, en alas del huracán. Esos ríos arrastran oro, esas montañas encierran ricos metales y piedras preciosísimas; y en las inmensas selvas y salvajes bosques de aquel nuevo Paraíso, hay resinas, perfumes, madera, bálsamos, tintes, aceites, frutos y flores, que serán, con el tiempo, fuente de vida, de trabajo y de riqueza, para la industria, la

manufactura y el comercio de ese pueblo, hoy abatido y doliente como Cartago, cuando Mario lloraba solitario en sus asoladas comarcas; como Jesuralén, cuando Jeremías entonaba sus inmortales *threnos* en las melancólicas ruinas y en los calcinados escombros de la ciudad maldita!

«Hombres notables, ese pueblo los ha dado á centenares. Dejadme callar sus nombres, que la América entera ha aprendido á respetar, ya por no distraerme de mi objeto, ya por no olvidar á ninguno, lo que sería sensible para quien los ama y respeta á todos, ya porque muchos de ellos viven todavía, ya, finalmente, porque su enumeración fuera por demás prolija y cansada, quizá, para quienes, como vosotros, señores, estaréis fatigados de escuchar mi fría palabra, que carece de los adornos retóricos indispensables, de la elocuencia tribunicia y del vigor y la elegancia que se requieren, para cautivar la atención de tan distinguido auditorio.

«Pues bien; en ese pueblo medra el más ruín, el más cobarde de los despotismos, sostenido por el poder inmenso de la teocracia y por la fanática ignorancia de muchedumbres envilecidas.

“Aquel es campo virgen para la dis-

cusión y el libre examen. Lleven allá sus luminosas ideas; opongán las sociedades secretas á los palacios llenos de luces, donde cada calabozo es, como ya dije alguna vez, patíbulo de las conciencias, ó barricada de la demagogia negra del terror. Porque es necesario que los obreros del bien no descansen un solo día, mientras haya en el mundo hombres á quienes redimir. Multipliquemos los Cristos de la idea y triunfaremos sobre los falsos discípulos de esotro Cristo judío, tan mal comprendido ó tan calumniado, por quienes pretenden aún gobernar el Mundo en su nombre, despojándole de su centro de caña y de su corona de espinas, para poner en sus manos el báculo de oro y ceñir á su frente la diadema de perlas y rubíes, conquistada en campos de matanza y exterminio.»

Y cerraremos ya el presente tomo, protestando de nuevo, que no desfalleceremos de nuestra tarea.

La Historia es la vida. Escribimos la vida de uno de los tiranos de nuestra patria y hacemos un libro de Historia.

Vengan sobre nosotros nuevas persecuciones; alístense, «píldoras corrosivas», ya que *los pleitos* no dan resulta-

do (1); continúese faltando al decoro y á la dignidad que deben observar quienes ocupan elevados puestos diplomáticos, en busca de un triunfo tan costoso para quienes lo alcanzaran. Costoso, porque nuestro silencio sería la mejor prueba del pavor de esos hombres. Nosotros,—sin jactancia, pero sin temor,—escribimos este libro robando horas al sueño y preciosos instantes á nuestro duro trabajo cotidiano, anhelando por prestar un gran servicio á nuestro país, y porque la América latina confirme la sentencia que dictó en 1846, contra ese traidor infame que se llamó Juan José Flores.

Ojalá, repitamos aquí lo que dijimos al concluir el Tomo I, ojalá la juventud americana encuentre saludables enseñanzas en estas páginas, escritas con las lágrimas de los proscritos y con la sangre de las víctimas que Flores y los hombres de su raza y su partido han hecho derramar ó han derramado en el Ecuador; y ojalá el pueblo que aquel hombre y sus herederos han tiranizado

---

(1) Dos caballeros ecuatorianos son testigos de que hemos tenido que mandar á la policía, no hace dos meses, á un matón que los criados diplomáticos del señor Flores nos echaron encima. (N. A. G.)

impíamente, recuerde alguna vez, esta frase de un ilustre escritor francés: "Sucede con los gobiernos lo que con los metales; nada falso es fuerte: la verdad es el principio vital de todas las cosas"; y al recordar y al repetir esa hermosa frase, recobre sus fuerzas, como Anteo al tocar en la madre Tierra y destroce para siempre sus cadenas. . . . . !

Ay! porque es preciso no olvidar tampoco estas otras bellas palabras de Lamartine, en su obra citada:

«Un Príncipe ó una dinastía que abdican, son reemplazados por otra dinastía ó por otro Príncipe. Pero á una nación, que cansada ó incapaz de la libertad, abdica, ¿quién la reemplaza? Nada más que el vacío en la Historia, nada más que la ignominia, la esclavitud ó la tiranía. Mírase el mapa del Mundo y se dice: Aquí había un gran pueblo; pero ya no hay sino una gran mancha en la dignidad de las naciones».



# INDICE

	<u>Págs.</u>	<u>Págs.</u>
Dedicatoria. . . . .		
Dos palabras. . . . .	III	á X
Sucre y Olañeta . . . . .	1	" 11
Colombianos y Argentinos—		
Bolívar y La Mar . . . . .	12	" 24
Sucre en Bolivia—I. . . . .	25	" 37
Continuación del anterior—		
II. . . . .	38	" 49
Combate naval—Otros sucesos — I . . . . .	50	" 79
Continuación del anterior—		
II. . . . .	80	" 96
Intrigas de Flores . . . . .	97	" 131
Batalla de Tarqui. . . . .	132	" 144
Tentativa de asesinato.—		
Flores y Luque . . . . .	145	" 163
En el Cauca . . . . .	164	" 174
Errores de Bolívar . . . . .	175	" 187
Subelevación de Córdoba. . . . .	188	" 197
Reflexiones.—Instalación del		
Congreso admirable. . . . .	198	" 205
Diplomacia del señor Antonio Flores . . . . .	206	" 222
Conclusión. . . . .	223	" 239